

RAFAEL ESTENGER

**LA VIDA
GLORIOSA Y TRISTE
DE
JUAN PABLO DUARTE**



Editorial UNPHU
Santo Domingo, R.D.
1981

RAFAEL ESTENGER

LA VIDA
GLORIOSA Y TRISTE
DE
JUAN PABLO DUARTE

(Biografía para Estudiantes)



Editorial UNPHU
Santo Domingo, R. D.
1981

Publicaciones de la
Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU)

© 1981, Univ. Nac. Pedro Henríquez Ureña
Dirección de Publicaciones
Santo Domingo,
República Dominicana.

A los muchachos dominicanos,
que el ejemplo de Duarte ha de guiar
hacia una patria
cada vez más feliz, próspera
y libre.

PROLOGO



OR qué llamamos *biografía para estudiantes* a este pequeño libro? Tal vez la pregunta necesite aclaración por ser demasiado simple la respuesta. Hay personas que leen buscando significaciones ocultas, como si cada frase tuviera un escondrijo, y a ellas hay que explicarles que nuestro propósito sólo consiste en facilitar a niños y adolescentes, con lenguaje y razones que entiendan sin esfuerzo, la ocasión de conocer a plenitud la vida del prócer que levantó a sus conterráneos, desde la condición humillante de *colonos*, es decir, sometidos a voluntad extranjera, hasta la noble jerarquía de *ciudadanos*, es decir, hombres libres en una patria independiente.

Varias veces el mismo tema ya fue desarrollado con mayor investigación erudita y más garboso estilo; pero no aspiramos a rivalizar con nadie, sino a procurar que los muchachos nos lean por mero entretenimiento, como hacen con un

relato de aventuras, y que al terminar de leer, sin darse cuenta de que recibían una lección de Historia, exclame cada uno: “¡Caramba! ¡Qué sorpresa! Conozco al Padre de la Patria Dominicana mejor que a mis amigos”.

Vamos a contar la vida de Juan Pablo Duarte como si fuera un sencillo cuento; pero un cuento sin una sola mentira, sin añadir ni quitar nada a la verdad que otros llamen histórica, aunque ser veraz, desde luego, no excluye fortuitas equivocaciones. Muy lejos está de nuestro propósito falsear un solo dato ni una sola acción ni una sola plática.

Aunque dijo un gran poeta que la vida es un sueño, siempre ganará nuestra atención el que nos cuenten las cosas que otros vivieron o soñaron; pero sin falsearlas ni inventarlas. Si a veces en la vida ocurre, o en el sueño, que hay peripecias borrosas u olvidadas, porque faltó quien las anotase, o las anotaciones se extraviaron, precisa entonces resignarse a la irremediable mutilación del recuerdo.

Sería muy fácil, pero no lícito en quien escribe una biografía, narrar los hechos que pudieron haber sido o los que teja la imaginación caprichosa, según hacen los novelistas, que suelen tomar los personajes de la realidad y quedan libres para conducirlos después a cualquier género de aventuras. El biógrafo ha de limitarse a decir las cosas que algún documento o testimonio le

autorice a creer que fueron ciertas, colocándolas en forma de que parezcan novela o cuento, para que los lectores no bostecen ni abandonen el libro sin leerlo.

Muy adrede tratamos de manejar una escasa variedad de nombres y personajes. Nuestra razón no es histórica, sino literaria. La abundancia de protagonistas y apellidos suele hacer fatigosa la lectura, y en nada contribuye a esclarecer la cabal interpretación de la vida de un hombre, que es a nuestro juicio el objeto de la biografía. Para los escritores debió agregarse un mandamiento a las Tablas de Moisés: *No cansar*. Y cada día pedimos a las musas que nos libren de semejante pecado, aunque posiblemente no escuchen siempre nuestro ruego.

La vida de Juan Pablo Duarte resulta un cuento triste. ¿Y qué vamos a hacer, por más que la quisiéramos dichosa? Triste fue el destino que le tocó vivir al ilustre Fundador de la República Dominicana. Un sueño triste; pero glorioso.

Los hombres fatuos ambicionan la gloria como un tesoro de halagos y venturas. Parecen ignorar que la verdadera gloria se alcanza con trabajos, luchas y sufrimientos, mientras las apariencias de gloria, las que fabrican los aduladores para satisfacer a los ricos y poderosos, o las que se obtienen por trucos de propaganda, también pueden ganarse sin méritos ni sacrificios; pero no son más que apariencias, supercherías, embustes,

vanidades...Bajo cualquier revés de la fortuna se apagan para siempre, como las brasas al caer en el agua. La legítima gloria, la respetable, la bien lograda, la que merece veneración de los hombres, como la gloria de Juan Pablo Duarte, sigue creciendo después que su merecedor ha terminado el sueño de la vida.

R. E.

Miami, Fla., 1978.

1.— TIERRA DESOLADA



El martes 26 de enero de 1813 nació el prócer Juan Pablo Duarte... ¡Oh, no! ¡Qué tonto error nos ha saltado a la pluma! Aquel día quien viene al mundo en la ciudad de Santo Domingo de Guzmán es un bebé de ojos azules, que generalmente conserva muy cerrados para defenderlos de la luz, y que aprieta los puños, mientras agita sin compás piernas y brazos, como los demás recién nacidos.

A no ser en las leyendas o en los cuentos de hadas, donde la imaginación es libre para inventar cualquier embuste, nadie podría adivinar si el niño que descansa en una cunita adornada con encajes o sobre un montón de harapos llegará a ser un prócer o un zascandil sin importancia. El hombre de gran valía, como el travieso o el insignificante, se va haciendo a sí mismo con sus propósitos y su conducta. El prócer se va elevando con la vida, de igual manera que el niño crece con los años.

Aquel bebito de ojos azules habita en una casa bastante amplia, hoy el número 86 de la calle de Isabel la Católica. Ya tiene un hermano, nacido en Mayagüez diez años antes, nombrado Vicente Celestino. A causa de las invasiones haitianas que dirigieron Toussaint y Dessalines, la familia se había exiliado voluntariamente en Puerto Rico, igual que muchas otras.

El padre era el andaluz Juan José Duarte, oriundo de Vejer de la Frontera, un centro agropecuario de la provincia de Cádiz. Al residir por segunda vez en Santo Domingo había organizado junto a La Atarazana un próspero almacén de ferretería y efectos marítimos. Goza crédito de hombre probo y muy firmes convicciones, hasta el punto de que fue el único de los comerciantes que se negó a firmar un manifiesto de adhesión al Presidente de Haití que había invadido a Santo Domingo. Se había casado probablemente en 1800 con la criolla doña Manuela Diez Jiménez, natural de Santa Cruz del Seibo. Doña Manuela y don Juan son muy fieles católicos. Celebran pronto el bautizo de Juan Pablo: el 4 de febrero, en la parroquia de Santa Bárbara.

La época aquella se llamó de *La España Boba*, porque desde 1809 la tierra de Santo Domingo había vuelto a ser colonia de España, tras permanecer catorce años bajo el dominio francés, y el cambio de banderas poco la favorecía. Bajo

España, como bajo Francia, el pueblo no mejora sus condiciones de vida.

España mal podía atender la colonia recuperada, mientras su vasto imperio colonial se transformaba en repúblicas independientes. Sin embargo, muchas familias que abandonaron la Isla durante la ocupación francesa, comienzan a regresar con la esperanza de atender otra vez sus interrumpidos trabajos y profesiones. La Universidad de Santo Tomás de Aquino -la primera fundada en el Nuevo Mundo- reabre sus puertas. Hay decretos que facilitan ahora el comercio y el arribo de embarcaciones extranjeras. El Arzobispo regresa a la Catedral, investido otra vez con la tradicional dignidad de Primado de las Indias.

Pero la general pobreza continúa prácticamente inalterable, por la escasez de los productos del campo y la ausencia casi total de industrias. Aun las viejas murallas de Santo Domingo de Guzmán, erigidas para defender la ciudad de bucaneros y corsarios, apenas separan incipientes arrabales, como evidencia de que la población no es mucho mayor que en los pasados siglos.

A pesar del ambiente menesteroso, el niño Juan Pablo va creciendo sin advertir estrecheces ni privaciones. Le miman los padres; le quieren los amigos. ¿Qué más necesita para sentirse feliz? No es Juan Pablo de complexión robusta ni debió sobresalir como vencedor en las pependencias

infantiles del barrio. Pronto se aficiona al estudio y la madre es su primera maestra. Cuando asiste a una escuelita de párvulos, ya sabe bastante para que algunos meses después le admitan en el colegio de don Manuel Aybar, reputado como excelente maestro.

Allí se convierte en un modelo de buen alumno. Nada levantisco ni revoltoso, atiende las explicaciones del maestro y gana las mejores notas de la clase. Todos reconocen que es un muchacho de muy clara inteligencia, aunque de poco le hubiera valido sin la aplicación al estudio. Para saber no basta *poder* saber, sino hay que, además, *querer* saber.

Por los días en que Juan Pablo inicia los estudios en la escuela de don Manuel Aybar ocurrirán en la Isla sucesos verdaderamente aterradores. El muchacho íbase dando cuenta poco a poco de la vida más allá de la familia y el colegio, aunque los acontecimientos eran tan complicados y terribles que hasta se confundían los hombres de mayor experiencia.

Allá, en Sur América, el Libertador Simón Bolívar había anunciado la fundación de la Gran Colombia y prometía su ayuda para independizar a los demás países que continuaban bajo el dominio de España. A pesar de los peligros de Haití bajo el mando absoluto del Presidente Jean Pierre Boyer, el licenciado José Núñez de Cáceres, sin lucha ni violencia, obtuvo en Santo Domingo la rendición

de las autoridades españolas y proclamó la República Dominicana con la intención de unirla después a la federación de países que integrarían la Gran Colombia.

Y sobrevino la catástrofe. El Senado haitiano, sin pérdida de tiempo, acordó que el Presidente Boyer impusiera a los “pueblos de Este”, según las palabras casi burlonas del acuerdo, la obligación de ser felices incorporándose a la República de Haití. El 9 de febrero de 1822, a los setenta días de la proclamación de Núñez de Cáceres, el ejército haitiano llega a la Puerta del Conde y el presidente Boyer obliga a Núñez de Cáceres que le entregue el mando de la “la Parte Este” de la Isla.

Desde luego, la situación del pueblo de Santo Domingo se hace más agobiadora y mísera que al gobernar España o Francia. Tropas harapientas, mandadas por oficiales adornados pintolescamente con insignias y penachos, recorren campos y ciudades cometiendo atroces fechorías. La población consternada sufre indefensa una serie de absurdas leyes que arruinan sus escasos medios de subsistencia, como la prohibición de mantener relaciones mercantiles con las otras islas de las Antillas y de imponer el servicio militar obligatorio de cuantos jóvenes había entre los diez y seis y veinticinco años. La Universidad cerró sus puertas por carecer de alumnos. Hubo insurrecciones y conjuras, que aplastó sin misericordia la represión

del Gobierno. Y muchas familias del mayor arraigo huyeron hacia ciudades extranjeras.

Pero Juan Pablo continuó invariablemente los estudios. Después de aprender los conocimientos elementales -y, desde luego, el idioma francés, que se convierte en lengua oficial de la Isla- cursa teneduría de Libros, seguramente para ayudar al padre en los negocios. Corre por el vecindario su fama de joven inteligente. El presbítero José Antonio Bonilla le atribuye "facilidad para comprenderlo todo" y otro ilustrado presbítero responde: "Si hubiera nacido en Europa, a su edad ya sería un sabio".

En Santo Domingo escasean por aquel tiempo las escuelas. No hay un solo periódico; ni una sola mediana tienda de libros. Si Juan Pablo hubiera querido proseguir estudios oficiales, se lo hubiera impedido el cierre de la Universidad. Sólo le quedaba el recurso de estudiar sin orden ni concierto, según las oportunidades. Asiste a cursos de Latinidad, Historia y Geografía Universal con el Doctor Juan Vicente Moscoso, que no tardará mucho en abandonar la Isla, hostigado por los desmanes del gobernador haitiano.

Cuando llegaba a la adolescencia, ya Juan Pablo tenía seis hermanos y el mayor había contraído matrimonio. A las tres hermanas que llegaron a edad adulta -Rosa, Filomena y Francisca- le siguió Manuel. La otra hermana recibió el extraño nombre de Sandalia. Cuentan que muy

niña fue robada por un grupo de piratas yanquis y “murió a poco de haber reaparecido”, víctima de misteriosa dolencia, sin que hoy existan pruebas documentales del suceso. Los padres se interesaron mucho por la educación de todos. Si Vicente no insistió en los estudios como Juan Pablo, fue siempre reconocido como hombre de ilustración e ingenio.

Aunque los medios de enseñanza fueran insuficientes, Juan Pablo ya podía aprenderlo todo por sí mismo. Sabía leer, que es el más útil de los aprendizajes. Nos permite interpretar los libros, que recogen cuanto los hombres soñaron y pensaron. A falta de maestros y de aulas, Juan Pablo dedica horas a la lectura. Sus padres están muy orgullosos de Juan Pablo, que es trabajador, servicial y de modales corteses. Y don Juan, el padre, no olvida las palabras que oyó un día: “Si hubiera nacido en Europa, a su edad sería un sabio”.

Cuando supo que su amigo don Pablo Pujol, un catalán honorable y Juez del Tribunal de Comercio, proyectaba viajar a Europa, le propuso que se llevara a Juan Pablo, con la intención de que el muchacho pudiese continuar estudios en España. Desde luego, Pujol aceptó gustoso la encomienda. No se trataba de llevar a un niño en un viaje de negocios, sino más bien a un diligente compañero. Ya es Juan Pablo un adolescente próximo a los diez y siete años, con un bozo que apunta más

oscuro que la riza cabellera color de oro, y menos ansioso de divertirse que de ir descubriendo un mundo que le parecería grande y misterioso.

El viaje comprendería varias ciudades, pues don Pablo Pujol tiene necesidad de tramitar asuntos mercantiles en Nueva York antes de trasladarse a Europa. Ninguna recompensa mejor pudo ofrecer don Juan José Duarte al buen comportamiento de su hijo. Para Juan Pablo, siempre curioso estudiante de Geografía Universal, era como adquirir un Atlas verdaderamente mágico, en que cada nombre de ciudad, de río o de montaña le fuera a revelar de pronto, con imágenes y movimientos, cuanto significa su total presencia.

II.— LA VOZ SECRETA



ODAVIA no se han puesto de acuerdo los historiadores sobre el año en que Juan Pablo inició el primer viaje al extranjero. Parece haber sido un poco antes de 1830. Ni tampoco hay testimonios que describan la partida ni las condiciones del velero en que viajaba. Después de todo, ¿qué importan los pormenores? El hecho cierto es que Juan Pablo, en compañía de don Pablo Pujol, sale del Ozama en un barco de velas con rumbo hacia Nueva York. En la travesía ocurre un suceso que ha de tener extraordinaria importancia para la vida del adolescente, criado entre mimos familiares y sin cabal experiencia de los atropellos que cometen los invasores haitianos.

Don Pablo Pujol conoce al muchacho desde niño. Le mira con afecto por su conducta juiciosa y sus triunfos escolares. Probablemente habla con frecuencia, como los demás españoles que residen en Santo Domingo, para añorar los tiempos de *La*

España Boba. A veces no solamente interrogaba a Juan Pablo sobre el progreso en los estudios, sino también se refería a la situación de inferioridad y sometimiento que padece la población dominicana bajo la tiranía de Haití.

Al día siguiente de haberse apartado el velero de las costas, Pujol y el capitán del barco charlan con despiadada franqueza de los infortunios de Santo Domingo. Tal vez el capitán advirtió en la cara del muchacho la cólera reprimida, y le preguntó si no le daba pena decir que era un haitiano. Aunque Haití había sido una de las colonias más ricas del Nuevo Mundo, le habían bastado treinta años de independencia para hundirse en absoluta barbarie. Y por eso Juan Pablo responde al capitán con indignada energía:

— ¡Yo soy dominicano!

El rudo marino, con ademán de lástima o desprecio, insistió entonces: “No tienes nombre. Ni tú ni tus padres pueden tenerlo. Cobardes y serviles, inclinan la cabeza bajo el yugo de los esclavos”. Y Juan Pablo permanece mudo por la ira. La desesperación y la vergüenza le impiden pronunciar una sola palabra. Otro, tal vez hubiera alzado el puño contra la boca del capitán, o hubiera replicado a la injuria con mayor agravio, pues la violencia es siempre irracional y casi nunca rigurosamente necesaria.

Años después el propio Juan Pablo escribirá explicando aquel incomprensible silencio: “Juré

en mi corazón probarle al mundo entero que no tan sólo teníamos un nombre propio, ¡dominicanos!, sino que nosotros éramos dignos de llevarlo”. Y desde entonces cada latido de su corazón debió sonarle como el eco de su propia voz, como una voz secreta que le recordaba incansablemente la misión santa y heroica de crearse una patria libre.

No hay constancia de que el capitán y el muchacho volvieran a dialogar sobre el tema. ¡Quién sabe! Pero es lógico suponer que Juan Pablo estaría largo tiempo meditando a solas el modo de realizar su juramento. “Desde entonces no pensó más que en instruirse”, anotará demasiado parcamente su hermana Rosa; pero el ansia de instrucción debió sentirla primordialmente como un medio para ayudar su faena libertadora. Quería saber para hacer. Saber para que sus actos resulten útiles al juramento que hizo.

El itinerario de don Pablo Pujol no puede ser muy exacto. Va sólo en viaje de negocios y se propone dilatar las visitas según resuelva los asuntos. Llegan a Nueva York a los quince días de haber subido al velero. Desde que bajan a los muelles de la inmensa bahía, la sensación del muchacho ha debido ser de sorpresa y asombro.

Sin embargo, aún Nueva York estaba lejos de alcanzar la magnitud enorme y trepidante que ahora tiene. Sus mayores edificios no exceden las seis o siete plantas. La ancha Broadway es sólo una

calle de piedras relucientes, donde el continuo tránsito de ómnibus y coches no impide el trotecito de los cerdos vagabundos que hociquean en los montones de basura. El novelista Charles Dickens, muy pocos años más tarde, observará todavía ese espectáculo de Broadway y sospechará que aquélla es una raza porcina con adoctrinamiento democrático, pues va donde le place y se mezcla con la alta sociedad en una forma igualitaria, mientras la gente más orgullosa le cede el lado de la pared, según cada animal prefiera. Junto con los cerdos trotones suelen vagar, contoneándose, algunas aves domésticas.

La pujanza creciente de la actividad mercantil se advierte mejor desde los grandes muelles del puerto, donde numerosos barcos de variadas banderas cargan o descargan mercaderías. Además de multitud de coches, muy distintos de colores y estructuras, transitan por las zonas comerciales pesados carros de que tiran gordos y recios percherones. Ya era bastante para deslumbrar al que por primera vez abandona una maltratada ciudad antillana, donde grupos ociosos se detienen a platicar sin objeto en las esquinas y algunos soldados exhiben la mugre de los uniformes con arrogancia de amos engreídos.

Mientras el activo Pujol se dedica a sus gestiones mercantiles, Juan Pablo estudia con ahínco la lengua inglesa, a la vez que recibe lecciones de Geografía Universal con un profesor

yanqui de apellido Davis. ¿Qué razones le impulsaban a elegir una asignatura como la Geografía Universal? Posiblemente la curiosidad de informarse de los usos y costumbres en los países para él desconocidos, al mismo tiempo que para entender con mayor seguridad las necesidades de su pueblo sojuzgado.

¿Cómo es el mundo? ¿Cómo son los pueblos que nunca ha visto? ¿Cómo las regiones desérticas, los bosques centenarios, las ciudades en que se aglomeran poblaciones distintas a las que había jurado redimir con su completo sacrificio? ... A partir de la estancia en Nueva York, volverá con frecuencia a repasar los aprendizajes geográficos que iniciara en Santo Domingo con el doctor Juan Vicente Moscoso y que prosigue en Nueva York con Míster Davis.

III.— DESCUBRIENDO EL MUNDO



LOS viajeros salen de Nueva York hacia Inglaterra, donde la permanencia sería muy breve; pero no tanto que Juan Pablo dejara de advertir las ventajas de la política inglesa, cuyo Parlamento actúa como fiel representación de las diversas clases sociales y el Rey apenas ejerce otra función que mantener la armonía en la pugna de los partidos. La pasión siempre nos hace exagerar un poco, y así resulta justificable que su amigo de infancia Félix María del Monte, admirador entusiasta de Inglaterra, creyera recordar que después Juan Pablo buscaba en vano al hombre libre fuera de las Islas Británicas.

Desde Londres pasaron los viajeros al inquieto París. Es muy probable que hubiera sido en los primeros meses de 1830. Glorioso y convulso año el de 1830! Casi a la vez se producen en Francia dos revoluciones. La primera, una revolución

alegre, sin fusiles ni derramamientos de sangre. Nada más, o tal vez nada menos, que una revolución literaria. Hizo variar hasta la moda de los trajes después que impuso un nuevo modo de escribir y pintar, sin ceñirse a las pautas establecidas por antiguos maestros, para que las artes y las letras expresaran con desenfadada sinceridad pasiones y convicciones.

Mucho antes, desde luego, ya existía la pugna entre dos tendencias estéticas. La que llamaban *Neoclasicismo* pretendía continuar imitando el ejemplo de los clásicos, para solaz de las minorías cultas o más bien de profesores y cortesanos afanosos de parecer eruditos, y la que bajo el nombre de *Romanticismo* deseaba llegar directamente al pueblo, ganándolo por la fuerza contagiosa de los sentimientos y problemas vitales.

Sucedió entonces que la noche del 25 de febrero de 1830 estrenaban en un teatro de París el drama *Hernani*, escrito por el joven poeta Víctor Hugo, bien afamado ya como líder de la tendencia romántica. En palcos y lunetas desbordaba un público apasionadamente dividido en dos bandos opuestos. Apenas comenzaron los actores a declamar los versos del drama, hubo al unísono aplausos y rechiflas. La mutua hostilidad fue enardeciéndose y los jóvenes respondían con injurias y ovaciones a los insultos y silbidos de los partidarios de las formas clásicas. El escritor Théophile Gautier, gran amigo de Víctor Hugo,

vestía un impresionante chaleco rojo, que se solazaba en exhibir orgullosamente como pendón de guerra.

Y al poco tiempo los sastres de París llenaban las vidrieras de las tiendas con vistosos chalecos que reproducían libremente los colores del iris. Pero la batalla no terminó en una noche, como muchos imaginan. Hubo cien representaciones del *Hernani*, siempre con protestas y ovaciones. Desde entonces se impuso una radical transformación en las artes y las letras de Francia. ¿Nada más? ¡Oh, no! Nada menos, pues tras una verdadera revolución en las letras y las artes suele producirse otra revolución nada divertida y seguramente de mayor peligro.

Así ocurrió en París al terminar las bulliciosas representaciones de *Hernani*. El rey Carlos X había suprimido la libertad de prensa y se decidió a gobernar sin la intervención del Parlamento; pero no había previsto que el martes 27 de julio amanecería la ciudad llena de barricadas, donde el pueblo iba a luchar fieramente con trabucos y cuchillos, mientras desde las azoteas y balcones las mujeres lanzaban trastos, botellas y agua hirviendo sobre las tropas en marcha. Tres días después, el Rey cerró apresuradamente sus baúles para escapar hacia Inglaterra.

Y no es reemplazado por ningún Presidente de República, como pretendían los más radicales inconformes, y tal vez hubiera complacido a Juan Pablo. Aclamado por las muchedumbres y teniendo

que transitar entre los restos de barricadas que aún obstaculizan las calles, acude al Palacio Real otro príncipe de la antigua nobleza; pero de ideas liberales. Era hijo del Duque de Orleans, que los revolucionarios del tiempo de Robespierre apodaban Felipe Igualdad, aunque terminaron poniéndole la cabeza bajo la guillotina. Y se inició el reinado de Luis Felipe de Orleans, a quien burlescamente llamaban el Rey-Paraguas, porque solía pasearse con un lindo paraguas bajo el brazo; pero lo importante es que Luis Felipe juró de buena fe cumplir y hacer cumplir la Constitución que dictaron los representantes del Pueblo.

Cuando vive Juan Pablo en París tiene ocasión de observar las consecuencias de las dos revoluciones. Desde luego que en Francia también pudo encontrar el hombre libre que buscaba; pero de otro modo que en Nueva York o en Inglaterra. Entre el barullo de las calles, donde cualquier día parece de motín o de fiesta, otro aspecto de la ciudad debe provocar su asombro, como a don José Mor de Fuentes, un ingenioso trotamundos español de aquel tiempo, que anotará sorprendido: "Todo París viene a ser una librería perpetua".

Además de las tiendas principales, que son muchas y bien surtidas, también están inundados de libros los antepechos de los puentes, las plazuelas, los pretilos y los contornos del Baluarte, donde solían adquirirse con gran rebaja de precios, e interrumpían continuamente al transeúnte los

vendedores de periódicos, cuyas páginas debatían con libertad y ardor las más variadas opiniones.

Juan Pablo había visitado tres grandes ciudades, además de haber estado rápidamente en otras. Debió abrigar la sensación de que ya había descubierto tres mundos muy poco semejantes a su triste y amado Santo Domingo de Guzmán, donde había que ser valiente para levantar la voz inconforme con los gobernantes extranjeros. Dolido por esta íntima congoja, prosigue el itinerario de don Pablo Pujol, que terminará necesariamente en Cataluña.

Y con Pujol monta Juan Pablo en una diligencia para trasladarse a Barcelona, semejante a la que había utilizado para llegar y salir de Londres. La diligencia es un carrote incómodo y pesado, que reemplaza la ausencia de los ferrocarriles, todavía entonces muy escasos en el mundo. Tiran de él cuatro o cinco caballos, a una velocidad nunca mayor de ochenta o noventa kilómetros por día, menos de lo que adelanta un tren en una hora. Por la noche interrumpe la marcha y los viajeros pueden dormir en hoteles o mesones.

El viaje entre París y Barcelona, después de permitirle observar morosamente la rica y bien trabajada vegetación de la campiña francesa, concluye para Juan Pablo en una nueva lección de Geografía Política. Al cruzar el enorme carromato las montañas de los Pirineos, que marcan la

separación de dos pueblos muchas veces rivales, comprueba Juan Pablo que se mantienen en amistosa convivencia. Los guardianes de la frontera hablan francés de un lado y español del otro, como debería ocurrir en los límites de Dabajón o Pedernales cuando él cumpliera el juramento que jamás olvidaría.

Tampoco se encuentra una España sin inquietudes, mansamente sojuzgada por Fernando VII. A poco de llegar a Barcelona puede advertir las ansias con que el pueblo trata de recuperar los fueros y libertades que en otros tiempos disfrutara. También llegaban hasta allí los ecos de las inquietudes francesas, aunque reprimidas duramente por el monarca traicionero.

Fue un hecho real y muy significativo que José de Espronceda, el mayor poeta romántico de España, participase en las barricadas de París y formara en un grupo de liberales que intentó penetrar en España para destronar a Fernando VII. Siendo muy joven, casi niño todavía, Espronceda organizó con otros muchachos la sociedad secreta *Los Numantinos*, para conspirar en el sótano de una vieja botica, vestidos con ropones y antifaces negros, bajo la incierta luz de unos faroles rojos. Descubiertos los *numantinos* por la policía, encerraron al poeta en un convento para librarlo de la cárcel por su extremada juventud.

El Rey puede mantener desterrado al poeta; pero no a sus versos, que circulan de boca en boca

por España, divulgando inconformidades y hastíos, como es usual en los poetas románticos. También cantan el amor a la libertad, con acentos que disimulan a veces la intención política, como al describir a un pirata sin más tesoro que su barco, ni otra ley que la fuerza y el viento, y por único Dios la libertad.

Sobre tales cosas llegarían a Juan Pablo noticias y leyendas, aunque no descuidó el estudio como objetivo de su viaje. Y estudiar, ¿qué? Dicen que en Barcelona aprendió el Latín con la misma perfección que su propio idioma; pero es muy difícil que le alcanzara el tiempo para tanto, ya que además tomó un curso de Filosofía y otros conocimientos importantes, como las Matemáticas, y artes de mero adorno por añadidura. Un programa tan complejo no autoriza a descubrir ninguna finalidad concreta, sino el noble y generoso afán de no sentirse ajeno a ninguna forma de sabiduría.

Ya la Barcelona de entonces, por el humo de las chimeneas, recordaba los distritos fabriles de Inglaterra. Allí también se inicia el auge de las industrias del tejido con empleo de máquinas de vapor para mover los telares, a la vez que seis años de ocupación de la ciudad por las fuerzas napoleónicas habían dejado un fuerte sedimento de ideas revolucionarias e impulsado la fundación de numerosas sociedades secretas.

Las cartas y periódicos que Juan Pablo

recibirá de amigos y familiares inmediatamente después del regreso a Santo Domingo, debieron informarle sobre los desórdenes que estaban produciéndose en Barcelona. Junto con la quema de iglesias y conventos, le describirían el incendio de los talleres movidos a vapor, como brutal protesta contra el uso de las máquinas, pues los obreros imaginaban que los dejarían sin trabajo. ¡Mezcolanza horrible de estupidez y locura, que con frecuencia aparece en los momentos de profundas transformaciones sociales!

En aquel trágico ambiente, estremecido por cóleras irreflexivas, “los fueros y libertades de Cataluña”, que pronto Juan Pablo encomiará ante sus amigos, no pasaban de constituir entonces una melancólica añoranza o un ideal estimulante.

IV.— LA VUELTA AL HOGAR



JUAN Pablo comprendería que estudiar a capricho, sin obligarse a un plan determinado, podría también hacerlo junto a sus padres, con sólo adquirir los libros que necesite. Además, ¿cómo realizar su juramento? Hasta Barcelona le llegan noticias de la opresión haitiana. Se dice que el general Borgellá intentó que un esbirro asesinara a monseñor Pedro Varela, el venerable Arzobispo de Santo Domingo, y que al momento de ejecutar el crimen, arrepentido de súbito, el matón cayó de rodillas y confesó su propósito. Se habla también de conspiraciones frustradas y del forzoso destierro de muchos hombres probos y sabios.

Por éstas, o por otras causas que desconocemos, Juan Pablo anunció a sus padres que regresaría en la más próxima oportunidad que hubiera. Entonces los barcos conducían pasajeros a Santo Domingo muy de tarde en tarde. Cierta vez que

el Vigía de la Torre del Homenaje avisó el arribo de una goleta procedente de Santo Tomás, los padres y hermanos de Juan Pablo acudieron al muelle. Vivían bastante cerca de la zona portuaria y no les engañó el presentimiento: allí estaba Juan Pablo saludándolos desde la borda del velero, probablemente con los ojos nublados de lágrimas.

Es posible resistir el sufrimiento con ademán impávido; pero no a la vez la tristeza y la alegría, una doble emoción confusa que no deja espacio a la voluntad para imponerse. ¡Qué júbilo volver al encuentro de los padres, los hermanos, los amigos, tras larga ausencia, y qué pesadumbre, tras haber recorrido espléndidas ciudades, contemplar los bohíos de palma y guano donde se cobija el pueblo, las calles de tierra, la autoridad representada por extranjeros insolentes y el pabellón de los opresores flameando en las fortalezas!

La noticia de la llegada de Juan Pablo se extiende por el vecindario como un acontecimiento y la casa pronto se llena de vecinos. No podían faltar, desde luego, los habituales contertulios de la familia, entre los que abundaban sacerdotes católicos. Muchos hacen el comentario de que Juan Pablo "no es el mismo" que salió para estudiar y conocer el mundo, como si el tiempo transcurriera en vano para los adolescentes. Desde luego, Juan Pablo ha crecido, aunque sin alcanzar más estatura que la mediana. Representa menos edad de la que

tiene, aunque no ha cumplido diez y nueve años; pero a la franca expresividad de su rostro sucede ahora con frecuencia un rictus de abstracción meditativa. Preguntaba menos que contaba. El doctor Manuel María Valverde, médico que le había dado algunas lecciones, le abraza y le pregunta entre la algazara de los visitantes:

—Dinos, Juan Pablo, ¿qué fue lo que más te llamó la atención y te agradó en tus viajes?

Acaso espera el doctor una respuesta divertida sobre el carácter de las gentes o los extraños edificios que gustan describir los viajeros. Por el contrario, Juan Pablo responde con la brevedad y firmeza de quien ha meditado largamente el asunto:

—Los fueros y libertades de Barcelona, que algún día nosotros daremos también a nuestro pueblo!

A solas entre los amigos predilectos, ya que entre otros era imposible hacerlo sin que se estimaran desdeñados, Juan Pablo repartió los obsequios que les traía. A los jóvenes de Santo Domingo debió sorprenderles como una extravagancia que Juan Pablo les regalase estridentes chalecos de colores. Hasta entonces sólo habían visto chalecos negros o blancos. ¡Y cómo no lucirlos muy orondos! Era la moda de París. A Felipe Alfau le entregó un chaleco rojo, semejante al que usó Gautier, como provocador estandarte de guerra, en las representaciones de *Hernani*. Con los

chalecos llegaban a Santo Domingo los primeros testimonios del romanticismo triunfador en Francia, como también, desde luego, entre los libros que adquirió Juan Pablo en París y en Barcelona.

El romanticismo es contagioso como el sarampión o el catarro. Podría decirse que con Juan Pablo Duarte había llegado a Santo Domingo la fiebre romántica. Sin embargo... ¿Por qué no admitir que el romanticismo, más que una tendencia literaria, es una actitud frente a la vida? "Románticos somos", arguyó con buen humor Rubén Darío, y después interrogaba: "¿Quién que es no es romántico?" Hay muchos hombres que no son nada; apenas hombres; pero Juan Pablo y sus amigos tenían voluntad de "ser". Por lo menos, de ser dominicanos y sentirse orgullosos de serlo.

En el fondo del romanticismo predomina el culto a la libertad. No fue tan casual como parece que al triunfo de *Hernani* siguiera inmediatamente la Revolución de Julio, que derrumbó la monarquía absolutista de Carlos X. Al mencionar Juan Pablo las palabras "fueros y libertades" debió producirse un momento de expectación y sobresalto. Cuentan que Juan Isidro Pérez, tan impresionable y nervioso como era, tembló de pies a cabeza, "vibrante como una cuerda golpeada", y que José María Serra se levantó conmovido de su asiento.

Aunque la anécdota haya sido un poco

fantaseada, es sin duda verosímil. Fueros y libertades eran palabras mágicas. Sobre todo para los hombres de la generación de Juan Pablo, pues todos eran románticos, aunque muchos tal vez no lo supieran.

V. ANTOLOGÍA DE LA LINGÜÍSTICA



[The text in this section is extremely faint and illegible. It appears to be a list or index of linguistic works, possibly including titles and authors. Some words like 'Lingüística' and 'Gramática' are faintly visible.]

V.— AÑOS DE ESPERA



UN joven que regresa de Europa vestido a la última moda, con elegantes chalecos de colores, finos modales y fama de estudioso, tenía que ganar fácilmente el corazón de las muchachas quinceañeras. Hay testimonios sobre dos graciosas dominicanas a quienes Juan Pablo regaló sortijas de compromiso. Una de ellas fue María Antonia Bonilla, que siempre conservó el anillo de oro con una piedra color de la esperanza. A la otra le daban el nombre familiar de *Nona*, una adulteración de *Noia*, que en lengua catalana significa muchacha o nena. Se llamaba Prudencia Lluveres y su padre había nacido en Cataluña. Las dos morirían solteras y Juan Pablo jamás contrajo matrimonio.

Pero a Juan Pablo los amoríos no debieron apasionarle mucho. Entre los versos que escribió y han llegado a nosotros, únicamente existe una poesía de amor, donde habla menos de amor que

de "las penas del alma". El juramento que hizo en su corazón siempre insistía, como una voz secreta y constante, recordándole que su mayor deber era crear una patria independiente y libre.

Sin embargo, de regreso a Santo Domingo, Juan Pablo vuelve a estudiar con tanta efusión como en Barcelona y con la misma diversidad de vocaciones. Parece que les dedica preferencias a la Geografía Universal y a las Matemáticas, añadiéndoles el aprendizaje de la guitarra, la flauta y el dibujo. "Para todo tenía tiempo", escribió su hermana Rosa: "Consagrado a estudiar, nunca dejó los libros antes de la una o las dos de la mañana". Durante el día lleva la contabilidad en el almacén del padre, y en el propio almacén ofrece clases de Matemáticas, idiomas y escritura a los que mostraran deseos de aprender, sin distinción de categorías sociales y sin cobrar un céntimo. A muchos les prestaba los libros que pudieran serles útiles. Esta generosa conducta le ganaba una popularidad siempre creciente.

Desde que el general Borgellá intentó el asesinato del arzobispo Varela, muchas personas ilustradas se apresuraron a huir hacia otros países y apenas había modo de que los padres encontraran buenos maestros para sus hijos. La pobreza general se hacía cada vez más angustiosa. Unos pocos frailes y sacerdotes ayudaban a impartir enseñanzas sin auxilio ni protección de los gobernantes. El presidente Boyer, que produjo el cierre de la

Universidad al dejarla sin alumnado, es un cruel y engreído fantoche que siente repulsión contra los libros, los hombres de letras y las ideas novedosas.

En los atardeceres, después que han terminado los trajines en el almacén de su padre, Juan Pablo se reúne con amigos que discretamente iba seleccionando para los planes que guardaba en su corazón bajo juramento. Hubiera sido una tonta imprudencia revelarlos antes de conocer íntimamente a los contertulios.

Mucha gente de mayor edad parecía a veces satisfecha con la invasión haitiana, o al menos así trataban de hacerlo creer para evitarse molestias o peligros. Por ejemplo: el vicario don Tomás de Portes, en una carta pastoral leída el 15 de septiembre de 1833, recomendaba a los "pacíficos habitantes" la fidelidad que habían jurado a la República de Haití y la obligación de agradecer "la solicitud paternal" del presidente Boyer, si querían ser felices en este mundo y gozar de bienandanzas en el otro. ¡Ay, conformista don Tomás de Portes! Por extraña casualidad te escogió un matrimonio dominicano, fugitivo desde la invasión de L'Ouverture, para que bautizases a su primogénito. Probablemente oírías muchas veces después aquel nombre que consagraste en la parroquia santiaguera de Nuestra Señora de los Dolores. Se llamaba José María Heredia y Heredia, cantor supremo de la libertad de Cuba.

Los viejos feligreses tal vez oyeran con

atención los consejos del eclesiástico; no la juventud que deambulaba por las calles y veía la chusma haitiana interrumpir las fiestas de familia con risotadas y palabras soeces, hasta el punto de hacerse habitual que los jóvenes dominicanos, muchas veces armados previsoramente de espadas, dispersaran a los intrusos, empuñando amenazadoramente los aceros y lanzándoles piedras como a un tropel de perros ladrones.

Los gobernantes no daban mucha importancia a esos pleitos juveniles. El presidente Boyer repetía en sus discursos que la Isla gozaba de una tranquilidad completa. Por grande que fuera su astucia, no podía imaginar que esos jóvenes de las trifulcas —entre los más activos figuraba Ramón Mella, fuerte de complexión y hábil en la esgrima— iban a decidir en breve la marcha de los acontecimientos. Con paciencia y sigilo, Juan Pablo formó un grupo de compañeros en que cada vez se hablaba con mayor seguridad y franqueza sobre la necesidad de expulsar a los dominadores y constituir una patria independiente.

De pronto se produjo un descomunal desastre. Mientras sepultaban en la iglesia de Santa Bárbara el cadáver del padre Ruiz —exactamente el 23 de septiembre de 1834— un pavoroso ventarrón destrozaba el caserío de maderas y yaguas que rodeaba el templo. Horas después el huracán arrancaba de raíz árboles corpulentos, hundía embarcaciones y ahogaba en los ríos desbordados

reses y campesinos. Al retirarse el ciclón hacia lejanos mares, el sol brilló de nuevo para alumbrar un horizonte de ruina y muerte, donde sólo se mantenían incólumes los templos, las fortalezas y las casas de sólida mampostería.

El pueblo apodó la catástrofe la *Tormenta del Padre Ruiz*, acaso con irónica amargura, para unir el apellido del sacerdote al recuerdo de la espantosa tragedia. El día de Año Nuevo, durante la celebración de un aniversario más de la independencia de Haití, el padre Ruiz había pronunciado un sermón que se parecía a la carta pastoral del vicario don Tomás de Portes en las injustas alabanzas a los magnates haitianos.

Dicen que aquel mismo día de Año Nuevo, mientras Juan Pablo observaba los desfiles militares, concibió la idea de ingresar en las milicias, porque advirtió que en el Ejército había muchos dominicanos y fácilmente los convencería sobre la necesidad de volver las armas contra los gobernantes extranjeros.

Entonces no se requerían muchos trámites para ingresar en la Guardia Nacional. Bastaba comprar el uniforme y adquirir el armamento. Una vez inscripto, nombraron a Juan Pablo *furrier* de la Compañía. ¿Furrier? Una palabreja que nos viene de Francia para designar al cabo que distribuye el pan y la cebada entre las tropas. En la Guardia Nacional Juan Pablo se hizo de muchos amigos, ganados con el trato siempre cortés y

generoso. Los propios guardias estaban facultados para elegir sus jefes y muy pronto le ascendieron a Capitán de la Compañía.

El plan de Juan Pablo seguía desarrollándose poco a poco, sin despertar sospechas del enemigo. Hay que andar con mucho tacto para manejar ideas peligrosas y no permitir que las descubran antes del momento oportuno. Por muchas razones Juan Pablo vislumbraba la posibilidad de un triunfo rápido, pues las calamidades se agravaban después de la *Tormenta del Padre Ruiz* y el pueblo sentía mayor necesidad de que variara el estado de cosas.

Muchas veces con fundamento, y otras sin cabal justicia, la gente suele atribuir al Gobierno gran parte de culpa en las adversidades y miserias que padece. De todos modos, el Gobierno de Haití no podía ofrecer auxilios, ni casi la esperanza de un remedio, para atenuar los estragos que causó la tormenta al derrumbar las viviendas y malograr los cultivos y plantaciones de "la Parte Este", como tampoco disponía de recursos con que resolver análogos conflictos en el mismo territorio haitiano, donde eran frecuentes las conspiraciones y revueltas contra la tiranía del presidente Boyer.

VI. LAS ALAS DE PAPEL



DESDE 1834 hasta 1838 prosigue Juan Pablo su tarea gratuita de maestro, a la vez que él mismo continúa estudiando como tenía por costumbre. Entre los amigos de mayor confianza expone ideas sobre los abusos del Gobierno y los modos de conseguir la independencia para fundar la República Dominicana. Sin embargo, aquellas ideas carecían de las alas de papel que les permitieran volar más rápido y más lejos, pues en Santo Domingo no se imprimían entonces periódicos ni libros, que son las alas de papel que las ideas necesitan.

Pero la necesidad, sin duda, es madre de la invención. Sucedió misteriosamente que alguien empezaba a introducir por las ranuras de las puertas unos manuscritos que denunciaban los abusos de las autoridades y señalaban la insurrección como único deber para un pueblo maltratado. Firmaban aquellos papeles con un

pseudónimo: *El Dominicano Español*. No eran como periódicos ni libros; pero servían de alas, de misteriosas alas de papel, a las mismas ideas que Juan Pablo explicaba a los amigos. Las hojas deslizadas silenciosamente por la noche a través de las puertas y leídas con sorpresa por la mañana fueron en la ciudad el tema casi obligatorio de la conversación entre vecinos.

Si entonces los policías haitianos hubieran tenido ocasión de conocer Grafología —el arte de investigar por los rasgos de las letras el carácter de quien las escribe— tal vez hubieran comprendido que *El Dominicano Español* era un joven justiciero, de vivaz inteligencia y de convicciones claras. Donde hay jóvenes así es muy difícil perpetuar la tiranía.

En algunas casas que recibían los manuscritos no debieron faltar quienes los atribuyeran a Juan Pablo Duarte, o con mayor seguridad a sus amigos; pero ciertamente constituía un secreto para todos. Hasta para el mismo Juan Pablo, que debió leerlos sorprendido, como si encontrara un eco capaz de repetir muchas de sus opiniones. El propio autor de los anónimos quedó asombrado por el interés que despertaban. La gente no sólo se afanaba en leerlos, sino además ayudaba a circularlos.

No hay periódicos en Santo Domingo; pero hay una imprenta, propiedad de una mujer a quien llamaban graciosamente *La Deana*. La tal *Deana* se ayuda a ganar el pan de cada día

imprimiendo décimas populares, para vender en las fiestas que los barrios dedican a sus patronos. Ahora *La Deana* aumentó su negocio, haciéndolo más lucrativo: imprime una hoja que defiende al Gobierno bajo el título de *La Chicharra*. Aunque *La Chicharra* tiene la facilidad de repartir mayor número de copias, *El Dominicano Español* la aventaja por decir las cosas que el pueblo quiere que le digan y por hablar mal de los gobernantes como al pueblo le complace que se haga. ¡Pero cuánta voluntad y trabajo necesita *El Dominicano Español*, que escribe sin que nadie le pague y que debe llenar copias y más copias trazando letra por letra, siempre con el peligro de que le lleven a la cárcel los policías!

Una mañana de domingo, mientras *El Dominicano Español* redacta sus pasquines, le sorprende la visita de su amigo Juan Pablo. Viéndolo ante la mesa cubierta de papeles, con la pluma en la mano, Juan Pablo le pregunta:

—¿Qué es eso, Pepe? ¿No sales hoy de tu casa?

—No —responde José María Serra, a quien Juan Pablo llama cariñosamente Pepe, sin comprender que también podía decirle *El Dominicano Español*—; estoy muy ocupado.

—¿Y qué escribes?

Serra coge uno de los manuscritos de la mesa y se lo entrega a Duarte, contestándole sencillamente:

—Toma, y lee.

Apenas tiene el papel ante los ojos, Juan Pablo exclama alegremente complacido:

—¿Conque eres tú? ¡Tú, *El Dominicano Español!* ¡Caramba! Pues voy a ayudarte.

Y toma asiento para empezar inmediatamente una nueva copia. No hacen falta muchas palabras ni explicaciones para entenderse dos amigos identificados en sentimientos y creencias. Después de copiar cuantas veces les fue posible los mismos textos, vuelven Juan Pablo y Pepe a reunirse por la noche para repartirlas. Aunque la noche es muy lluviosa, nada los detiene. Con dos amanuenses para escribir y distribuir las hojas la tarea podrá ser más efectiva; pero no le satisfizo a Juan Pablo, que desde mucho antes viene dándole vueltas a un plan más ambicioso que la difusión de papeles subversivos. Y a los pocos días regresa a la casa de su amigo Pepe sin deseo de hacer copias y más copias.

—Por hoy dejemos la escritura —dice—. Nada haríamos con excitar al pueblo sin un fin práctico, importante y positivo.

Tras el breve preámbulo, Juan Pablo explica las circunstancias que impiden la fusión entre haitianos y dominicanos. Lejos de injuriar a los invasores, elogia al pueblo de Haití. Admira que lograra salir de la esclavitud para constituirse en nación independiente. Posee dos virtudes: el valor y el amor a la libertad. Que sean libres y conserven

su república; pero que no opriman a otro pueblo. De pronto, con los ojos centelleantes y temblándole los labios bajo el bigote espeso, Juan Pablo dice:

—¿Por qué han de estar los dominicanos sometidos a España, a Francia y al mismo Haití, sin constituirse en nación como los demás? ¡No, mil veces no! ¡Viva la República Dominicana!

Y esboza rápidamente su plan: fundar una sociedad secreta, a semejanza de muchas que ya existen en Europa, y aun en la América Latina. “Todo lo tengo pensado”, confiesa a Serra, antes de indicar los pormenores de la organización que estima necesaria.

VII.— FUNDACION DE LA TRINITARIA



ES natural que Juan Pablo Duarte explicara previamente su plan a los amigos capaces de secundarlo; pero antes del primer cambio de impresiones ya le había dado a la sociedad el nombre de *La Trinitaria*. La integrarían nueve socios fundadores, formando tres bases de tres socios cada una. Matemáticamente correcto, pues nueve es múltiplo de tres; pero ningún testimonio justifica que los fundadores se consideraran divididos en tríos, como hace suponer el relato de José María Serra, aunque cada uno de ellos debía “asociarse” o “comunicarse” con dos personas ajenas a la sociedad, y éstas integrar otra “célula” o “eslabón” de tres miembros, y así sucesivamente; pero el nombre de “trinitarios” quedaría solamente reservado a los fundadores.

El nombre de *La Trinitaria* podría deberse a otros motivos menos escuetamente aritméticos. Por ejemplo, al lema de la organización: “Dios, Patria y

Libertad". ¿O, por qué no, al hecho de que el buen católico que era Juan Pablo Duarte se complaciera en una palabra que evoca la Santísima Trinidad? Jamás estuvieron ausentes de su pensamiento, sobre todo a la hora de crear símbolos y emblemas, las significaciones habituales en su fe religiosa. Así trazó la cruz blanca sobre los colores de la bandera haitiana. Y decidido a fundar *La Trinitaria* elige una casa frente a la Iglesia del Carmen y una fecha que la tradición consagra al Triunfo de la Cruz y a la festividad de la Virgen del Monte Carmelo: el lunes 16 de julio de 1838.

En torno a la hora de la cita —las nueve de la mañana, como para insistir en el múltiplo de tres— fueron llegando los invitados a la casa de *Doña Chepita* Pérez de la Paz, madre de uno de los amigos más íntimos y fieles de Juan Pablo. A diferencia del adolescente José de Espronceda, que celebraba de noche las juntas secretas de *Los Numantinos*, con ropajes negros y faroles rojos, Juan Pablo prefirió la plena luz del sol, sin efectismos ni ceremonias teatrales, mientras grupos de feligreses trajinan por la calle para acudir o salir del templo.

Las puertas y ventanas de las casas próximas a la Iglesia del Carmen están adornadas con ramilletes de flores, cortinas y banderas, para contribuir al lucimiento de la fiesta. Pero los incipientes conspiradores no tienen ninguna razón para ocultarse demasiado, porque la policía no

vigila ni cohíbe las reuniones privadas. Está excesivamente segura de que la paz en Santo Domingo es verdaderamente inalterable, como solía repetir en sus discursos el arbitrario presidente Jean Pierre Boyer.

Además de Juan Pablo Duarte y de Juan Isidro Pérez de la Paz, en la casa de *Doña Chepita* están reunidos Juan Nepomuceno Ravelo, Félix María Ruiz, Benito González, Jacinto de la Concha, Pedro Alejandrino Pina, Félix Alfau y José María Serra, *El Dominicano Español* de los manuscritos, anónimos. Todos muy jóvenes; algunos en plena adolescencia. El de mayor edad es Benito González, que pronto se borraría en el anonimato por su actuación poco intensa, y aventaja en dos años a Juan Pablo, quien ha cumplido veinticinco años y aparenta sólo diez y ocho, al menos en la opinión de su hermana Rosa. Tres son adolescentes de diez y ocho años: Alfau, De la Concha y Pina.

El plan de Duarte es aprobado sin dificultad alguna. Las opiniones coinciden punto por punto desde antes de la reunión. Los acuerdos quedarán sellados bajo solemne juramento, de cuyo texto Duarte llevó nueve copias para ser leídas y firmadas. A pesar del espontáneo entusiasmo de los amigos, Juan Pablo les advierte que aún se hallan a tiempo para retractarse los que no posean la firme seguridad de que han de cumplir las obligaciones impuestas al jurar por su honor, "en nombre de la

Santísima Trinidad de Dios Omnipotente”, ayudar con vida y bienes a la separación de Haití, para implantar la República Dominicana, plena de libertad y soberanía, e independiente “de toda dominación extranjera”.

Todos aceptan la gloriosa responsabilidad y contestan a la invitación para retractarse con un rotundo y unánime ¡No! ¡No! ¡No!... Se ponen de pie al leer en voz alta el juramento. Sólo les falta estampar la firma. Y Juan Pablo se punzó un dedo con el alfiler del relicario que le había prendido la madre cuando él partió hacia el extranjero; después mojó en la sangre la pluma y trazó su rúbrica junto a la primera de las cruces que seguían al texto. Terminadas las nueve firmas, Juan Pablo dice, con el papel abierto y señalando las cruces con la diestra:

—No es la cruz el símbolo del sufrimiento. Es el símbolo de la redención. Queda constituida *La Trinitaria* bajo su égida. Mientras exista uno de nosotros, estará obligado a cumplir el juramento.

A los conspiradores debió placerles adoptar nombres de guerra y colores distintivos, que sólo ellos debían conocer. Tendrían además una clave, que consistirá en reemplazar unas letras por otras en documentos comprometedores, y también una serie de toques secretos para comunicarse. Cuatro toques distintos que equivalían a cuatro palabras: Sí, No, Confianza y Sospecha. Así el asunto comenzaba a rodearse de misterio, cosa siempre

atractiva y que jamás faltó en las conspiraciones de los tiempos románticos.

Llegada la ocasión de distribuir pseudónimos y divisas, Juan Pablo anuncia que él tomará el nombre de Arístides, aquel griego famoso apodado por su honradez *El Justo*, y el color amarillo; pero Juan Isidro se opone con vehemencia:

— ¡No! ¡El amarillo es mío! Significa política, y el tuyo el azul celeste, que simboliza la gloria. ¡Y a ti te pertenece!

Horas más tarde, *La Trinitaria* debió reunirse para admitir otros tres juramentados con igual compromiso y jerarquía que los fundadores: Vicente Celestino Duarte, el hermano mayor de Juan Pablo; Ramón Matías Mella, tan resuelto como impetuoso, y Francisco del Rosario Sánchez, a quien le habían reservado el color verde como emblema de esperanza.

La primera sesión de los trinitarios finalizó a las once de la mañana. Aquel acto de grave responsabilidad, que a la vez imponía sacrificio, tuvo por música de fondo el bullicioso regocijo del pueblo. Hasta la casa de *Doña Chepita* llegaba alegremente el repique de las campanas, el chisporroteo de los cohetes saltarines y los rumores del gentío que aguardaba la procesión de la Virgen del Carmen.

Una vez terminadas las primeras sesiones organizativas, los trinitarios aportan contribuciones

económicas para los gastos ineludibles de viaje y propaganda. Inmediatamente trabajan en busca de prosélitos, con el objeto de multiplicar el número de células o eslabones. Ya han designado a Juan Pablo como General en Jefe de los Ejércitos y director de la Revolución, a la vez que Coroneles a Sánchez, Pérez, Pina y Vicente Celestino.

En el caso de producirse alguna delación, ninguno de los "asociados" podría comprometer más que a dos de sus compañeros de célula. Los grupos de conspiradores aumentan inclusive fuera de Santo Domingo de Guzmán. Suman principalmente adeptos en El Seibo, Azua, La Vega y Santiago de los Caballeros. Para internarse con facilidad y frecuencia en los campos, hasta cerca de los límites de Haití, Juan Pablo llena las formalidades para ejercer como Agrimensor, perito en el arte de medir terrenos.

VIII.— LOS FILORIOS



OR aquel tiempo había llegado a Santo Domingo un sacerdote al parecer sin importancia. Un clérigo de hábitos humildes, muy corto de estatura, voz estridente y el rostro como raído por cicatrices de viruelas. Posee el bello don de la palabra fácil, reveladora de vastos conocimientos adquiridos en los libros y en la vida. Cuando permanece callado, sólo se advierte su clara inteligencia por la expresión inquisitiva de sus ojos relampagueantes, y su actividad por la nerviosa rapidez de sus movimientos. Así es el padre Gaspar Hernández, de la orden fundada por San Camilo de Lelis para asistir enfermos y moribundos.

Se halla el padre Gaspar en poco más de los cuarenta años. Nacido en el Perú, donde fue capellán de los ejércitos españoles, terminó refugiándose en Puerto Rico, después de la victoria del mariscal Antonio José de Sucre en la batalla de

Ayacucho. Desde Puerto Rico lo trasladan a Santo Domingo y el vicario Tomás de Portes le encomienda la humilde parroquia del arrabal de San Carlos.

Su historia no era precisamente garantía de ideas liberales, ni la de un partidario de la independencia latinoamericana. Pero el hombre verdaderamente honrado cambia de opiniones cuando algún motivo le permite comprender que son malas o injustas. Y el padre Gaspar era honrado además de estudioso y comprensivo. Allá en Lima, capital del rico virreinato del Perú, con universidad, escuelas, libros, periódicos, teatros y bellas avenidas como el Paseo de Aguas, pudo equivocadamente preferir que continuara la dominación española, bajo la que nació, se educó y fue ordenado sacerdote. Ahora ve a sus menesterosos feligreses torturados por la opresión de un pueblo con tradiciones y lenguas distintas, que mezcla sacrílegamente su bárbara superstición con la liturgia católica y no presenta el menor indicio de progreso cultural ni económico. El padre Gaspar, desde luego, no puede justificar ni disimular un sistema de vida semejante.

¿Qué haría entonces el padre Gaspar, ¡él, pobrecito y casi solo! humilde párroco de extramuros? Sólo tiene un arma que oponer a los largos sables de los invasores: la palabra elocuente, que a la vez enardece los ánimos y siembra las ideas. Pronto le dan resonante fama los sermones,

que acuden a escuchar desde otras barriadas algunos jóvenes estudiosos y viejos instruidos. Los trinitarios no esquivan, desde luego, la atracción de la elocuencia del padre Gaspar, aunque se hallan afanosamente entregados a la búsqueda de adictos para formar nuevas células o eslabones de *La Trinitaria*.

Sánchez organiza "asociados" en Los Llanos y El Seibo; Mella recorre el Cibao. Poco después Juan Pablo se dirige a Venezuela para gestionar apoyo de los compatriotas que emigraron desde que España cedió a Francia el gobierno de la Isla y continúan exiliándose en mayor número desde el inicio de la invasión de Boyer. También visita Duarte a personajes de la política venezolana, que ofrecen ayuda, aunque a la postre no hicieran nada de importancia positiva.

Comprueban los trinitarios en sus viajes que el propósito de la independencia y la creación de la República Dominicana iban ganando rápidamente defensores, aunque no bastantes para acometer una insurrección inmediata. La opinión de los dominicanos sigue profundamente dividida. Además de los que aspiran a la independencia "pura y simple", hay dos bandos en que se reúnen casi todos los hombres de edad madura, sin impulsos generosos: el de la gente resignada al dominio haitiano, con tal de que le permita medrar en alguna forma, y el de los que niegan al pueblo de Santo Domingo la capacidad de ejercer

funciones de gobierno, pues no admitían mejor solución que someterse a otro país que los protegiera.

Y ocurría un hecho curioso. Generalmente el ideal de independencia sólo en los jóvenes levantaba entusiasmo y voluntad de sacrificio. ¿Por qué? Tal vez porque no era un cálculo egoísta, sino un impulso de la dignidad humana. Tal vez. . . (Abramos un paréntesis, que puede saltar el lector apresurado. Todavía por aquel tiempo no se hablaba en el mundo de la *brecha* entre una generación y otra. Cada generación histórica tiene un modo de sentir y comprender la vida que es opuesto a la manera que tuvo la anterior, o al menos diferente. A tal variación le llaman *gap*, o brecha, y se producía, desde luego, mucho antes de que los pensadores la observaran. Existió en Santo Domingo entre los hombres que habían nacido alrededor de 1813 —la generación de Juan Pablo Duarte— y los que nacieron antes.)

A poco de regresar de Venezuela, Juan Pablo acude también, junto a muchos que fueron sus discípulos, a las clases que ya dicta el padre Gaspar en la sacristía del Regina Angelórum. ¿Clases de qué? De Filosofía, Teología, Latinidad, Historia y hasta Derecho Político. Nada importa averiguar el programa de las asignaturas. Ninguna servía a finalidades concretamente prácticas en Santo Domingo. Después de todo, según anotará Rosa Duarte, el aula del padre Gaspar es más una junta

revolucionaria que una clase de estudios humanistas. No todos los asistentes a las lecciones del padre Gaspar son trinitarios; pero todos los trinitarios asisten a escucharlas con mayor o menor frecuencia.

Cuando aquellos estudiosos parlotean en calles y plazas sobre temas discutidos en Regina Angelórum, los ignorantes del pueblo oyen con extrañeza las palabras que dicen, sin comprender apenas los asuntos de que tratan. Algún ingenioso analfabeto —pues los hay ingeniosísimos— inventa el mote de *filorios* para burlarse de la supuesta condición de *filósofos* que otros solían atribuirles.

Los ignorantes suelen ver a los estudiosos con una extraña admiración que disimuladamente supura envidia. Y son ellos los que sufren, porque siempre resulta mejor ser envidiado que envidioso. Nadie escuchó que Juan Pablo se quejara del remoquete. Por el contrario, como también daban en Santo Domingo el nombre de *filoria* al jazmín del Malabar, las mujeres simpatizantes de los trinitarios se prendían la blanca flor en el corpiño o en el moño como una fragante escarapela. En el patio de los Duarte—Diez, muy abundoso en reatas con flores, hubo siempre un arbusto con tal especie de jazmines.

¿Filósofos o filorios? La captación del ideal filorio o filosófico de los trinitarios sigue extendiéndose por campos y ciudades. Los filorios cada tarde se congregan en el almacén de La

Atarazana para adquirir experiencia en el manejo de los armamentos. Hacen esgrima y se dedican a estudiar libros de tácticas militares, aunque comprenden que la oportunidad de la insurrección no tiene aún fecha precisa, ni depende sólo de la voluntad de los dominicanos, sino mucho más de los conflictos y desórdenes que produzca el tumultuoso politiquero de Haití. El ya envejecido presidente Jean Pierre Boyer, como ocurre siempre a los que abusan de un poder absoluto, incurre día a día en mayores torpezas y también día a día crece el número de sus furiosos enemigos.

IX.— PALABRAS AL VIENTO



AMBIEN los filorios deben comprender que no bastan las palabras en voz baja, las reuniones secretas, ni la sigilosa preparación de grupos. Hay que encontrar el modo de que el pueblo participe directa y masivamente en las ideas que ellos propugnan, hasta donde fuera posible expresarlas en público sin la molestia de los policías. Y fundan una sociedad con nombre misericordioso y apariencias inofensivamente culturales: la *Sociedad Filantrópica*.

¡Nada de ocultación ni de secretos! Su principal finalidad es celebrar reuniones con entrada libre para cuantos deseen oír un poco de música y charlas o discursos. La *Sociedad Filantrópica* —y no podía ser de otro modo estando allí Juan Pablo Duarte— adoptó un lema de tres palabras, esta vez tranquilizadoras hasta para los agentes o espías del Gobierno: “Paz,

Unión y Amistad”.

Muchos lamentan que se hayan perdido las pláticas que allí se pronunciaron. Tal vez añadirían muy poca información a los curiosos. Rara vez podrían ser bien comprendidas ahora, cuando han variado tanto las circunstancias. Cumplieron su verdadera función según lograban impresionar al auditorio. Hoy sabemos que el pueblo se interesó por escucharlas y que a veces les tributó muchos aplausos. De todas maneras, tendrían que disimular las intenciones, pues casi es imposible hablar claramente de libertad bajo un régimen de tiranía, a no ser en la hora del combate o ya de cara a la muerte.

Pero Juan Pablo buscará todavía otro medio más efectivo para lanzar al viento, sin provocar excesivas suspicacias de los gobernantes, aquellas palabras capaces de avivar en el pueblo las ansias de lucha contra los tiranos. En vez de discursos, que comprometen a quienes los pronuncian, pueden representar obras teatrales, donde sucesos antiguos permiten ofrecer ejemplos de los que el actor no tiene culpa. Y para eso se fundó la *Sociedad Dramática*.

Los trinitarios y sus amigas realizaron todas las tareas que requería el propósito. No únicamente trabajarían como actores y actrices. Algunos se han de ocupar de la tramoya, el decorado, los muebles y la taquilla. Puestos a prueba en los ensayos, Juan Pablo quedó tan sólo como apuntador. El inquieto

Juan Isidro Pérez reveló excelentes condiciones de actor dramático. Alguien facilitó una casa de dos pisos, con una sala muy grande, para que sirviera de teatro.

Juan Pablo ha traído entre sus libros algunas obras teatrales. Para inaugurar la *Sociedad Dramática* eligen una tragedia de Vittorio Alfieri, mediocrementemente traducida del italiano; pero en ella se repiten muchas veces las mágicas palabras que conviene esparcir al viento, como libertad, patria y honor, o sus antónimas despotismo, servidumbre, infamia . . . Palabras que esparcan o azoran en los tiempos de opresión o tiranía.

La tragedia de Alfieri nada o muy poco tiene semejante a la situación de Santo Domingo bajo el gobierno de Boyer. Baste decir que el argumento corresponde al Siglo Quinto antes de la Era Cristiana. Un hijo de Tarquino, el Soberbio, rey de Roma, ultraja a la castísima Lucrecia, esposa del patricio Colatino. Al suicidarse la pobre mujer ofendida, Colatino quiere morir de igual manera; pero su amigo Bruto le arrebató el puñal y le propone dirigir la lucha del pueblo contra el déspota que lo oprime.

Ya expulsado el injusto monarca y aclamados Bruto y Colatino como libertadores de Roma, sucede que un habilidoso mensajero del rey depuesto convence a los dos hijos de Bruto para que se unan a los aristócratas que todavía defienden a Tarquino el Soberbio. Después del

triumfo popular, demostrada la traición de sus hijos, Bruto manda a cumplir la ley inexorable que castiga con la muerte a los traidores. Y cae el telón en el momento en que el verdugo empuña la filosa segur para ejecutar la sentencia, mientras la muchedumbre aclama a Bruto como “el dios de Roma”, el libertador de su patria, y Bruto se declara a sí mismo como el más infortunado de los hombres, resignándose al terrible sacrificio para que ninguna traición quedase impune.

El éxito de la representación fue sin duda extraordinario. Un público numeroso, hasta exceder la capacidad de la gran sala, aplaudió con fervor a los improvisados artistas. Cada quien interpretaba a su modo el argumento. Los partidarios de la independencia de Santo Domingo oían con vibrante exaltación aquellos versos alusivos: “¡Oh, de la patria sacrosanto nombre!”. . . “¡Todo nos grita libertad o muerte!”. . . También les emociona la parte de la tragedia en que Bruto afirma que el pueblo nunca está desarmado. No; no está desarmado, porque posee el odio, el odio “vivaz y justo” contra los déspotas.

Si el rey Tarquino nada se parecía al presidente Boyer, encarnaban los dos el conflicto eterno del tirano que oprime y la cólera del pueblo que se rebela. Después los trinitarios llevarían a escena otro episodio más generalmente conocido, donde aparece el “segundo” Bruto, el que hundió

el puñal en el pecho de Julio César para restablecer las libertades romanas.

Intrigado por los trajines para la inauguración de la *Sociedad Dramática*, el Gobernador había enviado a un militar de su confianza encargándole que observara la índole de la empresa. ¿Qué se proponen con tanta actividad y entusiasmo aquellos jóvenes? Era preciso, como observador del espectáculo, un buen espía que entendiera perfectamente el español. Y el Gobernador envió nada menos que a un Coronel de Artillería, con el uniforme de gala lleno de alegres colorines.

Cuando terminó la fiesta, el Coronel debió sentirse satisfecho. Consideraba la función como “una cosa de muchachos”, y además tan inocente como benéfica, pues recomendó en su informe que “los jóvenes haitianos debían imitar a los dominicanos”. Y parece que la recomendación fue bien atendida, porque no tardó en aparecer un rival de la *Sociedad Dramática*, donde se oía declamar los versos de Racine con fuerte acento *créole*.

Entonces no existían cinemas, televisores ni radios. Ni siquiera alumbrado público que permitiera recorrer tranquilamente las calles en las noches sin luna. Cada función teatral debía constituir naturalmente un acontecimiento. Y muy pronto se ofreció un “asociado” para construir un verdadero teatro, con sus palcos y lunetas. El sitio que aprovechó no podía quedar más céntrico: las ruinas de la Cárcel Vieja, frente a la Plaza de

Armas. Con el trabajo y los aportes de sus activos socios, la *Sociedad Dramática* levantó rápidamente su "coliseo", erigido con beneplácito de las autoridades haitianas. Sólo en los asientos de platea cabían más de trescientos espectadores.

La actitud de los haitianos debe contribuir a que los "muchachos" se aventuren con obras más claramente políticas, fundadas en sucesos nada remotos, como *Un Día del Año 23 en Cádiz*. O sea: del año 1823, cuando las tropas francesas invadieron a España para mantener en el trono a Fernando VII, el rey que había derogado por segunda vez una Constitución de principios liberales.

La obra no está en versos retorcidos, como las traducciones de Alfieri, sino en la prosa limpia y llana del erudito español Eugenio de Ochoa. Así cada párrafo resulta muy fácilmente comprensible. Además, los invasores eran franceses, como entonces solían llamar a los haitianos en Santo Domingo, y el drama expresa la indignación de un pueblo de habla española contra la intromisión de soldados que emplean una lengua parecida al *créole* de los haitianos.

La costumbre de que en el lenguaje común se dijera *españoles* y *franceses* al mencionar *dominicanos* y *haitianos*, facilitaba que en muchas ocasiones el drama pareciera referirse concretamente a la situación de Santo Domingo. Los actores también pronuncian "las palabras

mágicas”. Una de las protagonistas afirma: “Los nombres de patria, libertad, honor nacional, tan dulces al corazón de todos los pueblos, están proscritos como palabras infames”. Pero el Edecán del Gobernador permanece en su butaca, sin decir nada. Oye exclamar: “¡Viva la libertad!” Y el Edecán sigue callado.

Otro parlamento añade: “Yo mismo, sin ir más lejos, cuando veo tantas bocas que piden pan, y no lo piden en español, me da un gusto como si me escaldaran”. Ya la alusión es demasiado transparente. La sala estalla en ruidoso alboroto de aplausos y comentarios. El Edecán se dirige al escenario para investigar si tales palabras fueron añadidas por el actor o aparecen en la obra. Desde la concha del apuntador, Juan Pablo extiende el brazo con el libreto. Sólo después de comprobar que el actor se había limitado a repetir el texto escrito, vuelve el Edecán a hundirse en su butaca. Todavía le falta oír alusiones al riego de la sangre que fecunda el árbol de la libertad; pero ya tales cosas parece que no le asustan demasiado.

Félix María del Monte, que presenció el espectáculo, pensó convencido que desde entonces ya “había un pueblo”. Es decir: un pueblo verdaderamente dominicano. La afición a este teatro de alusiones patrióticas demostraba la fuerza con que iba creciendo la rebeldía. Otras muchas obras dramáticas, y aun graciosas comedias, sirvieron de pretexto para continuar lanzando al

viento las palabras que en las tiranías sólo pueden repetirse en voz baja y mirando en torno para observar que los espías no andan cerca.

X.— TERREMOTO Y POLITICA



LOS gobernantes de Haití se apoyan en tres razones para creerse invencibles. Primera razón: disponen de muchas armas que abandonaron los vencidos ejércitos franceses. Segunda: habitan la Isla casi un millón de haitianos y no más de sesenta o setenta mil dominicanos. Y tercera: hay no pocos dominicanos que disfrutan cargos y ventajas en el Gobierno de Haití, supuestamente mantenedores de la unidad política, aunque entre ellos tampoco falten hombres de poca fe que buscan la anexión a España o Francia como único remedio.

¿Quiénes hablan de independencia absoluta y de fundar la República Dominicana? Sólo algunos jóvenes inteligentes, pero sin experiencia, que han logrado convencer a una parte de la población humilde, generalmente poco ilustrada y de escasos recursos económicos.

Los hombres que hacen números y cuentas

para medir las posibilidades, se encogen de hombros y empiezan a murmurar la frase desdeñosa con que tratan de poner en ridículo al jefe de los trinitarios: “ ¡Es un niño inexperto! ”. Otros le llamarán burlescamente el Don Quijote Dominicano. Frente a las fuerzas militares de Haití, con sus generalotes arrogantes, estimar una ilusión el suponer que un joven fino, delicado, estudioso, de amable sonrisa y cara de adolescente pensativo, consiga levantar en el pueblo la energía necesaria para arrebatar a los haitianos la presa que disfrutaban desde hace más de veinte años.

¡Y, de pronto, tembló la tierra! Los almanaques señalan una fecha de horror para Santo Domingo: el sábado 7 de mayo de 1842. La tierra se ha estremecido muchas veces en las regiones montañosas del Caribe; pero nadie se acostumbra a las catástrofes, ni el fenómeno ocurre siempre con la intensidad de aquel día.

El pueblo invadió las calles con las manos en alto, pidiendo misericordia. Las casas de Santiago de los Caballeros y de La Vega se derrumbaron con rumor de truenos intermitentes, como también ocurrió en Puerto Príncipe, San Marcos, Cabo Haitiano y otras poblaciones del Oeste. Algunos pueblos quedaban invadidos por el mar o arrasados por los incendios. La Catedral Primada sufrió grietas amenazadoras. Aunque se cayeron algunas casas en Santo Domingo de Guzmán, sus grandes edificios sólo fueron gravemente dañados.

Entre los escombros de Santiago hubo que recoger más de quinientos cadáveres. Pero el Gobierno de Haití apenas tiene modos de socorrer los estropicios de Puerto Príncipe y Cabo Haitiano, mientras permanece indiferente a las demandas del resto de la Isla. Ningún auxilio oficial se movilizó en favor de los supervivientes. Y esto constituía un poderoso argumento contra la dominación haitiana. El terremoto resultaba un predicador de rebeldías más convincente que el padre Gaspar Hernández.

Juan Pablo y sus amigos, después de trabajar con tenacidad en las obras de reconstrucción y misericordia, prosiguen infatigablemente la propaganda subversiva. Utilizan el terremoto como demostración irrefutable de que nadie debe esperar beneficio de unos gobernantes que nada se interesan por el dolor y la miseria de sus avasallados colonos. Sabían bien que los pueblos, con razón o sin razón, siempre atribuyen la culpa de los desastres a la gente que gobierna.

Por otra parte, desde los tiempos en que Juan Pablo funda *La Trinitaria*, se hace cada vez más fuerte en Haití la oposición contra Jean Pierre Boyer, el presidente vitalicio, cuya vida resulta demasiado larga para la impaciencia de los que sufren. A una conspiración de militares para asesinarlo, Boyer responde con órdenes de fusilamientos y la expulsión de los congresistas que le señalan como principal responsable de la miseria

en que se halla la humilde gente de ciudades y campos.

Antes del terremoto, los legisladores que expulsó Boyer habían regresado al Congreso por imposición de los votos populares. Y así el Congreso quedó definitivamente roto en dos bandos. A uno le llaman *absolutista*, porque acepta sumisamente la voluntad de Boyer, y al otro *reformista*, porque propone la necesidad de reformar la Constitución de la República. Las elecciones demostraban que una gran mayoría del pueblo haitiano deseaba la reforma, y ningún país es verdaderamente poderoso cuando se halla tan hondamente dividido en tendencias que se odian con ferocidad las unas y las otras.

Pero a Boyer la soberbia y el hábito de mandar no le permiten reconocer que está completamente perdido. Cambia el Congreso a su modo. Deja cesantes a los legisladores como si fueran burócratas subalternos. Invalida la elección de los que procedían de "la Parte Este" para reemplazarlos con hombres de su confianza. . . Y la oposición sigue creciendo.

Los reformistas de Haití han fundado la *Sociedad de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, que lanza un sensacional manifiesto proclamando la urgencia de suprimir el cargo de Presidente Vitalicio, dictar una Constitución efectivamente democrática y confiar a un patriota el mando del ejército revolucionario.

No puede escapar a la inteligencia de Juan Pablo Duarte la oportunidad que las circunstancias ofrecen. Los trinitarios se han de poner en relación estrecha con los jefes del reformismo. Después de intentarlo infructuosamente con Juan Nepomuceno Ravelo, confía Duarte la difícil misión a Ramón Mella, que cumple los trabajos con habilidad y premura.

Desde Puerto Príncipe se traslada Mella a Los Cayos. El general Borgellá —sustituido por Alexis Carrié en Santo Domingo— le hospeda en su nuevo Palacio de Gobierno. Ambos se conocían desde que Mella era sólo un rapazuelo vivaz, inteligente y simpático, mientras que Borgellá ejercía como Gobernador de la región del Ozama. Ya muy viejo, y por añadidura medio paralítico, el general Borgellá confesó a Mella su resentimiento contra Boyer y le dio informes que revelaban la proximidad de la insurrección armada.

Una mañana llegaron al Palacio de Gobierno varios militares y conminaron a Borgellá para que se uniera al movimiento reformista. Inmediatamente Mella bajó a la calle, donde una muchedumbre frenética chillaba improperios contra Boyer. Por su parte, Boyer estaba movilizandó sus tropas aún adictas; pero sufrirá reveses y derrotas, hasta que el 13 de marzo tuvo que dimitir como Presidente Vitalicio y escapar hacia Jamaica.

Pronto Mella logró entrevistarse con el general

Charles Riviere Hérard, a quien le habló en *créole* para inspirarle confianza. Dicen que Riviere Hérard, hombre de sólida incultura, desconocía las diferencias de idioma y raza entre la población de Haití y la del resto de la Isla; pero Mella pudo hacerle comprender la conveniencia de apoyar su insurrección en los pueblos de "la Parte Este".

Después de recibir los nombres y las consignas secretas de los rebeldes, Mella retorna en compañía del haitiano Benoit, y los haitianos reformistas celebran un formal pacto con los amigos de Juan Pablo Duarte, que sólo tratan de aprovechar la algarabía reformista como un trastorno favorable a la independencia dominicana. Maniobra compleja, desde luego; pero bien calculada y discutida por los trinitarios.

XI.— LA REFORMA HAITIANA



A sabemos que entonces las noticias caminaban despacio; pero no tan lentas que el general Alexis Carrié tardara mucho en conocer la insurrección reformista. En La Vega, en Baní y en Puerto Plata algunos partidarios de *La Trinitaria* sufren persecuciones. Desde el Palacio de Gobierno, Carrié ordena la detención de Pedro Alejandrino Pina y de su padre, con el propósito de que sean sometidos al interrogatorio de Don Tomás Bobadilla y del doctor José María Caminero, dominicanos hasta esos días fieles servidores de Boyer.

Pero no va a ser necesario mantener en secreto la conjura. La tarde del 24 de marzo se produce el levantamiento reformista en la ciudad de Santo Domingo. Coinciden Sánchez, Mella, Pina y Pérez, montados ya a caballo y dispuestos a la lucha, en la plazoleta del Carmen, próximos a la casa de *Doña Chepita*, en que se fundó *La Trinitaria*, mientras

siguen uniéndoseles otros conspiradores. A la misma hora llegan los reformistas haitianos frente a la casa del general Henri Etienne Desgrotte, nada menos que Comandante de Armas del Ejército y a la vez jefe conjunto de los rebeldes.

Debían marchar unidos haitianos y dominicanos hacia la Plaza de Armas para demandar la capitulación del Gobierno después de conocer la fuga del presidente Boyer. Los haitianos acuden a la cita al grito de *¡Viva la Reforma!* que la población dominicana oye desconcertada, sin comprender el propósito oculto que representaba la presencia de algunos trinitarios en el insólito alboroto.

Había intención de reservar a Juan Pablo Duarte para el momento de proclamar la independencia; pero ante la frialdad y descreimiento de los dominicanos se estimó indispensable llamarlo. Cuando Joaquín Llueres llegó a la casa, madre y hermanas abrazaban llorosas a Juan Pablo y querían impedirle que saliera.

—Los nuestros están retraídos —le dice Llueres—. Creen que no se trata de nuestra revolución, porque tú no estás entre el pueblo.

Juan Pablo toma un puñal como única arma, monta a caballo y se dirige a la Plaza de las Mercedes. Según avanza al paso de su cabalgadura, la gente se le une aclamándole jubilosa. Sólo en él ponen absoluta confianza, ¡en él, que es a la vez su

amigo, su guidador, su apóstol! y uno de los enemigos de la independendia, anheloso de provocar recelos y suspicacias, le extiende una mano y lanza el grito imprudente:

— ¡Viva Colombia! —que significaba entonces la intención de volver a la aventura de Núñez de Cáceres para unirse a la federación ambicionada por Simón Bolívar.

Juan Pablo responde con otro grito rápido y firme, para evitar sospechas perjudiciales en aquel momento:

— ¡Viva la Reforma!

Y alcanza su voz hasta Sánchez, Juan Isidro y Pina, que se le acercan tropelosamente con un grupo de jinetes y repiten la exclamación de Duarte:

— ¡Viva la Reforma!

Al ver que Juan Pablo no lleva otra arma que el puñal, Juan Isidro le entrega su espada. Frente al domicilio de Henri Desgrotte, el líder haitiano también monta a caballo y encabeza junto a Duarte la vocinglera muchedumbre. Pero en la Plaza de Armas los aguarda una desagradable sorpresa. Las tropas se hallan en formación de combate. Hay pocas armas entre el pueblo amotinado, que parece confiar sólo en la fuerza del número y los gritos. El general Aly avanza altivo en su caballo y pregunta a los revoltosos:

— ¿Cuáles son vuestras intenciones, señores?

—dirigiéndose a Desgrotte, el Comandante de Armas convertido en insurrecto.

— ¡Queremos la libertad! — responde Desgrotte, también en francés, desde luego.

— ¿La libertad? ¡Ah! ¡Ya la tienen! — exclama Aly con desdén y vuelve la grupa del corcel al impaciente tumulto.

Suena un disparo, a continuación otros intermitentes, hasta que el Ejército responde con descargas cerradas. El humo de la pólvora ondula sobre las cabezas como una nube. La multitud inerme corre a refugiarse en los edificios o se aleja espantada por las calles. Sobre la plaza yacen muertos el coronel Charles Cousin y tres de los soldados que mandaba. Las tropas tienen que conducir numerosos heridos al hospital militar, donde los que no pertenecen al Ejército quedan como prisioneros.

Los cabecillas de la insurrección logran ocultarse de las patrullas haitianas; pero intercambian mensajes desde sus escondites. Así Juan Pablo avisa a Desgrotte y a otros conjurados que volverían a reunirse en el puente de San Cristóbal. Antes de romper los primeros albores, todos cabalgan briosamente por el campo y en la ruta se encuentra la caravana del reformista Desgrotte con el grupo de los amigos de Duarte.

El jefe de la guarnición de San Cristóbal es el comandante Esteban Roca, militar haitiano, español de nacimiento y secretamente asociado a

La Trinitaria. Saludó a Duarte diciéndole: “¡Mande, mi general!”. Después de aceptar las instrucciones de Duarte, obtuvo que su jefe inmediato también se uniera a la insurgencia. Con la guarnición de San Cristóbal se une poco después la de Baní y el batallón de Azua, donde además se incorpora un personaje que será famoso: Buenaventura Báez, entonces comendador del municipio.

Sintiéndose ya con bastante respaldo de tropas, Desgrotte decide regresar a Santo Domingo para someter al general Carrié, “de edad muy avanzada y muy probablemente analfabeto”, a quien anuncia que disponía de un ejército de tres mil hombres para obligarle a rendirse. Tal modo de argumentar no sólo convence al viejo Carrié, que huyó rápidamente a Curazao, sino también al general Paul Aly, el responsable de la resistencia.

Después de aceptar la victoria revolucionaria, Aly le da la bienvenida a las tropas que llegaban entre el clamor regocijado del pueblo. Frente a la muchedumbre cabalgaban Juan Pablo Duarte y Henri Etienne Desgrotte, seguidos por reformistas haitianos y algunos fieles de *La Trinitaria*. Todos lucían escarapelas blancas con el letrero de *¡Libertad o Muerte!*

XII.— SEÑORONES DE POCA FE



ARECE que las escarapelas gustan por igual a todos. Dominicanos y haitianos se las ponen alegremente en el sombrero o en el traje. ¡Libertad o Muerte! Hasta el altivo general Aly, que poco antes defendía la dictadura de Boyer, debe aparentar que las mira complacido. Cada quien lee las mismas palabras y les atribuye significaciones distintas. A los hipócritas y cobardes les basta con saber que son la insignia de los vencedores. Los de buena fe piensan que las leyes de la Reforma traerán la libertad necesaria para vivir con decoro. Y los que ven más allá de las apariencias, como Juan Pablo y sus amigos, comprenden que las promesas de los reformistas producirán grandes disturbios entre los haitianos, y en consecuencia allanarán de todos modos el camino hacia la liberación de Santo Domingo.

¿Y por qué de todos modos? Porque al

derrumbarse el gobierno absolutista de Boyer ha de sobrevenir un caos político. Los generales ambiciosos se disputarán el mando a sangre y fuego. La población haitiana, siempre víctima de la explotación de sus gobernantes, se dividirá en tendencias sin conciliación posible, en busca de un bienestar ilusorio. A partir de 1843, en efecto, bastarán tres años de disturbios para que Haití conociera cinco presidentes distintos y muy poco después hasta un emperador.

Los nuevos jefes entran en el Palacio de Gobierno y se distribuyen las altas posiciones. El general Aly ocupa el puesto de Gobernador de la región del Ozama y el reformista Desgrotte el de Comandante de Armas. En el júbilo de la victoria ni siquiera sospechan posibilidades nefastas para ellos.

Y tratan de satisfacer a los dominicanos que ayudaron a la subversión de poderes. Reúnen al pueblo en asamblea con el objeto de que elija con votos a los siete miembros que formarán la Junta Popular Gubernativa. Los sufragios designan cinco dominicanos: Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina, Manuel Jiménez, Félix Mercenario y Remigio del Castillo, junto con dos haitianos: Alicius Ponthieve y Jean Baptiste Morin.

Todavía hubiera sido imprudente que los partidarios de la independencia dejaran ver sus intenciones. Designan como Presidente de la Junta al haitiano Ponthieve y Ramón Mella quedó hecho

cargo de la Secretaría. A Duarte no le atraen los trabajos de la Junta. Prefiere mantenerse libre para continuar su captación de adeptos al ideal de los trinitarios. ¿Para qué los honores oficiales? A Juan Pablo sólo le preocupa el juramento que hizo en su corazón, donde la voz secreta le advierte sin tregua ni pausa que el principal objeto de su vida es fundar la República Dominicana.

Ya en la ciudad de Santo Domingo, como en las zonas de Azua y El Cibao, la gente está adoctrinada y dispuesta a la pelea. Hay que asegurar nuevos adictos en El Seibo, donde los hermanos Pedro y Ramón Santana son caciques locales. Y el ocho de abril cabalga ya Juan Pablo, en compañía de Joaquín Lluveres, hacia los pueblos de El Seibo. Lleva en las alforjas una credencial de la Junta Popular Gubernativa que le autoriza, "en nombre del Pueblo Soberano", para instalar y regularizar otras juntas populares "en las comunas que la necesidad exija". Este fue quizás el primero de los documentos oficiales que un Gobierno de Haití expidiera en castellano.

A Juan Pablo le reciben con alegría en todas partes. Unos por saber que un dominicano representa a la Junta Popular de Santo Domingo y otros porque le reconocen como un animador de las ideas separatistas. Parece que a Juan Pablo le resultó bastante fácil convencer a los jóvenes de la zona. Para hombres nuevos, ideas nuevas. Antes de llegar a El Seibo ha establecido ya juntas populares

en Bajaguana y San José de los Llanos, sin que dejase de aprovechar la ocasión para su obra de proselitismo. Aunque no existen documentos probatorios, la cantidad de hombres convencidos que secundaron por allí la insurrección separatista demuestra que la gestión de Juan Pablo fue práctica y fecunda.

La gente más difícil de convencer es la ya entrada en años. Para que acepte sus ideas en El Seibo le resulta casi ineludible el apoyo de Pedro y Ramón Santana, dos hermanos mellizos, por encima de los cuarenta años y poseedores de una importante hacienda ganadera. Los dos odian profundamente la dominación haitiana. Habían nacido precisamente junto a la zona fronteriza y siendo todavía muy niños huyeron con los padres hasta encontrar refugio en El Seibo, después de sufrir las invasiones de las hordas de Toussaint L'Ouverture y Dessalines.

El miércoles 3 de mayo, fiesta patronal de Santa Cruz del Seibo, acude Juan Pablo a la hacienda de los Santana y únicamente consigue hablar con Ramón, pues su mellizo Pedro no se hallaba en el hato. Sin la ausencia de Pedro tampoco hubiera sido fácil que pactara ningún compromiso para luchar por la independencia "pura y simple".

La actitud evasiva de los hermanos Santana —con Pedro ausente y Ramón dubitativo— no obedece a resignación ni conformidad frente a los

abusos del Gobierno haitiano. Los Santana repudian al invasor con absoluta intransigencia; pero no son hombres de fe, sino de odio. Carecen de fe en la capacidad del pueblo dominicano para lograr la independencia sin el auxilio extranjero y odian al invasor por el recuerdo de sus tropelías.

De regreso en Santo Domingo, Juan Pablo tropieza con un inesperado contratiempo. La Junta Popular no funciona como antes. Han ocurrido largas y fuertes discusiones. Rara vez coincidían los criterios de los dos únicos representantes haitianos con la joven mayoría dominicana. Y tampoco podía ser de otro modo: aunque en las apariencias todos son "reformistas", en realidad se dirigen con diferentes rumbos.

Los sermones del padre Gaspar avivaban la natural inconformidad del pueblo. Sin que mencionaran directamente la situación política, se referían a los pasajes bíblicos de tal modo que los feligreses solían interpretarlos como admoniciones y censuras contra el mal gobierno. Y los propios haitianos empezaron a darse cuenta de que la fuerza de la opinión general ponía en grave peligro la estabilidad del régimen.

Sobre todo a los jefes haitianos les preocupaba advertir que las Fuerzas Armadas estaban llenas de jóvenes oriundos de Santo Domingo, proclives a simpatizar con las ideas separatistas. Aunque era una costumbre rutinaria que en las milicias los soldados eligieran a sus jefes,

Desgrotte miró con disgusto que los de la Guardia Nacional hubiesen ascendido a Juan Pablo Duarte al grado de Coronel, pues así el más influyente de los *filorios* asumía el mando de un batallón en que acababan de seleccionar para Capitán al siempre inquieto Juan Isidro Pérez.

Sucede por aquellos días que Juan Pablo se entera de que Ramón Santana ha llegado a la ciudad de Santo Domingo. ¿Y por qué no reanudar sus pláticas de El Seibo? Juan Pablo le invita a una cena en su casa; pero Ramón no va a la cita. Los que tratan de justificar el descortés alejamiento dicen que Ramón se hospedaba entre “gentes hostiles a los filorios”, que le impidieron cumplir el compromiso. Los pretextos hay que admitirlos a veces, por simple urbanidad, aunque parezcan inverosímiles. Y Duarte aguardará tres días con sus noches hasta que a las dos de la madrugada Ramón llama a su puerta.

Juan Pablo se esfuerza en convencerlo para que los Santana acepten los planes de insurgencia. Logra por fin que Ramón prometa que él y su hermano *Pedrito* aportarán hombres, armas y recursos para la “buena causa”. En su condición de General en Jefe de las clandestinas fuerzas trinitarias, Juan Pablo le ofrece a los gemelos Santana el rango de coroneles, y entonces Ramón, estrechándole la mano, hizo una solemne promesa: “El día del peligro me hallará usted a su lado y lesde hoy trabajaré con empeño para atraer

partidarios a nuestra causa”.

La adhesión de los Santana presumía resueltamente la de El Seibo y era además un síntoma de la facilidad con que se propagaba el separatismo. Anotará después Rosa Duarte en los *Apuntes*: “Los trabajos de la revolución no eran infructuosos. La parte española era un volcán”.

XIII.— ALACRANES Y GRILLOS



AMPOCO en Haití faltan complicaciones. El *reformista* Charles Riviere Hérard ejerce la dictadura rodeado de antiguos *absolutistas*, despertando la indignación de los que desean variar los métodos de gobierno, mientras en la Junta Popular de Santo Domingo se repiten sesiones tumultuosas.

Un grupo de impacientes ha solicitado que la Junta reclame del Gobierno de Puerto Príncipe que se autorice la redacción de los documentos públicos en lengua castellana, que sea de observancia oficial la religión católica y que se deje a los dominicanos en libertad para volver a sus costumbres y usos tradicionales. Y tal solicitud es debatida a puertas abiertas.

El público suele mostrar indiscretamente sus opiniones, mientras el haitiano Jean Baptiste Morin y el trinitario Pedro Alejandrino Pina discuten con enardecida franqueza. Días después, el 15 de junio,

habrán de celebrarse elecciones para nombrar los miembros de la Asamblea Constituyente, pues el movimiento "reformista" insiste en dictar una nueva Constitución de la República. A juzgar por las opiniones oídas en el salón de la Junta Popular Gubernativa, la gran masa del pueblo no votará en favor de los candidatos reconocidamente preferidos por las autoridades haitianas.

Los dominicanos de poca fe, los que estiman imposible alcanzar la independencia, circulan unas hojas tituladas *El Grillo* y *El Alacrán*, donde llaman ilusos a los *filorios*, atribuyéndoles el proyecto de unir Santo Domingo a Colombia, con la aviesa intención de restablecer la esclavitud de los negros, que en Colombia todavía perduraba. Los *filorios* responden con hojas anónimas no menos virulentas, denominadas *El Grillo Dominicano* y *El Alacrán sin Ponzonia*, en que tachaban a sus adversarios de hipócritas y traidores, a la vez que defendían sin tapujos el ideal separatista. Todo dicho en prosa y en verso, para que enardeciera los ánimos según el gusto.

Juan Pablo hubiera querido una discusión fundada sólo en razones. Argumentar sin lastimar, convencer sin dividir. Y promueve una reunión en la llamada *Casa de los Dos Cañones*, residencia del licenciado Manuel Joaquín del Monte, el más prestigioso líder del partido adverso. Estaba ya el licenciado Del Monte en la edad de los cuarenta años, más o menos coetáneo de los Santana, y su

padre había sido Senador en los tiempos de Boyer y compañero de Tomás Bobadilla en el tribunal que sentenció a los mártires de la Conspiración de los Alcarrizos.

No cabía esperar que los contertulios se pusieran de acuerdo sobre cuestiones de principios, que en política como en religión son cuestiones de fe. Sin embargo, lograrán platicar largo y razonadamente, bajo la promesa de mantener en absoluto secreto cuanto dijieran.

A Duarte le acompañaban tres amigos. Nadie sabe las cosas que allí hablaron, aunque es fácil suponer que se refirieran a los objetivos más beneficiosos para el pueblo dominicano y a la utilidad de suavizar el tono hiriente de la propaganda. Nadie, desde luego, varió de convicciones. Terminado el amistoso coloquio, *grillos* y *alacranes* prosiguieron la campaña de insultos, sin ablandar la violencia ni alterar la doctrina. Por medios todavía ignorados, cuanto se habló en aquella reunión llegaría muy pronto a conocimiento del general Riviere Hérard.

Pero se pudo llegar sin trastornos a la celebración de las elecciones para la Asamblea Constituyente, que se efectuaron en la explanada próxima al convento de los Dominicos. Los votantes iban llegando desde todos los rumbos de la ciudad y sus alrededores. Una vez en la plaza se repartían entre dos grupos de líderes. Los contrarios a la separación de Haití se acercaban a

Manuel Joaquín del Monte, a Tomás Bobadilla y al doctor José María Caminero, tres hombres maduros por los años y en excelentes relaciones con las autoridades. En otro grupo estaban los *filorios* y sus amigos, llamados también duartistas, pues reconocían en Juan Pablo Duarte la máxima jefatura. Entre los electores maniobraban activamente Sánchez, Ramón Mella, Pedro Pina y Juan Isidro Pérez.

Para el viejo Bobadilla, próximo a los sesenta años, los trinitarios eran simples muchachos sin experiencia, casi niños todavía, cuando él ya era Comisario del Gobierno que acusaba a los conspiradores. ¿Cómo iban a ganarle unos comicios, si él tenía a su favor el propio renombre y la buena voluntad de los que mandan? Pero quizás Juan Pablo quedó más sorprendido que Bobadilla al realizarse el conteo de los votos y ver que los señorones de poca fe habían recibido una aplastante derrota.

Los nueve candidatos elegidos son de la tendencia duartista. Y a las pocas horas comienzan a llegar noticias de que no sólo ocurrió tal cosa en la ciudad de Santo Domingo. También, ¡qué asombro! en casi todas las *comunes* importantes: en las de El Seibo, de El Cibao y de Azua. El pueblo salta de alegría. El comisionado personal de Riviere Hérard está perplejo ante el espectáculo, sobre todo al escuchar las voces insultantes que llegaban osadamente hasta su despacho. Dicen que

repetía como un autómatas —en francés, desde luego— una frase que resultará profética: “¡La separación es un hecho!”

Pero meditaba sobre las cosas que habría que hacer para impedirlo. No acertó con ninguna fórmula y se le ocurrió de momento llamar a los generales Desgrotte y Aly. En otras circunstancias tal vez hubieran recurrido al sistema de “echar las tropas a la calle” para amedrentar a la gente y falsificar el conteo de votos, como suelen hacer los dictadores. Pero no era posible. En Santo Domingo están los Regimientos 31 y 32, formados casi en su totalidad por dominicanos, y no le inspiran confianza. Debe sentirse sin protección ni apoyo, a merced de potenciales enemigos que no acierta a distinguir bajo los uniformes.

Y toma una decisión desesperada: llamar al general Riviere Hérard para que atravesase la Isla con una gran exhibición de armamentos y soldados, como rotunda prueba de que ninguna insurrección podría vencer al ostentoso ejército.

XIV.— EL ACOSO



ANTES de terminar el mes de junio, ya corre por tierras dominicanas la tremenda noticia. El general Charles Riviere Hérard cruza la Isla, al mando de ocho regimientos, más o menos unos doce mil hombres, con la gentil promesa de abrazar a sus compatriotas de "la Parte Este". Desde luego, a nadie engañaría. Para repartir abrazos no hace falta, ni es conveniente, movilizar soldados y cañones. A poco de iniciar su marcha, el general Riviere Hérard dispuso varias órdenes de prisión, como hizo en Cotuí, deteniendo a Mella con otros separatistas. Ya conocía a plenitud los planes de los trinitarios, y los trinitarios comprendían que han sido descubiertas sus verdaderas intenciones.

Hay pícaros o tontos —pues la mala intención suele asociarse con la tontería— que solicitan de Juan Pablo Duarte que los ayude a recoger firmas para una solicitud pidiéndole al Gobierno poco

menos que la independencia, o acaso la independencia misma. Pero Duarte, desde luego, rechaza el truco y se reúne con sus adeptos para explicarles la necesidad de organizar una rápida sublevación armada.

A la reunión acuden Sánchez y Vicente Celestino Duarte. También José Joaquín Puello, antiguo capitán del Ejército de Haití; Juan Esteban Aybar, a nombre de los seibanos; don Julián Alfau, en representación de sus hijos, como además otros compatriotas de arraigo o armas. Tras exponer Juan Pablo los recursos de que dispone, ni Aybar ni Alfau ni Puello admiten que la insurrección fuera oportuna. La disparidad de criterios hace que Duarte se resigne a posponer sus planes.

Todos juran solemnemente que guardarán en absoluto secreto las cosas de que hablaron. ¿Y de qué manera, entonces, pocas horas más tarde comienza a circular una hoja que delata la organización y proyectos de los trinitarios? La hoja transcribe pormenores que sólo conocían los que en la última reunión habían jurado un absoluto secreto. Parece que el triste papel de Judas Iscariote es siempre necesario para representar la tragedia de Cristo. Y aunque el general Charles Riviera Hérard nunca aprendió a leer muy bien el francés ni a entender el español, supo perfectamente cuanto decía la hoja traicionera.

Con seguro tino acometió la persecución de los trinitarios y sus afines. Desde Cotuí, donde hizo

esposar a Mella, siguió su amenazante cabalgata hacia Santo Domingo de Guzmán. La marcha del ejército fue trabajosa y lenta. Iban a caballo los jefes y una pequeña tropa, que tienen que refrenar el paso según avanza la nada garbosa infantería, cargada de mochilas y fusiles, con los uniformes manchados de sudor bajo un implacable sol de estío.

Está todavía Juan Pablo en el almacén de La Atarazana cuando llegan Juan Isidro y Pedro Alejandrino Pérez. Le dicen que Riviere posee la lista de los partidarios de la independencia. Y los tres amigos reconocen que deben ocultarse. Han sido descubiertos y faltan pocas horas para ser encarcelados. Los tres juran correr la misma suerte y juntos permanecen hasta el 11 de julio, víspera de la llegada de Riviere a las puertas de Santo Domingo.

Aún no saben la suerte que hayan corrido Ramón Mella, ni Francisco Sánchez ni Vicente Celestino, que deben estar cumpliendo misiones subversivas en El Seibo y en San José de los Llanos. Buscan amigos de confianza que puedan informarles de la situación de sus compañeros. Y ya de tarde acuerdan separarse para conseguir escondites. Abundan familias dominicanas, a pesar de los riesgos y molestias, que les ofrecen refugio.

Cuando el general Charles Riviere Hérard, muy estibado en su potro de vistosos arreos, cruza las viejas murallas de Santo Domingo de

Guzmán, son las once de la mañana del 12 de julio. Le rodea la comisión que había salido de la ciudad a darle la bienvenida. Y le sigue mayor número de soldados que el de habitantes en la capital dominicana. Desde su escondite, Juan Pablo puede escuchar los comentarios de los transeúntes.

El recibimiento, sin embargo, no debe satisfacer la vanidad del general. Muchas puertas y ventanas permanecen cerradas al paso del cortejo. Sólo "viles aduladores del poder" saludan "con delirante alegría". Casi de inmediato, Riviere ordena que un batallón se instale al lado y al frente de la casa de Juan Pablo Duarte para vigilarla. No podía sospechar que Juan Pablo estaba muy cerca, en el vecindario, y que acaba de oír, desde el dormitorio en que se esconde, la voz de alguien que dice: "Si descubren aquí a Juan Pablo, ustedes quedarán envueltas en su conflicto". Y Juan Pablo cambia de escondite a las dos de la madrugada.

Así pasó a otra casa, y de otra en otra, según llegaban avisos de que los esbirros husmeaban sus huellas. Mientras tanto el general Hérard dicta nuevas detenciones; pero la mayor saña persecutoria la dirige contra Juan Pablo Duarte, Pedro Alejandrino Pina y Juan Isidro Pérez. Sin duda está bien informado, aunque tropieza con un obstáculo difícil, y es el culto que rinde a la amistad el pueblo dominicano. Hasta hombres que servían al Gobierno de Haití, o que no admitían como posible la independencia, daban avisos para

que el separatista Duarte y sus compañeros variaran de escondrijo cada vez que la policía estaba a punto de atraparlos.

Una tarde don Julián Alfau —ex senador en el Gobierno de Boyer y padre del único trinitario que faltó a su juramento— brinda su casa para refugio de Juan Pablo; pero el prudente don Juan declina la oferta. Minutos después el presbítero Bonilla quiere aconsejar que Juan Pablo se presente a las autoridades, “pues ocultándose se haría más sospechoso”; pero don Juan responde lacónicamente: “Mi hijo es mayor de edad, y por tanto libre en sus acciones”.

Y ese mismo día sucede que Francisco Sánchez, ya en las penumbras del anochecido, brinca sobre patrulleros echados en la tierra ante la casa de los Duarte y de pronto irrumpe entre las hermanas de Juan Pablo. Tiene la cabeza mojada como si acabase de estar bajo la ducha y el agua le cae a chorros de la ropa.

—¿Dónde está Juan Pablo? —pregunta.

—No sabemos —responden las hermanas.

—Entonces, llamen a don Juan.

Y no tarda en aparecer el padre de Juan Pablo, que observa perplejo la inesperada visita. Desde que supo la llegada de Riviere a Santo Domingo, el indómito Sánchez había hecho galopar desesperadamente su caballo, sin detenerse siquiera para beber o comer. Junto al desembarcadero del Ozama —frecuente madriguera

de tiburones— no encontró un solo bote disponible y se lanzó de bruces al río para cruzarlo a nado.

—Don Juan —dice Sánchez—, quiero saber dónde está Juan Pablo. Nos liga el juramento de morir juntos por la patria. Si usted desconfía de mí, le probaré que no soy de los traidores, arrojándome con este puñal sobre las tropas que rodean su casa.

Desde luego, don Juan no desconfía, aunque parece desconcertado por la sorpresa. Le abrumba además la necesidad de conseguir otro rincón seguro en que ocultar a su hijo. Ante el ademán dramático de Sánchez, le estrecha la mano diciéndole:

—No puedo desconfiar de ti. Eres el hijo de un hombre generoso. Tu padre le salvó la vida a tres españoles condenados a la horca por una vil calumnia. Dime en qué parte le esperas.

—En la Plaza del Carmen, frente a mi casa —responde Sánchez.

—Esta noche, a las diez, estará allí Juan Pablo.

Y Sánchez toma asiento y se pone a exprimir los faldones de su levita. Interrogado por don Juan, narró su riesgosa peripecia y el viejo abrazó emocionadamente al héroe. Temeroso de que el frío del chapuzón pudiera enfermar a Sánchez, don Juan le obsequia con un vaso de vino.

Apenas se hubo ido Francisco Sánchez, recibe don Juan noticias inquietadoras, aunque no parecen del todo ciertas. Sus visitantes hablan de

que las tropas ya conocen el escondite de Juan Pablo y están reuniéndose para ir a detenerlo. Refieren también que cincuenta hombres, dispuestos a pelear hasta la muerte, vigilan ocultos para impedir la detención de Juan Pablo. Tales habladurías no eran más que fantásticas suposiciones creadas por el temor y la incertidumbre.

XV.— LA FUGA



PROXIMO a las diez de la noche toma don Juan de la mano a su nieto Vicente y se apresura al encuentro con Juan Pablo, que al verle aparecer comprende las angustias que ha hecho padecer a su padre en aquellos días. El pobre viejo no ha tenido un instante de tranquilidad ni reposo. “Fue la primera gota de acíbar que los enemigos acercaron a mis labios”, anotaré mucho después, como si olvidara los demás recuerdos amarguísimos.

Don Juan le abraza y le explica: “Sánchez te espera a las diez en la Plaza del Carmen. Sal de aquí, donde sólo puedes encontrar la muerte, que costaría la vida de tu madre”. Entonces Juan Pablo acompaña a don Juan hasta la Iglesia de San Lázaro. Al separarse los dos, el padre le bendice. Se habían apartado para siempre.

Desde las diez de la noche, reunidos en la Plaza del Carmen, Juan Pablo, Sánchez, Pina y

Juan Isidro nada podían hacer que no fuera seguir escondiéndose de una casa en otra, y a veces volviéndose a encontrar por la noche, mientras el enemigo llena constantemente las prisiones con trinitarios y meros sospechosos.

A pesar de la excelente información que tienen las autoridades haitianas, no acaban de comprender todavía la verdadera finalidad de los trinitarios. Suponen que desean la separación de Haití para anexar "la Parte Este" a la República de Colombia. Por eso cierto día dos oficiales proponen a las hermanas de Juan Pablo que borden un pabellón con las armas colombianas, pues habían perdido uno que trajeron de Santiago de los Caballeros y necesitaban presentarlos como trofeos en Puerto Príncipe.

Don Juan interviene y dice que sus hijas no saben bordar. Los oficiales insisten en dejar de todos modos una de sus banderas colombianas. Y la irritada discusión produce alarma en el vecindario. El Comandante del Batallón acude para aplacar la trifulca. El propósito de los dos oficiales era un infame truco, pues la posesión de una bandera colombiana hubiese podido servir como prueba de que la familia conspiraba en favor de la anexión de Santo Domingo a la República de Colombia, el viejo y frustrado plan de Núñez de Cáceres.

Duarte y Pina reciben noticia de que Francisco Sánchez guarda cama, aunque no tan

enfermo como él hace creer para que divulguen el anuncio de su muerte y los esbirros cesen de perseguirlo. Mientras tanto el general Riviere Hérard ha puesto precio a la entrega de los cabecillas. La pagaría con un nombramiento de Coronel y una bolsa de tres mil pesos en efectivo. Muchas casas son asiduamente allanadas y registradas. Reina el terror hasta en las personas adictas al Gobierno, que también sufren molestias por los registros y las inquisiciones.

El bueno de don Juan vende presurosamente una de sus casas y envía el dinero a su hijo. Con esa ayuda económica Juan Pablo logra la promesa de que él y sus amigos podrán embarcarse sin demora. Y así la noche del 30 de julio salen Juan Pablo y Pedro Pina hacia la otra margen del Ozama. La obscuridad y la lluvia los favorecen al descender hasta la playa para tomar un bote y atravesar el río. Siguen ocultándose todavía, hasta que la noche del 2 de agosto suben al bote que los conducirá a una balandra inglesa.

¡Y qué afortunado encuentro! Agazapado en el bote estaba Juan Isidro Pérez, a quien habían invitado sin mucha seguridad de que recibiera el aviso. Ya saben que Ramón Mella está preso. Suponen a Sánchez inmovilizado por grave enfermedad y los planes de *La Trinitaria* completamente descubiertos. Apenas les queda una débil esperanza de libertar la patria que soñaron. El golpe de los remos en el agua acompasa sus

tristes cavilaciones, hasta que pueden saltar al velero con equipajes mínimos y escuchar que una voz alegre los saluda:

— ¡Bienvenidos a bordo! . . . Soy el capitán Finlay.

Los tres viajeros han permanecido veinte y dos días con sus noches hostigados como peligrosas alimañas, sin una hora de profundo sueño ni de tranquila indiferencia. Pero nada les importa ni turba como imaginar que sus proyectos han sido definitivamente aplastados por el férreo puño de los invasores.

Echados sobre cubierta, en los forzados ocios del velero que permanece inmóvil, seguramente los tres fugitivos platican bajo la obsesión de idénticas ideas. A cada uno le habla desde el fondo del corazón la misma voz incesante que recuerda el juramento del 16 de julio de 1838. Hubieran podido anticipar entonces las palabras que escribirá poco después el maestro José de la Luz y Caballero, abrumado también por los infortunios de su patria: “En la mar estamos; fe, ¡y adelante!”

XVI.— EL TRABUCAZO DE MELLA



UN viento perezoso mantiene la balandra estacionaria frente a la ciudad en sombras. Apenas se dibuja contra el cielo sin estrellas el perfil de los templos y las murallas. Y así transcurre la noche. Sólo al mediar la mañana, con el sol ya en alto, un brisote servicial impulsa el velero rumbo a Santo Tomás, donde los fugitivos han de aguardar la goleta que los conduzca al puerto de La Guaira.

De La Guaira prosiguen inmediatamente a la capital de Venezuela. Piensan que conseguirían en Caracas la ayuda que necesitan para la independencia de Santo Domingo. Se alojan en la casa de don José Prudencio Diez, tío materno de Juan Pablo. Les anima el propósito de regresar a Santo Domingo con armas y recursos para la insurgencia.

Hacen gestiones; crean amistades. Aunque

Juan Pablo consigue halagadores ofrecimientos del presidente Carlos Soublette, que no irían más allá de las promesas, transcurren los días, las semanas, los meses, sin que los fugitivos logren siquiera noticias de Santo Domingo. Nada nuevo saben de Mella ni de Sánchez. Ni siquiera que el general Riviere Hérard había nombrado a Felipe Alfau, el trinitario perjuro, Coronel de la Guardia Nacional.

Un forense venezolano propone a Duarte que se examine en la Universidad de Caracas para graduarse de Doctor en Derecho. No comprende que el fundador de *La Trinitaria* ni siquiera podía entenderlo. Todo él, su alma, sus ideas, su "yo todo", sólo pertenecía a la patria, que "absorbía su mente, llenaba su corazón, y él sólo viviría para ella", según Juan Pablo escribirá más tarde al recordar la oferta. Junto al Ozama ha dejado una novia esperándole, con su linda sortija de compromiso; pero su novia predilecta es la patria, a la que le une un juramento de vida o muerte.

Ni Duarte, ni Pina ni Pérez obtienen comunicación alguna con Santo Domingo. El 24 de noviembre, a más de cien días de la ausencia, Duarte dispone que Pina y Pérez se trasladen a Curazao, para evitar que los enemigos intercepten la correspondencia. Igual misión encomienda a otras personas en La Guaira. Tal incomunicación nos parece inverosímil ahora, con teléfonos, cables y radios; pero ocurre en 1843, cuando todavía el tránsito entre los puertos del Caribe depende sólo

de los remos y las velas, como auxiliares de un servicio postal rudimentario.

Por venturosa casualidad, Pérez y Pina comienzan a recibir mensajes de Santo Domingo. A poco de instalarse en Curazao, mientras recorren ociosamente los muelles de la bahía, saludan a Buenaventura Fleites, que les entrega dos sobres para Juan Pablo Duarte.

—Juan Pablo nos comprenda y perdone —dicen los dos amigos y abren curiosamente las cartas.

Una de ellas trae la firma de Francisco Sánchez y de Vicente Celestino, con fecha 15 de noviembre. Otras dos, escritas en un mismo papel, son de Tomás y de Jacinto de la Concha. ¡Y qué noticias recogen! “Sólo nos ha faltado la entera combinación para dar el golpe”, escriben Sánchez y Vicente, pidiéndole a Juan Pablo que envíe armas, fusiles, lanzas y cartuchos. Una vez remitidos los pertrechos de guerra, Juan Pablo debe arribar cerca de Guayacanes, donde le esperarán los conjurados. “Cada día están las circunstancias más favorables a nuestros deseos”, explica Tomás de la Concha en unas líneas que traza precisamente a lápiz junto a la carta de Jacinto.

Pronto se informará Juan Pablo de la enfermedad que padece su padre y las amenazas que sufre la familia; pero no consigue modos de adquirir armamentos ni dinero. En la mayor incertidumbre abandona Caracas el 15 de

diciembre. No le satisface otra solución que el sacrificio absoluto: el de la persona, los bienes y la vida, como exige el juramento trinitario.

Otra mañana, cuando Juan Pablo desciende a un muelle de Curazao, Pina y Pérez le abrazan emocionados, dándole la noticia de que su padre ha muerto el 25 de noviembre. ¡Ah, y el dinero no le alcanza siquiera para acudir a la cita de Sánchez y Vicente en las costas de Guayacanes! Los veleros de Curazao exigen precios muy altos. Piensa que tal vez los costos del viaje desde Santo Tomás resulten más accesibles; pero la noche antes de partir se agita en el lecho con fuertes convulsiones y muy alta temperatura. Padece a ratos delirios. El médico diagnostica “fiebre cerebral”, un término impreciso, que no define enfermedad alguna, y le receta gran dosis de quinina. ¿Sería un ataque de paludismo? Tal vez... ¡Cualquiera sabe! Pero Juan Pablo permanece en la cama, sin energía, sin fuerzas para mantenerse en pie, abrumado por dolores y contratiempos, mientras llegan a sus oídos las algazaras de las fiestas de Navidad y de Año Nuevo.

La fiebre no desaparece más o menos hasta cumplir su próximo aniversario. ¡Treinta y un años, edad de plenitud, y él la recibe escuálido, débil, vacilante, sin una sola congratulación de la familia, ni un solo mensaje que le explique la situación de Santo Domingo! Hasta nueve días más tarde, el 4 de febrero de 1844, no se decide a

manejar la pluma, y escribe la carta que seguramente meditaba desde la postración en el lecho.

La madre reúne a la familia y a los amigos más íntimos para leer aquella carta, un testimonio de generosidad heroica, jamás suscrito por otro libertador en términos semejantes. Según Juan Pablo, el único medio para que él vuelva a juntarse con la familia es conquistar la independencia de Santo Domingo. A continuación añade que para conseguirla se requieren supremas decisiones, como el acuerdo de toda la familia —de él, la madre y los hermanos— para ofrendar “en aras de la patria lo que a costa de amor y trabajo de nuestro padre hemos heredado”.

Al terminar doña Manuela la lectura, en presencia de sus hijos, de Francisco Sánchez, de Ramón Mella y de otros amigos y familiares, la más pequeña de las hermanas de Juan Pablo pregunta con asombro:

—Si todo se pierde, entonces, ¿de qué vivimos?

Le contestan que trabajarán los que sobrevivan, para que a nadie falte el pan, y la madre y los hermanos aceptan el tremendo sacrificio. Ya casi al término de la vida, Rosa Duarte escribirá un lacónico y triste comentario: “Sí; no les ha faltado el negro pan del destierro, amasado con amargas lágrimas”.

Mientras Juan Pablo enviaba su generosa

carta, todavía en la convalecencia de las tenaces fiebres, habían sucedido acontecimientos que él ignoraba en absoluto. Al regresar el general Riviere Hérard a Puerto Príncipe, con sus preocupaciones y maniobras para alcanzar la Presidencia de la República, se atenuaron las persecuciones y Sánchez pudo reaparecer desvaneciendo la leyenda de su muerte. En septiembre había redactado un enérgico documento para denunciar las tropelías haitianas y enardecer los ánimos de sus compatriotas invitándolos a la insurrección armada.

Algunos adictos se encargaron de viajar por la Isla para leerlo en los grupos de conspiradores. Tan patética lectura solía inspirar transportes de ira, como la desmesurada promesa de aquel campesino que exclamó al escucharla: “ ¡Daría la carne de mis hijos para que sirva de cartucho a las balas de los libertadores! ”

El partido de los afrancesados trabajaba con actividad para obtener la separación de Haití a la vez que la protección de Francia. Aquel don Tomás Bobadilla, siempre con ojos de lince para descubrir anticipadamente el rumbo de la victoria, se acercó a los *filorios*, porque sabía que en el pueblo la opinión de mayor fuerza y raíz era la duartista.

El 16 de enero suscriben ciento cincuenta y seis firmas el *Manifiesto* que muchos historiadores consideran un Acta de Independencia. La mayoría de los firmantes son reconocidos adeptos de *La Trinitaria*, aunque no faltan algunos de sus

enemigos, como Pedro Santana, Bobadilla y Caminero. Los duartistas comprenden que cualquier demora redundaría en perjuicio de sus planes y aceptan la efectiva cooperación de los afrancesados.

Hay que actuar con rapidez. Apenas leída la carta de Juan Pablo, sus hermanas reúnen a las amigas para trabajar con ellas en la fabricación de proyectiles, utilizando gran cantidad del plomo que vendía el almacén de La Atarazana para forrar las embarcaciones. El hogar de los Duarte se convirtió en un arsenal de armamentos rudimentarios: machetes, lanzas, cuchillos y depósitos de municiones. . . Vicente Celestino y Tomás de la Concha adiestran a las mujeres en la fabricación de balas.

Informado Sánchez de que han llegado a la ciudad los regimientos 31 y 32 de la Guardia Nacional, constituidos generalmente por dominicanos, convence a los oficiales para que apoyen la insurgencia. Exitoso en esos trajines, Sánchez comprende la necesidad de comenzar inmediatamente la lucha, pues los grupos conservadores podrían adelantarse y dar el golpe decisivo. Y el 24 de febrero reúne en su casa a varios amigos con el propósito de acordar el levantamiento.

Allí todos convienen, además de alertar los enlaces diseminados a través de la "parte Este de la

Isla”, la distribución de los mandos militares. Fecha y hora de la insurrección: el martes 27 de febrero, a las once en punto de la noche. Santo y seña: “¡Dios, Patria y Libertad!” Lugar para la reunión de los jefes: la Plaza de la Misericordia.

Santo Domingo a las nueve de la noche ya era una ciudad semidormida, donde se hallan muy pocos transeúntes y algún sereno con farol y lanza que canturrea monótonamente las horas. Bien pueden los conjurados deslizarse sin ser vistos, con las armas ocultas o disimuladas, para acudir a la cita histórica. A Ramón Mella corresponderá el avanzar con su grupo hacia la Puerta del Conde.

Algunos hablan de posponer el acontecimiento, porque muchos comprometidos no aparecen siquiera por los alrededores, como suele ocurrir en las citas peligrosas. Los relojes siguen marcando el tiempo con esa terquedad inexorable de las máquinas: las nueve y media, las diez, las diez y media, las once. . . Pero Mella nunca fue hombre que vacilara en las horas decisivas. “Juguemos el todo por el todo”, dice. . . Y dispara al aire su trabuco.

El estampido retumba en la tranquilidad de la noche, mientras el grupo de Mella avanza hacia el fortín de la Puerta del Conde, cuyo jefe es el teniente dominicano Martín Girón, que no opuso resistencia, según había convenido, y de súbito irrumpe Francisco Sánchez, saludado por el clamor entusiasta de los compañeros.

XVII.— PALMAS Y LAURELES



LOS haitianos comprenden que algo gravísimo ha ocurrido. El Gobernador hace disparar tres cañonazos de alarma. Una patrulla capitaneada por Leo Hérard, hijo del Presidente de Haití, sale a inspeccionar los contornos. Los asaltantes la reciben a tiros y la patrulla retrocede al interior de la Fortaleza. En vano. Desgrotte y Aly pretenden que las tropas le den la cara al peligro. Mientras los haitianos vacilan, llena las calles una muchedumbre de curiosos, no como si tratara de observar un posible combate, sino con la alegría de quien asiste a una fiesta. Sin embargo, el triunfo no está decidido todavía. Los haitianos continúan resguardados entre los muros de la Fortaleza y ya en los otros puntos estratégicos dominan los patriotas.

Hay un rápido cambio de impresiones entre Sánchez, Mella, Bobadilla, José Joaquín Puello, Manuel Jiménez y Remigio del Castillo, que

acuerdan constituirse en Junta Gubernativa Provisional. Cuando despuntan los primeros albores del miércoles 28, las cornetas tocan diana y los rebeldes saludan con tres disparos de cañón la luz del nuevo día.

Entonces Sánchez sube a la plataforma de la Puerta del Conde y dirige al pueblo una impetuosa arenga con el grito de “¡Viva la República Dominicana!” Responde un delirante clamoreo. Se oyen vítores a la Virgen del Carmen y a Juan Pablo Duarte. Poco después tremola al viento la bandera de la República naciente. El silencio de los refugiados en la Fortaleza delata la incapacidad de sus generales para maniobrar con sus tropas.

Y muy de mañana se inician los cabildeos. El Canciller del Consulado de Francia irrumpe en la plaza diciéndoles a los rebeldes: “Detengan la marcha. Capitará el general Desgrotte. Su situación es sumamente precaria”. En la Fortaleza una comisión del Municipio suplica a Desgrotte que evite la resistencia, porque la insurrección es invencible. Después de recibir a Jesereau de Saint Denys, el cónsul de Francia, se resigna Desgrotte a “pactar una capitulación honrosa”.

En efecto, el jueves 29 de febrero los haitianos entregan las fortalezas, el arsenal, el tesoro y los archivos oficiales. Los insurgentes les permiten abandonar en paz el territorio dominicano. Una muchedumbre jubilosa mira

arriar la bandera de Haití y tremolar en la Torre del Homenaje el pabellón que Juan Pablo Duarte propuso a los trinitarios.

Pero en medio del regocijo hay una ausencia que nadie olvida. ¿Cuándo regresará Juan Pablo Duarte? ¿Dónde estará Juan Pablo? Su nombre resonó cien veces en los momentos de exaltación o de lucha, como el de un adalid que dirigiera la hazaña. Por eso fue uno de los primeros acuerdos de la Junta Gubernativa, presidida interinamente por Mella, disponer que la goleta *Leonor* repatriara a Juan Pablo y sus amigos. Se le dio la encomienda de ir a buscarlo e invitarlo al trinitario Juan Nepomuceno Ravelo; pero hubo que añadir una comisión bastante numerosa, porque eran muchos los que entonces reclamaban el honor de esa encomienda.

Según tienen por costumbre, la mañana del 5 de marzo Pina y Pérez transitan junto a los muelles, cuando de pronto descubren asombrados que en la popa de un velero flamea alegremente la bandera trinitaria. ¡Hasta entonces jamás había paseado el nuevo pabellón las aguas del mar Caribe! Desde luego, los dos proscritos avisan inmediatamente a Juan Pablo Duarte. Ya nadie puede dudar de que existe al fin la República Dominicana.

Es fácil imaginar las escenas del encuentro: Ravelo y sus acompañantes cambian fuertes abrazos con Juan Pablo, Pedro Alejandrino y Juan Isidro. Después de las primeras efusiones, Ravelo

entrega a Duarte la comunicación de la Junta Gubernativa, firmada por siete miembros y además por Francisco Sánchez como Jefe de Operaciones Militares. Los trajines de los patriotas atraen la curiosidad de un periodista, que en la *Gaceta de Curazao* — ¡cuatro días más tarde, el 9 de marzo! — publica la sensacional noticia de que ha sido proclamada la independencia dominicana y una lógica suposición de que “el señor Juan Pablo Duarte será elegido Presidente de la nueva República”. Apenas los viajeros consiguen algunas armas y pertrechos, la goleta *Leonor* zarpa hacia Santo Domingo, donde arribará a las doce de la noche del 14 de marzo.

Su capitán Juan Alejandro Acosta, comprometido con la familia de Duarte a dar inmediatamente la noticia de su regreso, salta a un bote y corre desde el muelle a la casa, donde le abre la puerta Vicente Celestino. Sin necesidad de observar otros indicios, Pedro el Vigía golpea las ventanas del vecindario diciendo a plena voz: “Albricias! ¡Albricias! ¡El general Duarte ha llegado!” Y todas las ventanas se alumbran, desde la Plaza de la Catedral, hasta la Plaza de Santa Bárbara.

Con la mayor diligencia se reúne la Junta Gubernativa y ordena que nadie desembarque de la goleta *Leonor*, hasta recibir nueva orden. Varios amigos, en compañía de Vicente Celestino y Francisco Sánchez, llegan a bordo del velero.

Todos han decidido preparar un triunfal recibimiento y vuelven a la ciudad para hacer las gestiones necesarias.

A las siete de la mañana la Junta Gubernativa en pleno acude al muelle y autoriza el desembarco. También concurren tropas y clérigos. El gentío no necesita que le avisen para intervenir en las ceremonias que le son gratas. Cuando los botes de la *Leonor* arriban al muelle, el vicario Tomás de Portes se adelanta para abrazar a Juan Pablo Duarte tan pronto pisa los recios tablones, no sin antes pronunciar la frase consagrada: “ ¡Salve, Padre de la Patria!” Una apretada multitud vitorea al recién llegado y el cañón de la Fortaleza lo saluda con las salvas de ordenanza.

Duarte camina devolviendo saludos entre la nerviosa y vociferante alegría de un pueblo que parece haber enloquecido. Muchos hogares ya están improvisadamente adornados con ramas y banderas. En la Plaza de Armas, donde la muchedumbre se arremolina, las tropas unen sus voces a los gritos anónimos que proclaman a Juan Pablo Duarte como General en Jefe.

Entre apretujones y vítores, Juan Pablo penetra en el Palacio de Gobierno para reunirse con la Junta Directiva. La edad y la expresión astutamente reservada del casi sexagenario Tomás Bobadilla, que preside aquel órgano de gobierno, desentona entre la juvenil prestancia de los exaltados *filorios*. Con su habitual modestia y

parsimonia, Duarte reconoce la suprema autoridad de la Junta y ofrece su preparación militar para servir con las armas en el lugar que se le asigne. Don Tomás le expresa que la Junta Gubernativa le ha conferido el rango de General de Brigada, incorporándole además como uno de sus vocales.

La ingenua gente del pueblo debe sentirse un poco desconcertada. ¿Cómo es posible aquello? El caudillo, el apóstol, el Padre de la Patria, queda subordinado a un señorón de poca fe, que hasta sólo unos meses antes prestaba ostentoso servicio a la dominación haitiana. Y es que la política suele tener sorpresas inverosímiles como los juegos de magia; pero fáciles de explicar, como la magia de los juegos, después que se conocen los trucos del ilusionista.

Mientras la más vigorosa y extendida opinión del pueblo dominicano compartía el ideal de Juan Pablo Duarte, los hombres de poca fe maniobraban con ahínco. Unos gestionaban, por medio de los gobernadores de las Antillas, la reincorporación de Santo Domingo a España. Otros, en Jamaica, buscan la protección de Inglaterra. Y los que parecen más exitosos insisten ofreciéndoles a los franceses compensaciones excesivas como la cesión de la península de Samaná.

Es natural que el pueblo atribuyera a simple cobardía la rendición de los haitianos frente al coraje de los insurrectos; pero un juicio más realista

debe considerar la mediación del cónsul Saint Denys y la proximidad inquietante de una flotilla de guerra con el pabellón de Francia, hechos que sin duda influirían también sobre aquellos generales inseguros de ser obedecidos por su propio ejército.

Consciente de su escasez de recursos bélicos, Sánchez no vaciló en armonizar la tendencia duartista con la afrancesada. Una tenía la adhesión mayoritaria del pueblo y la otra aportaba recursos útiles para suplir la insuficiencia de otros factores. Los afrancesados, por su parte, debían fundar los cálculos en las posibles maniobras con que asumir la dirección del movimiento insurgente.

El tránsito desde el Palacio de Gobierno hasta su domicilio es para Duarte una continuación de la apoteosis. Va entre amigos y escoltas del Ejército. La banda militar ejecuta alegres marchas. Otra vez resuenan vítores, saludos, ovaciones... Y en el hogar le espera la madre llorosa y enlutada, lamentando al esposo muerto que no pudo disfrutar la gloria de su hijo. El presbítero Bonilla dice para consolarla: "Si su esposo viviera, sería para usted un día tan dichoso que sólo puede disfrutarse en el Cielo".

Apenas llega Francisco Sánchez y advierte que en aquella casa no hay banderas ni laureles ni flores, exclama que allí no puede haber luto cuando la patria está de plácemes. ¡Ni puede haberlo, según explica Sánchez, mientras el propio

don Juan bendice y goza desde el Cielo tan glorioso día! Consigue con las hermanas de Juan Pablo algunas telas de colores y él mismo confecciona las banderas que adornarán las puertas y ventanas.

XVIII.— PRESIDENCIA DE BOBADILLA



LEGRIA! . . . Alegría llana y franca puede ser la de la gente candorosa que llega de lejanos predios o de hogares vecinos, atraída por el trueno intermitente de las salvas de los cañones, para abrazar o sólo ver al hombre que hizo el milagro de crear una patria libre. Sin embargo, la alegría de Juan Pablo Duarte ha de estar íntimamente limitada por un hondo y constante sentimiento de responsabilidad.

El breve cambio de impresiones con la Junta Gubernativa debió bastar para que Duarte barruntara los peligros que amenazan todavía la independencia. Sin pérdida de tiempo, en unión de Pedro Alejandrino Pina, adiestra un batallón de jóvenes impacientes por acudir al campo de batalla, pues ya se sabe que los ejércitos de Haití avanzan por territorio dominicano, después de ocupar algunas villas próximas a la frontera. Acometen otra invasión como en 1822.

Las noticias que siguen recibíéndose en la ciudad son invariablemente nefastas. Triunfa el general Souffront en Las Higueras; el general Riviere Hérard, en San Juan de la Maguana y en el Paso del Jura, para continuar en marcha sobre Azua, donde los espera el coronel Pedro Santana con tropas que reclutó a su paso desde El Seibo.

Pero al día siguiente ya no vuelve a hablarse de la abrumadora "superioridad numérica" que justifica las victorias del enemigo. Los noveles guerreros parapetados en Azua detienen a las columnas de Riviere, haciéndolas retroceder hasta vadear el Jura y abandonar en la huida numerosos armamentos y cadáveres. La "superioridad numérica" no pudo triunfar contra la astucia de Santana y el coraje de los seibanos.

Otra vez la capital vuelve a trepidar con frenética alegría. La victoria de Azua produce dos efectos inmediatos: la confianza del pueblo en sus propias fuerzas combativas y la aparición siempre riesgosa de un caudillo militar. Por desgracia, duró poco la alegría, convirtiéndose en preocupación y asombro: Santana había abandonado al enemigo la Villa de Azua y se retiraba inexplicablemente a Sabana Buey para instalar su campamento.

¿Ineptitud? ¿Desconfianza? ¿Cobardía? ¿Falta de recursos? Las preguntas que el pueblo hace constantemente en las calles también las repiten los hombres de la Junta Central Gubernativa, tal vez con pocas excepciones. Los

trinitarios plantean la destitución del responsable, mientras Bobadilla y Caminero están decididos a justificar la maniobra, sin buenas razones, pero con el respaldo de la mayoría de la Junta. La realidad es que los dos *afrancesados* trabajan de acuerdo con Santana y el cónsul Saint Denys. No pretenden necesariamente vencer a los haitianos, sino ganar la protección de Francia.

Los mellizos Pedro y Ramón Santana nunca aceptaron con lealtad el propósito de la independencia absoluta. Aunque Ramón había prometido a Duarte estar a su lado en la hora del peligro, ahora respalda a su hermano Pedro en las negociaciones subrepticias con el cónsul Saint Denys. Sólo es posible deducir que el ya general Pedro Santana acampó en Sabana Buey para dar tiempo a la tramitación del llamado *Plan Levasseur*, por el que Francia se obliga a respaldar la insurgencia y la fundación de la República Dominicana, a cambio de gobernarla diez años y recibir en pago la península de Samaná.

Instalado Riviere Hérard en Azua, los habilidosos *afrancesados* de la Junta Gubernativa adoptan una fórmula apaciguadora: designar al general de brigada Juan Pablo Duarte para que busque un acuerdo con Santana y vaya en compañía del batallón de jóvenes que había organizado. Desde luego, una misión prácticamente imposible. Tal vez el único que hubiera podido convencer a Santana era su consocio Bobadilla.

Muy de mañana salen las bisoñas tropas al mando del general de brigada Juan Pablo Duarte. Al ritmo de tambores y cornetas maniobran infantes y jinetes. Un público madrugador saluda a los presuntos héroes. Con el Estado Mayor se halla el vicario apostólico don Tomás de Portes, uniformado de capellán en campaña, espada y pistola al cinto, altas botas napoleónicas y un sombrero de grandes alas con vistosa escarapela. Después de una breve arenga de Juan Pablo Duarte, monseñor Portes bendice al marcial cortejo y regresa tranquilamente a la cercana Vicaría, mientras el pueblo sigue con ojos ansiosos al ejército que se aleja por el camino hasta perderse entre los árboles.

A los dos días de marcha, en el anochecer del 23 de marzo, Duarte saluda por primera vez al general Pedro Santana. No debe sorprenderle la estampa del improvisado caudillo. Conocía a Ramón, y los mellizos no se diferencian demasiado. También Pedro Santana es de compleción recia, corto de cuello, rostro redondo y manos rudas, aunque más tosco de modales. Sus ojos, turbiamente verdosos, miran con una seriedad de frío recelo. Sólo al desenvolver el diálogo comienzan a distinguirse bien las variantes entre los dos hermanos. Muy pobre de palabras, Pedro refuerza las frases con burdas interjecciones. Sólo un extraño tic altera su cara de plenilunio. Mueve la nariz haciendo extraños ruidos, sobre todo al

reprimirse en los instantes de cólera o disgusto.

¡Qué certera sagacidad la de Bobadilla! Seguramente comprendió que Duarte y Santana nunca se pondrían de acuerdo. Hablaban dos lenguajes distintos, porque tenían dos concepciones distintas de la vida. Mientras Duarte juzgaba con fe y amor la capacidad del pueblo dominicano para una existencia libre, Santana siempre desconfió del prójimo y nunca entendió que la piedad y el amor deban prevalecer sobre las conveniencias personales.

Ya en la segunda plática confiesa Pedro Santana la intención de su alejamiento de Azua. No tomaría ninguna iniciativa sin el apoyo de Francia o de otro país. Frente a la huraña terquedad de Santana, escribe Duarte a la Junta Gubernativa pidiéndole autorización para desalojar a los haitianos que habían vuelto a instalarse en Azua. No obtiene respuesta, y manda un segundo mensaje. Ninguno de los planes de guerra que expone Duarte altera la inacción de Santana, quien acaso reprime sus toscos hábitos altaneros por la simpática sencillez y los modales corteses de Juan Pablo. Así transcurren ocho días inútiles.

Los oficiales de su Estado Mayor propondrán a Duarte lanzar el juvenil ejército contra las fuerzas de Riviere Hérard, cuya anárquica indisciplina casi anula su evidente "superioridad numérica"; pero Duarte escribe por tercera vez a la Junta: "En vano he solicitado del general Santana que formemos un

plan de campaña para atacar al enemigo”, dice. “La división que está bajo mi mando sólo espera mis órdenes, como yo espero las vuestras, para marchar sobre el enemigo, seguros de obtener un triunfo completo, pues se halla diezmado por el hambre y las deserciones”.

Ahora no ha de tardar la respuesta. La recibe Duarte el primero de abril. La Junta Gubernativa le ordena, con brevedad casi injuriosa, que regrese solamente con los oficiales del Estado Mayor, pues estima que su presencia es necesaria en la ciudad de Santo Domingo.

Ya entonces la Junta Gubernativa conocía la victoria del Ejército del Norte, al mando del general José María Imbert, que aniquiló las fuerzas del general Jean Louis Pierrot. No fue propiamente una batalla. El enemigo retrocedió espantado, sin ofrecer apenas resistencia, cuando les cerró el trayecto hacia la ciudad de Santiago un escuadrón de campesinos de las sierras, diestros tan sólo en el manejo del machete. Esta vez no quedaría invalidada la victoria por un retroceso inexplicable. La tenaz persecución hizo huir tropelosamente al enemigo hasta internarse en la región fronteriza. El triunfo de El Cibao constituía una refutación a la táctica de Santana.

De regreso en Santo Domingo, Juan Pablo se apresura a rendir cuentas. Le habían entregado mil pesos, sin constancia ni recibo, para los gastos de su tropa, y devuelve más de las cuatro quintas partes

del dinero, con una relación minuciosa de las erogaciones. Siempre produce asombro tan exquisito rigor en el manejo de los fondos públicos; pero a Duarte le preocupaban otros asuntos de mayor importancia.

Persiste en la necesidad de expulsar a los haitianos. La situación es sumamente favorable. Cada día llegan noticias de nuevos triunfos de las armas dominicanas, mientras Haití padece tenebrosas convulsiones políticas. El vencido general Pierrot, tras retroceder empavorecido ante los machetes de las sierras de El Cibao, quiere imitar al tragicómico rey Christophe, instalándose como señor del Norte. El 25 de marzo el general Riviere Hérard abandona los cuarteles de Azua destituido como Presidente de la República por el no menos general Philippe Guerriere. El pueblo de Haití no experimenta ningún interés por la separación de Santo Domingo y los soldados desertores se agrupan con frecuencia para entregarse impunemente a la rapiña.

Duarte vive obsesionado por la urgencia de expulsar a los últimos haitianos. Expone un plan de campaña y se ofrece para dirigirlo. La expedición saldría de El Cibao hacia las regiones de Azua; pero Bobadilla demora la respuesta días y días, hasta que por fin declina el ofrecimiento de Duarte y nombra Jefe de la expedición a Ramón Mella. Trata de provocar celos y divisiones entre los trinitarios.

Más tarde Bobadilla convoca a una reunión en el Palacio de Gobierno. El domingo 26 de mayo está llena la sala de recepciones con los miembros de la Junta Gubernativa, el recién nombrado Arzobispo don Tomás de Portes, otras jerarquías eclesiásticas y autoridades civiles, los jefes militares y cuantos vecinos de la ciudad ostentan alguna significación profesional o económica. Desde luego, tampoco allí habría de faltar el señor Cónsul de Francia, pues se iba a plantear en público el escabroso tema del protectorado francés, aunque las invitaciones no enunciaron el propósito.

Puesto de pie ante la distinguida concurrencia, el presidente Tomás Bobadilla inicia su discurso con vagas generalidades y menciona la indefensión del pueblo dominicano, al que sólo Dios, "que de la nada hace todo lo que quiere", le otorgó la victoria sobre los enemigos, como si la República fuese un regalo celeste y no una recompensa al coraje heroico.

Olvidándose del largo tiempo que defendió la utilidad y conveniencia de los invasores, descubre ahora que no habían sido amistosos, "cuando de buena fe los recibimos con los brazos abiertos". Sigue entretenido en divagaciones históricas, hasta que al fin declara la existencia de un proyecto de tratado que obtendría la protección de Francia.

Inesperadamente habla el arzobispo Don Tomás de Portes y declara su apoyo a los planes del presidente Bobadilla; pero concreta aún más la tesis

proteccionista. Pide la aprobación del *Plan Levasseur*, que significa la protección de Francia al costo altísimo de la entrega de Samaná y otros privilegios.

Sin dar tiempo a que otro “señorón de poca fe” solicitara el uso de la palabra, Duarte protesta con energía. Nadie conserva el texto de su discurso; pero él nunca varió de convicciones y su tesis no podía ser otra que denunciar como un verdadero crimen de lesa nacionalidad cuanto se oponga a la independencia “pura y simple”. Desde luego, desató el escándalo. Muchos hablaban al mismo tiempo. Discutían con iracundia. Y en vano el Presidente se esforzaba por restablecer el orden y contestar los argumentos de sus impugnadores.

Malograda definitivamente la ecuanimidad polémica, Bobadilla convoca a los miembros de la Junta Gubernativa para celebrar una sesión secreta por la tarde. Minutos después no quedaban espectadores en el Palacio de Gobierno.

XIX.— DOS PRINCIPIOS Y UN MAL FIN



qué ocurrió en la sesión secreta de la tarde? Más o menos se reprodujo privadamente la reunión de la mañana. Las discusiones no llevan a ningún acuerdo cuando se trata de la lucha entre dos principios irreconciliables. Había que decidir entre la República independiente o el tutelaje extranjero a costa de la mutilación del territorio.

Para Duarte y los demás trinitarios fieles, no existe posibilidad de componendas. Para Bobadilla la cuestión admite diferentes barajas con que hacer el juego, desde la promesa de Pedro Santana que ofrece imponer la tesis proteccionista con los fusiles, hasta la coacción del cónsul Saint Denys que amenaza con la retirada de los barcos de guerra fondeados cerca de las costas.

Y las cosas se siguen complicando. Los oficiales de la guarnición de Santo Domingo piden a la Junta Gubernativa el nombramiento de Duarte

como General de División y Comandante en Jefe del Ejército, además de ascensos en favor de Sánchez, Mella y López Villanueva. El sagaz Bobadilla comprende la intención de situar a Duarte con mayor jerarquía que Santana y utiliza su habilidad para que la Junta niegue los ascensos.

Aunque en la solicitud los oficiales proclaman los méritos de Duarte, cuyo nombre se invocó el 27 de febrero “inmediatamente después que los nombres de Dios, Patria y Libertad”, la Junta Gubernativa contesta despectivamente que los servicios de Duarte, Sánchez y Mella “han sido altamente recompensados”.

Según pasan los días, la protección francesa es menos necesaria. Apenas hay grupos aislados de invasores, más proclives a la depredación que a la guerra. Mientras los jefes haitianos se entregan a sus discordias entre partidos y clanes, la República Dominicana puede fortalecerse y reorganizarse sin el temor de un ataque inmediato. Por otra parte, ya el Gobierno de Francia ha desechado los planes de intervención en los problemas de Santo Domingo.

No es una acción difícil cambiar la Junta Central Gubernativa, donde las tramas contra la “soberanía nacional” gozan de peligrosos mantenedores. Acuartelada la guarnición por órdenes del general José Joaquín Puello, bastó que en la mañana del domingo 9 de junio Juan Pablo Duarte pronunciara una breve arenga reclamando la destitución del presidente Bobadilla y los demás

afrancesados de la Junta, para sustituirlos con Pedro Pina, Manuel María Valverde y Juan Isidro Pérez. El pueblo y la tropa aprobaron con entusiasta vocerío:

— ¡Viva la República! ¡Mueran los traidores!
¡Viva Duarte! ¡Muera Bobadilla!

Y la ciudad entera no tardará en saber que el nuevo Presidente de la Junta Central Gubernativa es Francisco del Rosario Sánchez. Nada morosos, Bobadilla y Caminero se esconden con igual premura que sus compinches para no ser arrestados.

Desde luego, el peligro de la maniobra no estaba en la dificultad para cambiar los personajes de la Junta. El hecho se produjo como una simple ceremonia. Pero los trinitarios han de saber que el riesgo inminente es la posible sublevación del general Pedro Santana. También deben advertir que la Junta Gubernativa, aunque integrada por beneméritos patriotas, queda sin fuerza moral ni legal para impedir sublevaciones militares. Error o acierto, parece que los trinitarios no atinaban con mejor salida para resolver el conflicto.

La Junta nombra a su nuevo Presidente con la misión de reemplazar a Santana en el mando del Ejército del Sur, aprovechando la oportunidad de que se le había concedido la licencia que solicitó poco antes; pero el vencedor de Azua, en tratos secretos con Bobadilla y el cónsul Saint Denys,

actúa como un auténtico caudillo, sin obedecer a nadie.

Tampoco en el Ejército del Norte hay verdadera disciplina. Sus jefes y oficiales piden a la Junta Gubernativa la destitución del general José María Imbert, héroe de la batalla de Santiago. La circunstancia de que Imbert es oriundo de Francia, aunque adicto a la independencia "pura y simple", ayuda a sus intrigantes enemigos, pues circulan rumores de que los franceses intentan restablecer en Santo Domingo la esclavitud de los negros, como la tenían en Haití.

A solicitud de Mella, que no atinaba a resolver la situación caótica de los militares de El Cibao, la Junta confía a Juan Pablo Duarte la misión de intervenir en aquellas discordias y "restablecer la paz y el orden". Y el 20 de junio cabalga Juan Pablo hacia El Cibao. Le acompaña una escolta de jóvenes oficiales. Los jinetes trotan cinco días por los montes, sin mayor reposo que las acampadas nocturnas, hasta que un atardecer los sorprende en la ciudad de La Vega, donde les tributan un recibimiento emocionante. Buenos amigos abrazan a Juan Pablo. Los vecinos le vitorean como Presidente y les cuesta esfuerzo comprender que funciona la República Dominicana sin que Duarte la presida.

El cura párroco de La Vega es José Eugenio Espinosa, fiel asociado de *La Trinitaria*, que canta la mañana siguiente un *te deum*, o sea, la misa de

alabanzas con que la Iglesia suele festejar grandes acontecimientos o recibir la visita de ilustres personajes. Una comisión de vecinos entrega después a Juan Pablo un acta en que le reconocen como Presidente de la República. Asiste Juan Pablo a la misa y recibe el acta con su habitual cortesía; pero sin adelantar opinión alguna.

Desde luego, tantas ceremonias no son casuales. Pronto Duarte podrá abrazar en Marilópez al promotor de aquellas efusivas demostraciones, que es su amigo el general Ramón Mella. Hacía un año que los dos no habían vuelto a encontrarse. Ahora Mella escribe a Francisco Sánchez: "Llegó mi deseado. Te lo devolveré Presidente". Y tan amistosa confesión explica el propósito de Mella al preparar los agasajos.

El 3 de julio, mientras los generales del Ejército del Norte, puestos de acuerdo con Mella, firman un acta pidiendo a Duarte que acepte la voluntad popular que le designa Presidente de la República, maniobra Pedro Santana para que sus tropas se nieguen a permitir que lo reemplace el coronel Esteban Roca, designado en sustitución de Sánchez para cumplir la difícil encomienda de la Junta.

Sabana Buey y Santiago se convierten así en la franca representación de los dos principios irreconciliables: la búsqueda del protectorado y el mantenimiento de una cabal independencia. O Bobadilla o Duarte. Al producirse el choque de los

dos principios opuestos, acabará por triunfar quien emplee con menos escrúpulos la fuerza de las armas, que es pocas veces justiciera. Y los dos principios encontrarán un mal fin.

XX.— SANTANA, JEFE SUPREMO



EL 4 de julio amanece Santiago de los Caballeros adornado con palmas y banderas. Autoridades y pueblo se agrupan en la Plaza de Armas, donde Mella los invita a firmar un llamamiento a la concordia y proclamar Presidente de la República a Juan Pablo Duarte, ciudadano integérrimo, sin odios, “por entero incapaz del mal”. Vuelven a oírse los gritos que resonaron en La Vega y en los villorrios de la ruta: “¡Viva el Presidente! ¡Viva Duarte!” Pero entre los pocos que no se muestran contagiados por el entusiasta vocerío debe estar el mismo Juan Pablo Duarte.

Su profunda convicción democrática le cohíbe aceptar la generosa exaltación sin la previa emisión y conteo de los sufragios populares. Tampoco puede callar la gratitud por aquel testimonio de afecto. En Puerto Plata se reproducen después las escenas de La Vega y de Santiago. El pueblo recibe

en triunfo a Juan Pablo Duarte y le acompaña a la parroquia, donde el padre González Regalado le sienta bajo palio en el presbiterio y entona el *Te Deus Laudamos*. Otra vez resuenan por las calles, a la salida del templo, los gritos de costumbre: “ ¡Viva el Presidente! ¡Viva Duarte! ”

En el Ayuntamiento de Puerto Plata el general López Villanueva entrega a Duarte otra acta de vecinos proclamándole Presidente de la República. Ante la perplejidad de Duarte, el efusivo párroco le suplica que no renuncie ni ceda la credencial recibida. Y entonces Duarte comprende que ha llegado la hora de explicar su gratitud por la prueba de confianza que le tributan, sin aceptar el mando que le ofrecen. La única recompensa a que aspira es la de ver a los dominicanos libres, tranquilos, independientes y felices. ¡Bella y generosa ambición de un santo apóstol!

El general Pedro Santana, desde luego, no habría de comprender ese lenguaje. Informado de los pronunciamientos de El Cibao, traslada sus tropas a Baní, a donde Sánchez le envía mensajeros conciliadores. Y se inician cabildeos en que participa el imprescindible cónsul Saint Denys, que insiste en la amenaza de retirar los barcos franceses.

La actitud de Saint Denys consigue que el jefe de la guarnición de la capital abandone el propósito de resistir a Santana. . . Y así la Junta Gubernativa queda indefensa frente al arbitrio de los *afrancesados*. El presidente Sánchez intenta un

último esfuerzo. Acude a San Cristóbal, casi solo, acompañado por dos oficiales, para discutir personalmente con Santana.

Dicen que el peligroso caudillo promete retirarse pacíficamente a su hacienda de El Seibo y apoyar la presidencia de Duarte. Táctica engañadora de campesino astuto, que le permite ganar tiempo y preparar con mayor seguridad el golpe contra la Junta. No puede haber entendimiento entre él y los trinitarios. Parecen hombres de dos mundos distintos.

Horas después de la promesa el ejército de Santana desfila ya por la ciudad de Santo Domingo con músicas y banderas, para acampar en la Fortaleza del Ozama, junto a la guarnición que no opuso resistencia. Los componentes de la Junta Gubernativa aguardan en vano que Santana los visite para transar una fórmula conciliadora. Y en la mañana del 13 de julio, mientras Sánchez, Pina y Pérez los observan desde el Palacio de Gobierno, los soldados se alínean en la Plaza de Armas.

Los vecinos, desde luego, comprenden la significación de la maniobra. No pueden impedirlo; pero tampoco se resignan a permanecer indiferentes. Y de pronto se generaliza una ingenua forma de hacer visible la adhesión a los trinitarios. Hombres y mujeres llevan sobre el pecho, como romántico adorno, un jazmín de Malabar, la flor de los *filorios*, que abunda en los patios de la ciudad. Tal vez Santana torció su móvil nariz ante el

candoroso emblema, pensando con desdén que a él sólo le basta la fidelidad de los soldados. Y pasa revista a caballo, junto a su Estado Mayor, mientras la tropa le saluda. Junto a Santana jinetean sonrientes don Tomás Bobadilla y el coronel Felipe Alfau.

A las voces de mando y los toques de corneta se añade el ruido de las exclamaciones de la tropa, que levanta al cielo sables y machetes:

— ¡Abajo la Junta! ¡Viva el general Santana!
¡Viva el Jefe Supremo!

Vecinos y transeúntes se han situado en torno de la plaza. Los espectáculos ruidosos siempre atraen espectadores. Los *filorios* no rehuyen la amenaza y descienden tranquilamente la escalinata del Palacio de Gobierno para acercarse al general aclamado. La turba vociferante les cede el paso y termina el griterío por la simple acción de la sorpresa. Una vez frente a Santana, Sánchez se dispone a hablar; pero los oficiales tremolan los sables y la soldadesca reanuda los gritos.

— ¡Abajo la Junta! ¡Abajo los *filorios*!
—vociferaban los campesinos militarizados, con el ciego rencor que la estulticia acumula contra la inteligencia que la contradice.

Impedidos de establecer un diálogo con Santana, Sánchez, Pérez y Pina salen de la Plaza de Armas con ademán impasible, la frente alta, como si no oyeran las voces iracundas, y se dirigen lentamente a sus hogares. Pero la ciudad está

aterrada. Muchos ya temen ostentar sobre el pecho los jazmines simbólicos. Las tropas han consagrado a Santana como el Jefe Supremo.

Sin embargo, los *filorios* aceptan el peligro. Otra vez el día 14 Sánchez, Pina y Pérez regresan puntualmente a sus despachos en el Palacio de Gobierno, sin más armas que la espada. Hasta el día 15 no se decide Santana a convocar la Junta Gubernativa para notificarle que ha dispuesto reorganizarla, investido por su autoridad como "Jefe Supremo por la Voluntad del Pueblo y del Ejército", según pomposamente empezó a titularse desde que oyó las aclamaciones de su tropa.

Ya esperaban Sánchez, Pérez y Pina en el Palacio de Gobierno, cuando aparece Santana en compañía de adictos y edecanes, que hacen resonar espuelas y tacones sobre las viejas baldosas. Un tal coronel Juan Ruiz, que goza fama de guapetón bullanguero, chilla a los tres patriotas:

— ¡Ya esa Junta no existe! ¡El general Santana es el Jefe Supremo!

Rojo de cólera, responde Juan Isidro con injurias y los dos desenfundan las espadas. Algunos se esfuerzan confusamente por impedir el duelo. Y entonces Juan Isidro, que ganó tantos aplausos al declamar el papel de Marco Junio Bruto en la tragedia de Alfieri, dirige su acero hacia Santana y le increpa con actitud de actor dramático:

— ¡Si Roma tuvo a Bruto, también Santo Domingo lo tiene!

Santana mira impasible y los guardias blanden los machetes. El retador Juan Ruiz ordena a sus hombres que asesinen a Pérez; pero Juan Isidro es hábil con la espada y los mantiene indecisos, hasta que Felipe Alfau promedia en la trifulca y salva de la muerte al que había sido su compañero en *La Trinitaria*. Deja a Pérez bajo la protección del cónsul Saint Denys. . . Y Juan Isidro desaparece de la escena.

Sin más ceremonias, los soldados inician los arrestos con el de Sánchez, que guardará prisión en la Fortaleza como otros miembros de la Junta Gubernativa; pero a las seis de la tarde del siguiente día fue conducido desde el calabozo a una sesión extraordinaria. Tal vez Sánchez sospecha la posibilidad de armonizar opiniones, ya que para otra cosa no debían invitarle; pero es que no conoce muy bien al general Pedro Santana.

Reunida la asamblea, el Jefe Supremo abre la sesión leyendo una proclama en que pide "todas las facultades necesarias" para mantener la seguridad, el orden y la defensa del país, o sea: que se le reconozca como Jefe Supremo, un dictador con todos los atributos y señales que la palabra implica. Todavía Francisco Sánchez puede escuchar la perorata, más o menos asombrado, hasta que sabe por boca de Santana el propósito de perseguir implacablemente a Juan Pablo Duarte y Ramón Mella.

Indignado, Sánchez reprocha al Jefe Supremo su traición y su audacia. “¡Yo no puedo formar parte de una Junta como ésta!”, exclama, y se retira, naturalmente, para volver al calabozo. Siguen llenándose las cárceles de inconformes. La mano del dictador es fuerte. . . Y los temerosos se apresuran a besarla.

XXI.— EL SANTO PRISIONERO



AS tropas y el pueblo de El Cibao vacilan en afrontar el poderío del autotitulado Jefe Supremo. Una guerra civil conlleva el tenebroso peligro de facilitar otra invasión haitiana. En Santiago los generales celebran muchos cambios de impresiones. Ya tienen conocimiento de que la Junta Central Gubernativa declaró el 24 de julio “que no reconoce ni reconocerá” la proclamación de Duarte como Presidente de la República, a la vez que destituye a él y a Ramón Mella de los cargos que desempeñaban.

Ese día el arzobispo Tomás de Portes suscribe una carta pastoral que apoya rotundamente el golpe de Estado de Santana. No se limita a prometer bienandanzas en este mundo y en el otro, como hiciera en la carta de 1833 con motivo de la visita de Boyer, sino que amenaza nada menos que “con excomuniación mayor” a quien intente

perturbar “las disposiciones de nuestro sabio Gobierno”. ¡Y ese Gobierno sabio no era otro que el del general Pedro Santana!

Tras muchas deliberaciones, los patriotas acuerdan en Santiago una fórmula que suponen conciliadora: la celebración de elecciones libres, para que el voto popular decida quién de los dos rivales debe ser Presidente de la República y quién Vicepresidente. Y el intrépido Ramón Mella se pone en marcha hacia Santo Domingo, acompañado de su ayudante el capitán y poeta Juan José Illas, oriundo de Venezuela. Quería discutir la cuestión personalmente con el Jefe Supremo, imaginando la posibilidad de que le convencieran las razones patrióticas.

Santana, desde luego, piensa y actúa de otro modo. Se ha convertido en un típico caudillo militar, una especie de morbo endémico en las repúblicas centroamericanas. Desdeña los escrúpulos legales y las consultas al pueblo. Con la mayor rapidez ha comisionado a un adicto para que le gane la adhesión del general Francisco Antonio Salcedo, que en ausencia de Mella y de Imbert manda el Ejército del Norte. Convencido Salcedo, los otros jefes siguen el mal ejemplo.

Algunos fieles recomiendan a Juan Pablo que regrese a Puerto Plata, donde nadie parece con interés de molestarlo. Su amigo don Pedro Dubocq le aloja en una casa de campo que posee en la loma Isabel de Torres, no lejos de la ciudad. Desde allí

escucha Duarte que en el Torreón de San Felipe disparan cañonazos de salva y la tropa vitorea entusiasmada al flamante Jefe Supremo. Allí Duarte se queda casi solo, con su conciencia y un puñado de amigos. No sabe que ya Santana ha ordenado la formación de soldados en la Plaza de Armas, donde un oficial de estentórea voz leyera la proclama que declara traidores a la Patria a Juan Pablo Duarte y a cuantos apoyaron su exaltación al rango de Presidente.

Nada de aquella horripilante escena conocen Ramón Mella ni su ayudante el capitán Juan José Illas, que se aproximan a la capital para ofrecer la fórmula conciliatoria, y al descender las lomas de San Carlos son detenidos por un pelotón de soldados.

— ¡Ríndanse presos! — ordena el oficial, mientras los demás alertan sus armas y despojan a los emisarios de las suyas. El oficial cumple órdenes precisas de no escuchar razones ni argumentos. Les ata las manos y los conduce entre bayonetas como a dos peligrosos malhechores.

Cuando llegaron al Palacio de Gobierno estaba junto al portón José Familias, adulador y pariente de Santana, que aprovechó la indefensión de Mella para lanzarle soeces injurias y arrancarle del uniforme las charreteras, quizás iracundo hasta el frenesí por saber que no podría arrebatarse jamás la gloria insigne del trabucazo de la Puerta del Conde.

Minutos después Mella discute personalmente con Santana y el ensoberbecido dictador manda a encerrarlo con otros prisioneros en un calabozo de la Torre del Homenaje, donde ya están reclusos muchos fundadores de *La Trinitaria*.

La Junta de Gobierno reflexiona un poco ante la posibilidad de aplicarles la pena de muerte. Tiene a la vista dos solicitudes: seiscientos veinte y ocho jefes y oficiales piden la muerte de “los asesinos de la patria” y unos setenta y ocho padres de familia reconocen la “absoluta necesidad de expulsarlos del país” en vez de aplicarles la sanción a que se hicieron “acreedores”. Esta última fórmula, desde luego tímida y hábil, tiende a evitar la reacción violenta de Santana.

Otras personas intervienen también para despertar la clemencia del Jefe Supremo. Un comerciante judío, oriundo de Jamaica, que gozaba influencia como prestamista y dueño de embarcaciones, le dice francamente al general Santana:

— ¿Fusilar a esos hombres? ¿Está usted loco? ¡No; no lo haga de ninguna manera! Si cree que le hacen daño, expúselos usted.

Y el Jefe Supremo se decide. No los fusilará, como suponía que es el castigo impuesto “en todas las naciones” a los sediciosos. Hace que redacten una especie de sentencia judicial que no es más que una orden ejecutiva, sin mediación de procesos ni

jueces, y no menos autoritaria que un úkase de los antiguos zares.

Según dice textualmente el vergonzoso fallo, la Junta Central Gubernativa, que preside el Jefe Supremo, declara que han sido "traidores e infieles a la patria", e "indignos de los empleos que ejercían", los generales de brigada Juan Pablo Duarte, Ramón Mella, Francisco del Rosario Sánchez y un grupo de comandantes, sin olvidar a Juan Isidro Pérez, ex secretario de la Junta. En consecuencia, "usando de la facultad paternal que le caracteriza", la Junta Gubernativa ordena que sean desterrados a perpetuidad, con pena de muerte en caso de que volvieran a pisar tierra dominicana.

Aún falta por detener a Juan Pablo Duarte. No es una tarea riesgosa; pero Santana toma precauciones. En vez de conducirlo por caminos de herradura, entre un tropel de soldados, prefiere utilizar una goleta de guerra. Así evitará que al cruzar ciudades y caseríos el pueblo demostrara su devoción al Padre de la Patria.

El oficial encargado de la captura también fue prevenido. Marchó hacia la loma de Isabel de Torres al frente de un escuadrón de infantería. Presentó a Duarte la orden de prisión y las esposas de hierro con que se apresan las manos de los delincuentes. Sin alterar su tranquila dignidad, Juan Pablo presentó las muñecas al esbirro, que las unió con la infamante herramienta, y sin tardanza

emprenden el camino hacia el Torreón de San Felipe, acompañados por el escuadrón de infantería.

A Duarte lo encierran en un calabozo de la antigua fortaleza, un calabozo oscuro y húmedo donde ya están otros prisioneros. Avanzada la noche, siente que le invade la fiebre como en los últimos días de su estancia en Curazao. No halla manera de conciliar el sueño ni mitigar la fiebre. El padre González Regalado no conseguirá visitarlo en la prisión hasta el 28 de agosto. Le pide Duarte que le confiese, porque tal vez van a fusilarlo, y aun exclama con tristeza: “¡Morir cuando hay tantos esfuerzos que prestarle a la patria!” Un infeliz carcelero escucha el diálogo con expresión de asombro, como si advirtiera, según escribirá después el sacerdote, “la cegante claridad que inundaba a aquel hombre inmaculado”.

Por aquellos días también irrumpe Juan Isidro Pérez en el Torreón de San Felipe. Había salido de la Isla antes de que publicaran la condena a perpetuo destierro. Se hizo amigo de los tripulantes que le conducían y siguió viajando por las aguas del Caribe, hasta que oye la noticia de que Juan Pablo está preso en Puerto Plata. Próximo a la costa, le pide al capitán que lo desembarque, pues de no hacerlo se lanzaría al agua. El capitán no puede creer tan descomunal impertinencia. ¿Ya Juan Isidro se había vuelto loco? Iba efectivamente a tirarse por la borda, cuando la exaltación del

viajero gana la voluntad del marino, que se resigna por fin a dejarlo en el muelle de Puerto Plata.

Poco después las autoridades recluyen al "ilustre loco" en el Torreón de San Felipe, donde Juan Pablo y Juan Isidro se unen apretadamente en un abrazo. Al escuchar la generosa aventura, Duarte lamenta que su amigo intentara sacrificar inútilmente la vida y Juan Isidro le responde:

— Sé que vas a morir. Cumpliendo mi juramento, vengo para morir contigo.

Así era la valiente y abnegada lealtad de aquellos "traidores" que el Jefe Supremo aborrecía.

XXII.— PEREGRINAJE FORZOSO



TRA vez el batallón de infantes atraviesa las calles de Puerto Plata. Custodia a los presos del Torreón de San Felipe. Junto a Juan Pablo va Juan Isidro, levantando orgullosamente la afilada nariz en actitud de reto, y los patriotas Juan Evangelista Jiménez y Gregorio del Valle. El vecindario de Puerto Plata se detiene en las calles o se asoma a las ventanas para ver “pasar a los soldados de la escolta con el estupor de quien asiste a un sacrilegio”.

Próximo al muelle, los presos ya consiguen leer el nombre de la goleta que los aguarda: *Separación Dominicana*. Se nos antoja imaginar que ni siquiera el viento estremece el pabellón cruzado, lacio y colgante en el mástil de popa, como el símbolo de un alma dolorida.

Cuando el barco arriba al desembarcadero del Ozama, corre el rumor de que han traído a “los tres Juanes”: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez

y Juan Evangelista Jiménez. Las autoridades movilizan soldados para ahuyentar y amedrentar al pueblo, hasta que los tres Juanes descienden a un lóbrego calabozo de la Torre del Homenaje.

El Jefe Supremo incurre en la bárbara crueldad de ordenar que aseguren con cepos al Padre de la Patria, su adversario ya enfermo y vencido; pero tal vez no le parecía suficiente tortura la humedad del calabozo, la dureza del cepo ni la total incomunicación de los reclusos, pues introducen rufianes en el patio de la prisión para que chillen amenazas y denuestos contra Duarte. En vez de permitir a los proscritos que elijan el país en que prefieran instalarse, los distribuyen en distintas embarcaciones y con rumbos señalados a capricho.

Juan Pablo Duarte, con Juan Isidro y los hermanos Richiez, es enviado a la ciudad alemana de Hamburgo. Otros a Nueva York, como Vicente Celestino y su hijo Enrique. Resulta difícil de justificar la razón que hubo para apartarlos de tal modo, ya que nada les impediría volver a reunirse, a no ser el propósito de causarles mayores penurias y disgustos.

Parece que las fiebres de Juan Pablo eran crisis palúdicas. Tal vez el cambio de atmósfera y clima contribuyó a disiparlas. Cuarenta y tres días demora el viaje a la ciudad de Hamburgo. El frío del otoño se hacía insoportable para los viajeros. Por eso no tardarán Juan Isidro y los Richiez en

regresar a la tibieza de los trópicos, aunque Juan Pablo decide continuar en Alemania.

Lleva Duarte consigo las credenciales masónicas que le acreditan el rango de Maestro. A los diez y seis días del arribo le han invitado al banquete de una logia. Con el auxilio de los tres idiomas que habla —el español, el francés y el inglés— logra hacerse de un círculo de amigos y acomete sin tardanza el aprendizaje del alemán. Elige un profesor que habla también castellano y vuelve a ser un poco el estudiante de sus andanzas por Nueva York y Barcelona. Sin abandonar otras viejas preferencias, también estudia Historia y Geografía. Adquiere un Atlas y una Geografía Universal en varios tomos.

La alta sociedad de Hamburgo le acoge con estimación y respeto. “El considerar que estaba sufriendo por mi patria”, escribirá el propio Duarte, “me atrajo muchas simpatías, hasta en el sexo bello”. Estimaba a las hamburguesas por afables, y todavía más por decorosas. Un periódico de Hamburgo, seguramente utilizando la información que él le diera, publica notas sobre la actualidad dominicana.

Sin embargo, Duarte no halla ocupación lucrativa con que mantenerse, ni consuelo para sus nostalgias, y opta por viajar a Santo Tomás, la pequeña isla próxima a su inolvidable Santo Domingo, con mejor acceso a las noticias que desea. El 30 de noviembre, a los treinta y cinco

días de su llegada al puerto de Hamburgo, se embarca de nuevo. Ahora va solo. No tiene amigos a su lado. La navegación parece interminable, desesperantemente aburrida, buena ocasión para hacer versos, que es como ponerle música a las confidencias y recuerdos. La soledad y el ocio le incitan a reclamar la grata compañía de las musas. Por eso nos parece que fue entonces, cuando ya nadie le acompañaba, que Duarte compuso aquel romance en que narra la triste hora de partir al destierro.

No era él, a la verdad, un poeta; pero siempre escribió versos como íntimo desahogo y sin voluntad de publicarlos. No los hacía por ambición de gloria; sólo para dar voz a sus anhelos y tribulaciones. Según decía el irlandés burlón que se llamaba Oscar Wilde, los grandes poetas son las menos poéticas de las criaturas, porque escriben la poesía que son incapaces de vivir; pero los malos poetas son las más poéticas de las criaturas, porque viven una poesía que son incapaces de escribir. Y Juan Pablo Duarte vivió siempre embriagado por una inagotable poesía de amor a su patria y de hambre de justicia.

Cuenta en el sencillo romance, de sólo veinte y seis octosílabos, que recordaba con pesadumbre la noche de la partida. Noche de oprobio y espanto para la buena gente del Ozama. Noche callada, serena y sombría... Ocho compañeros que se alzaron al nombre de Dios, Patria y Libertad, para

darle la independencia al pueblo en que habían nacido, son expulsados como traidores hacia extranjera playa, aunque es imposible hallar hombres más leales que aquéllos. ¡Proscriptos de la tierra “por cuya dicha lucharán”! Y se les vio a los ocho bajar a la ribera silenciosa. Se les oyó despedirse con suaves, casi apagadas voces, mientras el poeta recogía en su corazón aquellos acentos que se desvanecían temblando en la vagabunda indiferencia del aire.

No dice más. Acaso dice menos. Pero los versos nos permiten vislumbrar toda la angustia de aquel momento histórico. En otras composiciones se queja de que hasta la misma muerte “parece que le ha abandonado”. Pero llega a Santo Tomás en un buen día: el Día de Nochebuena. Con cierta gracia cómica, nada frecuente en sus comentarios, escribirá más tarde: . . . “Y me encontré rodeado de consejeros”. Allí sus compatriotas, víctimas como él de la adversidad dominicana, se mostraban afanosos de preparar soluciones más o menos irrealizables, como suele ocurrir en las tertulias sin otro objeto que la plática amistosa.

Unos le aconsejan vengarse de Bobadilla con ayuda de los haitianos. Otros que enarbolará la bandera española, para que el Gobierno de Madrid participe en la trifulca. Acaso no faltarían quienes imaginaran otros embrollos diplomáticos. A todos opuso Duarte su rotunda negativa, ganándose algunas malas voluntades. Y escribió en las *Memo-*

rias: "Todos pensaban en favorecer sus intereses; ninguno los de la patria."

Aquellas conversaciones, sin embargo, le permiten conocer mejor la realidad de Santo Domingo. Muchas familias son allí atropelladas o expulsadas, como en los tiempos de Jean Pierre Boyer. Don Tomás Bobadilla ha pronunciado un discurso en la Asamblea Constituyente llamando a Duarte "joven inexperto", que jamás hizo otra cosa que comprometer las libertades públicas. También se entera de que su tío José Diez había quemado los papeles en que él narró la historia de sus luchas. Y sabe además que todo un batallón tiene la encomienda de vigilar a su familia.

Poco a poco va recibiendo Juan Pablo nuevas informaciones. Han promulgado una Constitución en San Cristóbal. Han dispuesto con una sola elección que Santana ocupe dos períodos consecutivos la Presidencia de la República. Han tenido que enviar soldados para intimidar a la Asamblea Constituyente y evitar que vote la moción del presbítero Julián Aponte proponiendo elegir a Juan Pablo Duarte en vez de a Pedro Santana, aunque ya muchos simpatizadores de *La Trinitaria* forman coro adulator en el Palacio de Gobierno.

Pero tal vez nada pudo conmover tanto a Juan Pablo como el fusilamiento de María Trinidad Sánchez, tía del prócer Francisco del Rosario, precisamente el 27 de febrero, primer aniversario

de la proclamación de la independencia dominicana. ¡Qué feroz y sarcástico destino! Así moría la valiente criolla que tremoló aquella noche, frente al enemigo atónito, la bandera de Juan Pablo Duarte. ¿Y por qué moría? A lo sumo, por conspirar, aunque jamás se demostrara.

Pocos días más tarde la Junta Central Gubernativa ordena otro destierro perpetuo: el de toda la familia de Juan Pablo Duarte: el de la madre, las hermanas, el hermano Manuel y cuatro hijos de Vicente Celestino. Pero a Santana no le complacen las represalias sin añadirles algún toque de escarnio. Fusiló a María Trinidad Sánchez al celebrar el primer aniversario de la insurrección en que sobresalió como heroína y ahora embarca a la familia de Juan Pablo Duarte el 19 de marzo, mientras la algazara popular celebra el triunfo del combate de Azua. Dicen que Manuel, hundido en la locura por la emoción que le produjo el insólito atropello, acompañaba los vítores al general Santana y reía con una risa aterradoramente misteriosa.

Juan Pablo acude a La Guaira para reunirse con Vicente Celestino y esperar al resto de la familia, que llegará el 25 de marzo. Para entristecer el recibimiento, aunque no hubiera otras razones, bastaba la melancólica presencia de Manuel, con la mirada ausente y el abandono de su barba rubia. Desde La Guaira siguen a Caracas y los hermanos de doña Manuela los auxilian en cuanto alcanzaban

sus recursos, que no eran abundantes. Doña Manuela había tenido que malvender todas sus pertenencias para ir viviendo.

Vicente y Juan Pablo deciden iniciar actividades comerciales muy modestas, con que ayudar a la familia. Sin embargo. . .

XXIII.— SOLEDAD DE SOLEDADES



JUAN Pablo no había nacido para ser un traficante; pero la dura necesidad impone trabajos y deberes que nos desvían de nuestra vocación. ¿Y qué es eso, en verdad, la vocación? Juan Pablo no podía ignorar que en su raíz latina vocación significa llamada, acción y efecto de llamar. Y la voz secreta de su corazón no le llamaba a los trajines del mercado, sino a la lucha o a la muerte por la libertad de su patria.

Durante meses, y aun quizá tres años, Juan Pablo ambula por campiñas y pueblos de Venezuela dedicado a humildes menesteres comerciales, aunque siempre alerta a los sucesos dominicanos. Intercambia cartas con otros proscriptos, sobre todo con Juan Isidro Pérez, siempre leal y siempre alucinado, que le anticipa con absoluta lucidez el fallo de la Historia.

Después de referirse a la “perfección moral”

de Juan Pablo y toda su familia, le anuncia con certera visión: “La Historia dirá que fuiste el apóstol de la libertad e independencia de tu patria”. Respondiendo a una carta de Duarte fechada el 23 de febrero de 1846, le escribe: “El tenor de tu última carta me ha hecho respirar un poco más tranquilo. . . Elevo fervientes votos para que tengas feliz éxito en tus empresas mercantiles”. Parece que entonces la situación de Juan Pablo y la familia se ha hecho menos angustiosa.

Poco a poco va escaseando la correspondencia, porque Duarte se aparta cada vez más de los amigos y la familia. Viaja constantemente por comarcas todavía casi inexploradas, sin medios de comunicación frecuentes con el resto del mundo. Y sobreviene un riguroso silencio. Comienzan a sospechar que Juan Pablo ha muerto, aniquilado por las enfermedades o tal vez agredido por alimañas o ladrones.

En los *Apuntes* de su hermana Rosa hay sólo dos notas brevísimas sobre la extraña ausencia: “Doce años estuvo en el interior de Venezuela, recorriendo la parte oriental y occidental”. Después añade a la escueta precisión cronológica el dato de que conoció al misionero brasileño San Gerví, sacerdote ilustrado y virtuoso, por cuya amistad se acercó en el Apure, aprendió el portugués y estudió Historia Sagrada. “Quería que me dedicara a la Iglesia”, explica el propio Duarte;

“pero los asuntos de mi patria, que esperaba concluir, me impedían tomar estado”. Y lamenta la muerte del sacerdote con afectuosa ternura: “¡Pobre amigo mío! Murió como moriré tal vez yo, sin ver realidad mi celestial esperanza”.

Nada más sabemos. Tal vez nada más podrá saberse sobre aquellos doce años incógnitos. Han ido y volverán a ir los investigadores para rastrear las huellas de Juan Pablo Duarte en las entrañas del Nuevo Mundo; pero las selvas y los ríos no guardan mucho tiempo las señales del paso de los hombres.

Las andanzas de forzado mercader animan en Duarte su antigua curiosidad por los estudios geográficos. Allí llegó a descender hasta regiones de terribles peligros, en que se unen las enormes corrientes del Orinoco y el Río Negro, cuyas márgenes rodean bosques “contemporáneos del Paraíso”. Va anotando cuidadosamente las extrañas costumbres de los pueblos que visita; pero los papeles desaparecerán en los trajines de su vida errante.

Allá la Naturaleza no es dócil ni apacible servidora del hombre, sino formidable ímpetu vital jamás dominado ni medido en su cabal exuberancia. Árboles posiblemente milenarios extienden sus robustos brazos, donde se enroscan las serpientes o se agazapan los tigrillos para saltar con precisión sobre la presa. Sólo es posible atravesar la vegetación selvática alternando la marcha a pie o en lomo de mula con bongos o

canoas que suelen deslizarse junto a invisibles enjambres de pirañas, cuya voracidad desnuda hasta el esqueleto a cualquier náufrago que las atraiga con el olor de la sangre.

Comprendemos que Juan Pablo, abrumado por infinita pesadumbre, y acaso también animado por su insaciable curiosidad geográfica, se demorara atónito y fascinado en aquellos parajes, con ese afán de soledad de los místicos, anhelosos de entregarse a la contemplación de las maravillas de Dios o la Naturaleza para olvidar desengaños o dolores. En compañía del padre San Gerví tal vez fuera menos riesgosa su soledad desvalida, aunque en las pantanosas llanuras del Apure el virus del paludismo volaba triunfador en las alas minúsculas de los insectos.

(¡Oh, soledad, soledad de soledades, que enloquece a los necios, que aterroriza a los frívolos, que no pueden soportar los ambiciosos; pero a la vez consuelo de los tristes, amparo de los meditabundos que pretenden escrutar el fondo de los misterios de la vida y refugio de los luchadores abrumados por la adversidad que los golpea sin clemencia!)

En aquellas regiones hostiles Duarte encontró en el padre San Gerví un alma gemela de la suya. Sin otra ocasión de frecuentar el grato juego de las pláticas sobre las Ciencias y las Artes, la amistad entre Duarte y San Gerví debió consistir en un mutuo desahogo de meditaciones y recuerdos.

También Juan Pablo sentía, como el misionero San Gerví, la vocación, es decir, la llamada al culto religioso; pero la voz que le habla desde el fondo del corazón no le deja olvidar el juramento que hizo en el viaje a Nueva York y que repite después ante sus compañeros de *La Trinitaria*.

Muerto el padre San Gerví, ¿a quién hablar de la patria, o de sus anhelos y sus penas? Doce años de soledad deben parecer doce siglos de abandono para un espíritu por naturaleza sociable. En septiembre de 1860 Pedro Alejandrino Pina se muestra jubilosamente asombrado de la “fausta nueva”, que le acaba de comunicar su “comadre Rosa”: ¡Juan Pablo vive! Y añade Pina: “Hay algo de providencial en el hecho de saberse del hombre Fundador de la República, que todos creíamos muerto”. Por aquella época negocia Felipe Alfau la anexión de Santo Domingo a España; no para someter la República a un protectorado, sino para regresar sencillamente a la condición de colonia.

Pero no es hasta el 10 de abril de 1863 que Juan Pablo Duarte conoce la anexión a España, la conversión del hatero Santana en marqués de Las Carreras y el fusilamiento de Francisco del Rosario Sánchez con veinte y un compañeros. Ya Juan Pablo no puede continuar un instante más en las llanuras del Apure, pues le llama la patria. Sin embargo, razones debe tener para demorar el retorno.

Posiblemente buscaba recursos con que emprender el fatigoso viaje hasta Caracas, o tal vez alguna enfermedad le retuvo. Su aspecto juvenil ha desaparecido, más por la vida sin esperanzas que por la acción inexorable del tiempo. Quien siempre aparentó menos años de los que había vivido, ahora vuelve de las junglas con el rostro enjuto, la piel quemada, salpicado de motas cenicientas el pelo bronceado, "muy extenuado ya por las enfermedades, privaciones y profundos disgustos", según observó el padre Meriño cuando le oía narrar con "labios convulsos" la historia de sus andanzas, sin una expresión de rencor ni encono para los causantes de su desventura, a quienes cristianamente perdonaba.

Aunque Juan Pablo parecía ser un débil anciano, por lo demás falto de poderes y riquezas, acuden a Caracas desde distintos rumbos los patriotas que sufren destierro. Las adversidades pudieron hundirle en la penuria y mermar sus energías; pero no opacar su buen nombre, más luminoso ahora por el contraste con la mala fama de sus tenaces enemigos. Su nombre ha vuelto a convertirse en banderín de guerra y símbolo de la patria independiente. Por Santo Domingo corre la voz de que el Padre de la Patria ha reaparecido en Caracas y Juan Isidro Pérez eleva a Dios preces de gratitud por tan milagroso beneficio.

Otra vez, como al llegar desde Hamburgo a Santo Tomás, Juan Pablo se encuentra "rodeado de

consejeros". ¡Vana presunción la de aconsejar a quien ha meditado mucho! En los doce años que deambuló por las selvas de Río Negro y los llanos del Apure, Duarte había reafirmado su resolución de luchar por la independencia de Santo Domingo. Casi todos los consejeros le hablan de la primera necesidad del hombre, que es buscar solución a sus problemas elementales; ganar dinero para comer, para vestir, para ayudar a la familia. . . Muy buen consejo, ¡claro que sí! aunque suele encerrar a veces cosas que no se dicen; pero que Duarte comprende. Por ejemplo: inclinarle a que acepte cargos o preeminencias, no para ayudarlo, sino para que cambie el ideal que se ha propuesto.

Un diplomático español le ofrece la posibilidad de recibir un nombramiento de Mariscal de Campo, o algo semejante, que el ex presidente Buenaventura Báez había aceptado sin tardanza. Un Mariscal de Campo puede vestir trajes lujosos, comer a gusto, beber excelentes vinos y evitar que su familia sufra privaciones.

Un doctor caraqueño de buena fe y reconocido talento le promete un cargo diplomático, sin mayor obligación que adoptar la ciudadanía venezolana. Y Duarte rechaza las tentaciones. Si la primera necesidad es obtener un poco de dinero, vende a un amigo la Geografía Universal y el Atlas que compró en Hamburgo. Nada le hará olvidar su juramento.

XXIV.— ULTIMOS DESENGAÑOS



L fin Juan Pablo Duarte recibe la sensacional noticia. ¡El 16 de agosto de 1863 ha estallado la insurrección restauradora en el cerro de Capotillo! No es necesario iniciar la empresa, sino únicamente secundarla y consolidarla. El pueblo dominicano ya pelea bravamente contra el ejército español, que dispone de superiores armamentos, y las tropas que siguen a Santana.

Jamás hubo en tierras de Santo Domingo batallas que exigieran tanto valor como pericia. No se reproducen las vergonzosas fugas de las hordas indisciplinadas de Riviere Hérard ante los macheteros de El Seibo, que crearon la leyenda militar de Santana, grotescamente llamado por los aduladores el *Napoleón Dominicano*. Ni tampoco la persecución de los fugitivos del general Jean Louis Pierrot, que retrocedieron hasta la frontera tras abandonar el asedio de Santiago.

Jóvenes guerreros, algunos nacidos después de la independencia, como Gregorio Luperón, y otros coetáneos de los adolescentes que intervinieron en la fundación de *La Trinitaria*, como José María Cabral, demuestran poseer innato genio táctico frente a los militares de academia que les opone España. Además, ya existía verdaderamente el pueblo dominicano, voluntarioso de mantener su nombre y ciudadanía, como enseñaron las prédicas de Juan Pablo Duarte.

El poeta Manuel Rodríguez Objío, que salió del campo de batalla para solicitar en Sur América la ayuda de personajes y gobiernos, arriba a Caracas el 7 de octubre y pide a Vicente Celestino que le lleve junto a su ilustre hermano. La actitud de Rodríguez Objío demuestra la alta significación que reconocían los insurrectos a la personalidad de Juan Pablo Duarte.

Ya frisaba Duarte en la edad de los cincuenta años, la misma de Don Quijote al iniciar sus aventuras para enderezar entuertos y corregir sinrazones. Y también a semejanza del Ingenioso Hidalgo, por el mucho pensar y poco dormir a causa de las injusticias que había padecido, había llegado a perder, si no precisamente el juicio como Don Quijote, al menos la habilidad y el tacto necesarios para maniobrar con fortuna entre los difíciles sucesos de la realidad política, sobre todo cuando aún estaban muy recientes los doce años de soledad errabunda.

No se explicaría de otro modo la candorosa efusión con que se atribuye los títulos —aunque merecidos sin duda, imprudentes por despertar recelos— como Decano de los Fundadores de la República y Primer General en Jefe de los Ejércitos, etc., que consigna en cartas y nombramientos, a veces fechándolos, para reemplazar el sitio en que los escribía, con este giro graciosamente poético: “Al pie de la Montaña, en el Valle de la Perseverancia”, una alegoría demasiado fantasiosa para mezclarla en la dramática seriedad de una preparación de guerra.

Su autoridad moral le sitúa por encima de los errores. Nadie puede objetar su gloria. Y después de muchas idas y venidas, gestiones y tardanzas, consigue auxilios para arribar con una pequeña expedición a Monte Cristi, ya ocupado por los restauradores. Sólo la integran “una mano de valientes”: Juan Pablo y Vicente Celestino Duarte, Manuel Rodríguez Objío, Mariano Díaz y el comandante venezolano Candelario Oquendo.

Antes de partir Juan Pablo ha extendido las credenciales que consideró oportunas. Nombró a Francisco Saviñón como agente de negocios en Curazao y en las demás Antillas que no tengan Agencia. Otorgó rango de segundo comandante a varios compañeros y firmó el ascenso a coronel del capitán Manuel Rodríguez Objío, jefe de su Estado Mayor. En todos los documentos hace constar su jerarquía como Decano de los Fundadores de la

República y Primer General en Jefe de sus Ejércitos, sin olvidar la mención poética: "Al pie de la Montaña, en el Valle de la Perseverancia".

Cuando la expedición desembarca en Monte Cristi, el jefe militar de la zona, que es el general Benito Monción, héroe de Capotillo, la recibe con obsequiosa cortesía. Le facilita alojamiento y cabalgaduras. "La revolución se sintió como alentada", escribirá después Rodríguez Objío. La presencia del Padre de la Patria produce un intenso júbilo en los campamentos. El propio Monción acompaña a los cinco expedicionarios hasta el pueblo de Guayubín, próximo a Santiago, que es la ciudad donde radica el Gobierno Provisorio.

La visita a Guayubín resulta profundamente triste para Duarte. Allí está enfermo, tendido en cama y próximo a la muerte, su amigo Ramón Mella, vice presidente de la República en Armas. Yace inerte, abatido por terrible dolencia, sin comer otra cosa que naranjas agrias, según prescripción del médico. Ya sólo queda la imagen espectral del héroe vigoroso y resuelto de la Puerta del Conde.

Tampoco Juan Pablo Duarte anda bien de salud. Volvieron las altas fiebres y los delirios, como antes en Curazao, en el Torreón de San Felipe y probablemente en Venezuela. Ha permanecido varios días en Guayubín, sin participar en acciones de guerra, prácticamente inválido como su amigo; pero el 28 de marzo puede

escribir al Gobierno Provisorio para expresarle que desea compartir “los azares y vicisitudes” que exige la obra de la Restauración Dominicana, después de haber arrastrado veinte años la vida nómada del proscrito, y que ahora espera del Gobierno que “no dejará de apreciar lo que ha podido hacer en obsequio de nuestra justa causa”.

El general Ulises Espaillat, ministro de Relaciones Exteriores y encargado de la Vice Presidencia, responde con depurada cortesía, pero entre líneas apunta que todos los dominicanos también padecieron infortunios y están igualmente en el deber de luchar “por la interrumpida independencia”.

Un niño, a quien su padre llamó para que conociera al ilustre general Juan Pablo Duarte, observó el aspecto demacrado y triste del Padre de la Patria y comentó después con la simpática indiscreción de los niños: “¡Ese señor no parece un general!” Aunque el mayor deseo de Juan Pablo Duarte era participar militarmente en la guerra, acaso en busca de una muerte gloriosa, no obtendrá la ocasión anhelada. A pesar de su preparación teórica de las artes militares, acaso superior a la de cualquier dominicano de su tiempo, ni entonces ni en las luchas de 1844 tuvo la buena suerte de dirigir ningún combate.

El Gobierno Provisorio no le utiliza como general, aunque cumplidamente le reconoce el rango. Los compañeros de Duarte en la expedición

tienen funciones activas: Vicente Celestino, ya sexagenario, es comisario—pagador en las fuerzas del general Gregorio Luperón; Rodríguez Objío asume mando de coronel junto al general Castillo; el venezolano Candelario Oquendo comanda un regimiento y Mariano Díaz pasa al Estado Mayor del presidente Salcedo. A Juan Pablo Duarte sólo le ofrecen una misión diplomática en Venezuela.

¿Cómo en Venezuela? Ha venido a pelear, a dar la vida si es preciso, en favor de la “justa causa”, y alega motivos de salud para declinar la pacífica encomienda, hasta que lee en un ejemplar de *Diario de la Marina*, periódico editado en La Habana, un insidioso comentario de su corresponsal en Santo Domingo. Allí se dice que los jefes de la Revolución están mirando de reojo al recién llegado Duarte, “un zángano perezoso que viene a libar la miel elaborada por ellos”. O sea: un pobre hombre que nada importante hizo y ahora pretende sustituir a los demás en las altas posiciones del movimiento restaurador.

Por la fecha del periódico, que es la del 28 de marzo, el suelto debió ser escrito antes del arribo de Duarte a Monte Cristi, por alguien que no ignoraba la salida del grupo expedicionario. Cabía sospechar que fue inspirado a causa de envidia y celos de algún individuo del Gobierno Provisorio. Y entonces Duarte retiró la renuncia a la modesta posición diplomática. Así no provocaría intrigas ni rivalidades, pues siempre fue en su patria, como él

escribió al Gobierno Provisorio, "motivo de amor entre todos los verdaderos dominicanos y jamás piedra de escándalo ni manzana de la discordia".

El Gobierno Provisorio le responde inmediatamente censurando "el calumnioso artículo" y le advierte que sólo desea situarle "en el lugar donde mayores servicios podría prestar a la patria", después de expresar el júbilo que le produce su presencia. Ya Duarte sólo aguarda las credenciales para alejarse por última vez de la Isla; no desterrado, pero en verdad no complacido. Preferiría morir allí, junto a los bravos peleadores, en el fragor de una batalla, de cara al enemigo.

XXV.— TESTAMENTO POLITICO



MIENTRAS Duarte espera los trámites del Gobierno Provisorio, muere el prócer Ramón Mella, a quien rendirán altos honores militares en la ciudad de Santiago. Las exequias fueron con toda la solemnidad posible en momentos de guerra. Cañonazos de salva. Desfile de tropas al compás de monótono tamborileo. Fúnebres velillos en los uniformes. Banderas a media asta y crespones de luto. El pueblo de Santiago se apretuja contra las paredes para observar el cortejo.

Pudo ver a Juan Pablo Duarte pensativo, enjuto, demacrado, caminando tras el armón que transporta el ataúd de su fraternal compañero. Los vecinos de alguna edad debían recordar la prestancia del joven apóstol, cuando recibía veinte años antes, por aquellas mismas calles polvorientas, las aclamaciones que lo saludaban como Jefe de la Revolución y Presidente de la República entonces

recién nacida.

Tres días más tarde viaja Duarte hacia Cabo Haitiano, donde cambia de embarcación para seguir a las Islas Vírgenes. En Santo Tomás le aguarda su amigo el doctor Melitón Valverde, con quien ha de compartir la tarea de ministro confidencial de la República en Armas, ante los Gobiernos de Perú, Colombia y Venezuela, rango de veras excesivamente humilde para un hombre de la jerarquía histórica de Duarte.

La misión de Juan Pablo Duarte, a la par que la del médico Valverde, consiste en gestionar empréstitos de guerra y conseguir pólvora y armas para enviarlas a través de Cabo Haitiano. Desde luego, la tarea es difícil, y Duarte la desempeña con discreción absoluta y activa; pero no el joven doctor Valverde, que cae en la imprudencia de frecuentar tertulias políticas adversas al Gobierno venezolano. Lejos de mantenerse recatadamente en la sombra, habla en voz alta de su misión confidencial y secreta, hasta el punto de exhibirse como ministro plenipotenciario de la República Dominicana.

¡Grave conflicto el de Juan Pablo Duarte! Al regresar de un breve viaje a Curazao, se halla con que el Gobierno de Venezuela, por ciertas indiscreciones del doctor Valverde, ha invalidado prácticamente sus ofrecimientos de ayudar a la insurrección restauradora, porque necesita mantener las buenas relaciones con España. No

queda para Duarte otro recurso que organizar colectas privadas como había hecho en Curazao y Santo Tomás. Con infinita amargura se queja entonces: "En el 44 mi rémora fue Santana. Ahora, en el 64, es Melitón Valverde". Y pide en una de sus comunicaciones al Gobierno Provisorio que no le envíe nuevos colaboradores. "Sin presunción lo digo", escribe, "yo basto para el caso".

Mientras ya están celebrando negociaciones para que España abandone el Gobierno de Santo Domingo, Duarte redacta notas llenas de consejos. Sobre todo la fechada el 7 de marzo de 1865, dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores de la República en Armas, que muchos consideran su *testamento político*.

La comunicación tiene muy poco del estilo burocrático. No es la nota de un agente que informa a su Gobierno, sino la voz del Padre de la Patria, quejoso de no hacer cuanto quiere en favor de su país, "pues nunca falta quien desbarate con los pies lo que él hace con las manos". A continuación advierte que el Gobierno debe mantenerse justo y enérgico, "o no tendremos patria, y, por consiguiente, ni libertad ni independencia".

Las habladurías sobre la negociación de paz con España le arrancan una exclamación admonitoria: "¡Quiera Dios que estas paces y estas mediaciones no terminen en guerras ni en desastres!" Y resume convencido: "Usted

desengañese, señor Ministro, nuestra patria ha de ser libre e independiente, o se hunde la Isla”.

Se refiere a las intrigas y discordias que confronta la insurrección restauradora como a una pugna entre cuatro tendencias anexionistas, con banderines franceses, españoles, yanquis y haitianos. Mantiene indeclinable fe en su pueblo y afirma con energía: “En Santo Domingo no hay más que un pueblo que desea ser y se ha proclamado independiente de toda potencia extranjera”. Contra ese pueblo sólo existe “una fracción miserable” que se le ha opuesto valiéndose de intrigas y trapisondas, para hacerlo aparecer “distinto a como es en realidad”. ¡Viles facciosos, que no merecen otra patria que “el fango de su miserable abyección”!

Recuerda Duarte en su nota oficial que él siempre se pronunció “dominicano independiente”. El 16 de julio de 1838 al fundar *La Trinitaria*, y en 1844 al impugnar el protectorado francés con la entrega de la península de Samaná. Después de veinte años de ausencia regresó espontáneamente a Santo Domingo para “protestar con las armas en la mano contra la anexión a España”. En consecuencia, se pronunciaría de igual modo contra “quien tienda a menoscabar en lo más mínimo” la independencia dominicana.

Y añade en el documento: “Por desesperada que sea la causa de mi patria, siempre será la causa

del honor. . . Y siempre estaré dispuesto a honrar su enseña con mi sangre". No importa que haya envejecido y que la ingratitud de los hombres le haya golpeado sin tregua. Durante toda su vida, como después de su muerte, Juan Pablo Duarte ha de representar inequívocamente el símbolo de la integridad y la independencia de su patria.

XXVI.— MUERTE Y RESURRECCION



EN aquel tiempo las noticias de un país a otro caminaban con paso de tortuga. Hoy nos asombra que los informes de Duarte al Gobierno Provisorio y los del Gobierno Provisorio a su agente confidencial en Venezuela solían llegar con demoras de semanas o meses. Mientras Duarte alerta a su Gobierno informándole que España prepara contra Santo Domingo una expedición guerrera incontrolable, los gobernantes españoles han decidido abandonar definitivamente la Isla. La guerra en Santo Domingo les resulta un pésimo negocio, pues consume más de cuanto rinden las posesiones de España en ultramar, que ya son pocas.

Los españoles, convencidos de que el pueblo dominicano seguiría luchando por la independencia, culpan a Pedro Santana por haberlos metido en los apuros de una guerra difícil. Empiezan a señalar el ridículo de haber

transformado en marqués a un hatero nada fino en los modales. Hasta el pícaro Bobadilla, resuelto servidor de todos los regímenes que le beneficiaran, se aleja de Santana acusándolo de malversar los fondos públicos. Después se pasó tranquilamente al bando de los restauradores, porque sabía descubrir a tiempo el rumbo que tomaba la victoria.

El Marqués de las Carreras acabará por darse cuenta de que los títulos y las medallas no le impiden ser odiado por su pueblo y repugnado por los españoles. Prefirió entonces hacer la última de sus muecas: se murió el 14 de junio de 1865. Veinte y siete días más tarde las autoridades y tropas de España se retiran de su indomable colonia.

Sin embargo, Duarte no intenta regresar a Santo Domingo. Le sobran razones para continuar en Venezuela, sin misión diplomática ni otro horizonte que la existencia de un hombre envejecido, junto a las hermanas solteras y un infeliz hermano que ríe del infortunio con la mueca enigmática de los alucinados. Pero Duarte comprende que ya su juramento se ha cumplido. Existe la República Dominicana, libre de sumisión al extranjero. Sólo le falta la integración de un efectivo desenvolvimiento democrático, que los últimos episodios de la guerra restauradora han hecho momentáneamente imposible.

El presidente José Antonio Salcedo fue destituido por las fuerzas del general Gaspar

Polanco y después ejecutado sin formación de juicio. Otros generales de legítima gloria en las batallas, ofendidos por el crimen, reemplazan al inconsulto Polanco, organizan una rápida asamblea y eligen Presidente al general Pedro Antonio Pimentel. Cuando se alejan las fuerzas españolas, el país queda agitado y dividido por caudillajes sin otro programa que la conquista del mando.

¿Qué podía hacer Duarte en Santo Domingo? Su altura moral le impide participar en las luchas fratricidas y su convicción democrática no lograría funcionar de un modo útil en un régimen sin otra fuerza válida que el uso de las armas. Siempre fueron las guerras civiles la mayor calamidad de las repúblicas de Hispanoamérica, no sólo por la ruina y las muertes que producen, sino acaso más por la formación de caudillos ignorantes y crueles. Cuando Duarte definió la política como una ciencia "digna de ocupar las inteligencias nobles" no pensaba en la forma bárbara de imponer el mando por la fuerza, sino en la necesaria habilidad para armonizar los opuestos intereses bajo un sistema que la mayoría del pueblo estime justo. El caudillaje militar que inauguró Santana, lejos de haber desaparecido para siempre, echó raíces como una mala hierba.

Ante el espectáculo de los pleitos entre generales ambiciosos, Duarte se aparta de la escena. En horas de recogimiento, recordará a su hermano Vicente Celestino. Quizá nunca escuchó el relato

de las hazañas que realizó junto al general Gregorio Luperón, quien le admiraba por ilustrado y valiente. Una vez, en lo más recio del combate, Luperón quiere retirarlo del peligro y Vicente responde con brava desobediencia: “¡No me retiraré, general! ¡Hoy hay gloria para todos los dominicanos!” Y continuó peleando cuerpo a cuerpo con el enemigo, sin que le flaqueara el brazo ni el coraje. ¿Dónde murió Vicente? ¿Dónde lo enterraron? Aún nadie ha podido descubrir el lugar en que recibió sepultura y Juan Pablo mismo tampoco logró saber los últimos instantes de su hermano.

Otra vez el paso del tiempo hace que el pueblo olvide al Padre de la Patria. Las sangrientas luchas de los caudillos absorben la atención apasionada de los dominicanos. Unos generales sustitúan en la presidencia a otros generales. Ninguno parece tener tiempo de recordar que el Padre de la Patria vive muy pobremente en Caracas, ayudando al sostén de la familia con un insignificante comercio de efectos religiosos —misales, rosarios, estampas, imágenes—, a la vez que sus hermanas Francisca y Rosa, ya que la madre y Filomena habían muerto, realizan trabajos de costura. Más tarde interviene Duarte en la fabricación de velas de cera, que le permite reunir ciertos ahorros.

Viéndose con algunas monedas sobrantes, después de adquirir una casita de una sola ventana

y una puerta en la calle de El Sol, soñó regresar a Santo Domingo, ver de nuevo la patria, recorrer la ciudad natal, de la que estaba ausente desde que partió hacia Hamburgo en 1844; pero terminó por decidir que todavía era imposible. No hubiera logrado mantenerse ajeno a la estéril pasión de las tendencias personalistas, que erróneamente llamaban los partidos políticos.

Las peores noticias que recibe Duarte son los propósitos de anexión que renacen de vez en cuando. ¡Ah, y otra inmensamente triste! Después de vagar veinte años como un mísero perturbado mental, el valiente y magnánimo Juan Isidro Pérez de la Paz desaparece entre el montón de cadáveres que produjo una epidemia de cólera morbo. Sin embargo, a la vez de tantas pesadumbres, le llega un poco de consuelo. Los planes anexionistas de Buenaventura Báez son destruidos por la insurgencia del general Gregorio Luperón y una juventud animada por el ideal de la independencia "pura y simple".

Las nuevas generaciones, poco a poco, vuelven los ojos hacia el voluntario proscrito. El historiador José Gabriel García y el padre Meriño, guías intelectuales de los "nuevos", escriben sobre la Historia de Santo Domingo sin olvidar al Padre de la Patria. Los dos le animan para que redacte sus *Memorias*. Acaso Duarte ya no tiene ánimo ni salud para atender los trajines con que ganarse el pan de cada día y sentarse después pacíficamente para

escribir relatos sobre la fundación de la República, que hubiera sido como escribir un libro autobiográfico. Por fin encomienda el trabajo de memorialista a su hermana Rosa, aunque a veces interpola él mismo algunos párrafos de su puño y letra.

Es lastimoso que los *Apuntes* de Rosa Duarte se detuvieran en el año 1865, limitándose generalmente a referencias muy fragmentarias y demasiado sucintas. A pesar de todo, permiten explicar innumerables circunstancias que hubieran desaparecido completamente en el tropel de los años. Ya está Duarte muy enfermo en 1873, cuando Rosa le convence para que vaya a retratarse. No lo había hecho nunca, desde que en Barcelona un miniaturista copió su estampa de adolescente.

Ahora se usa un nuevo procedimiento, tal como lo inventara el francés Daguerre: la fotografía, que por entonces comenzaban a divulgar por Sur América. Pensó Rosa que el Padre de la Patria debía fijar su imagen para conocimiento de futuras generaciones, aunque tuviera que ser un retrato melancólico, el de un hombre que se despide resignadamente de la vida. Las cámaras de entonces requerían que la persona se mantuviera un rato inmóvil, en posición generalmente adoptada por sugerencias del fotógrafo.

Aquel día Juan Pablo vistió su mejor traje, cruzó sobre el chaleco la gruesa leontina de oro y se paró ante la cámara metiendo la mano derecha en el bolsillo de la levita, que empieza a quedarle un poco holgada. ¡Un momento, señor Duarte! Y se enrojece la habitación con el súbito resplandor del magnesio y la lente fija para siempre un rostro ya marchito, de barba y bigote canos. El cabello, dócil al peine y a la imposición de alguna grasa fragante, se tuerce en arco irregular sobre la frente. Ni en los ojos ni en los labios se insinúa el menor atisbo de alegría. Todo el retrato ofrece la sensación de un hombre voluntarioso y profundamente serio, que acata sin complacencia la necesidad de permanecer tranquilo.

Meses después ya Duarte no consigue siquiera atender sus pequeños negocios de imágenes devotas y de velas de cera. Con insistencia le atacan las fiebres. Los médicos diagnostican tuberculosis. A mediados de 1875, ya Duarte tiene que permanecer derrumbado en la cama o apoltronado entre almohadones. No hay esperanzas de que podría levantarse para ir a Santo Domingo, a oír por última vez los rumores del mar que tantas veces le arrullara el sueño, a saber consoladoramente que volvería a ser tierra de su tierra, obedeciendo a las palabras rituales del Miércoles de Ceniza: *Memento homo quia pulvis es et in pulverem revertes*. Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te convertirás.

Está sin fuerzas, con ataques de tos y asfixia, cuando recibe una alentadora carta del general Ignacio María González, joven presidente de la República Dominicana. "Mi deseo, querido general", le escribe el Presidente, "es que usted vuelva a la patria, al seno de las numerosas afecciones que tiene en ella, a prestarle el continente de sus importantes conocimientos y el sello honroso de su presencia". Además el Presidente le brinda los recursos necesarios para el viaje. La invitación no puede ser más efusiva ni más halagadora; pero demasiado tardía.

Duarte no contesta la carta. La pone bajo la almohada, donde seguramente la humedad y el calor la cerrarían, porque así la han de encontrar bajo su cadáver. Mientras tanto, postrado en el lecho como un inválido, espera con tranquilidad la muerte. Nadie le oye una injuria, sino el perdón de sus enemigos. Poco antes de entrar en la agonía pronuncia frases ininteligibles. Habla como en sueños. Sólo el prebendado Francisco Tejera, que le asiste en los últimos instantes, distingue con precisión una sola palabra: *patria*.

Murió a las tres de la madrugada, el domingo 15 de julio de 1876. Su entierro fue un entierro de pobre, sin gran acompañamiento ni abundancia de coronas. Nadie sabe todavía si pusieron sobre el ataúd la bandera creada por él para simbolizar la República Dominicana. Pero la casualidad fue más ingeniosa que los hombres y añadió una

circunstancia asombrosa como un milagro. El 16 de julio, a las once de la mañana, bajó el sarcófago a la tumba. Cumplía a esa misma hora treinta y ocho años, ¡exactamente treinta y ocho años! la fundación de *La Trinitaria*.

Poco después comenzarían a resonar lamentaciones y epinicios. Primero, las necrologías de la prensa; después el énfasis altisonante de los tribunos y a continuación la acompasada voz de los poetas. El Padre de la Patria había resucitado entre los muertos para advertir eternamente al pueblo dominicano la obligación de conservar la patria como la única manera de vivir con honor.

... como nos impresionó un día en un
cañal de Alabanza. Allí que arde la patria
significativa es los diólos sin veneno. Los
hechos son los que importan. Y los hechos jamás
varían por los palabras. Como o injustas de los
revelaciones misteriosas.

... Sin embargo, hay una memoria que escapa a
los que se han olvidado mucho a lo largo de
esta Patria. Entre otros nombres de las
Américas, Ramón F. Ruíz, María de los Ríos,
murió en una batalla que fue José Pablo Duarte
sacó "el primer documento". Y así como fue
escrito un tiempo más singular por el de Padre de
la Patria.

... En la memoria un gesto. La memoria de un
pueblo. — Un día a la palabra patria la
el hecho de un día patria — no es más que

XXVII.— JUICIO FINAL



HEMOS contado la vida de Juan Pablo Duarte como un sencillo cuento; no como una investigación analítica ni un canto de alabanza. ¿Para qué sirven los pormenores insignificantes ni los elogios sin medida? Los hechos son los que importan. Y los hechos jamás varían por las palabras justas o injustas de los volubles comentaristas.

Sin embargo, hay una cuestión que escapa a los que no han meditado mucho sobre la vida de Juan Pablo Duarte. Otro célebre hombre de las Antillas, llamado Eugenio María de Hostos, escribió en una ocasión que con Juan Pablo Duarte nació "el primer dominicano". Y tan breve frase le atribuye un rango más singular que el de Padre de la Patria.

Reflexionemos un poco. La existencia de un pueblo —dándole a la palabra *pueblo* la equivalencia de unidad patriótica— no consiste en

la casual aglomeración de muchos seres humanos sobre una determinada porción de tierra. Para formar un pueblo es necesario que la gente posea la conciencia de un destino propio y la esperanza de realizar propósitos comunes. Hasta los más eminentes varones, antes de aparecer Juan Pablo Duarte, y tanto los doctos como los ignaros, parecían resignarse a ser colonos españoles, haitianos o franceses, y a lo sumo añadirse a una federación de repúblicas. Pensaban remediar las tropelías de un mal gobierno cambiando sólo de administraciones extranjeras.

Por consiguiente, aún no existían verdaderos dominicanos; un pueblo con voluntad histórica, en fin, una patria. Los dominicanos constituyen tal pueblo, y a plenitud, cuando Duarte se propone organizar un Estado libre, sin limitaciones ni tuteladas extrañas, bajo la triple consigna de Dios, Patria y Libertad. Por eso dijo el maestro Eugenio María de Hostos que con Juan Pablo Duarte nació "el primer dominicano".

Ningún otro libertador pudo alcanzar tan sorprendente jerarquía.

CRONOLOGIA BASICA

- 1813, Ene. 26: Nace Juan Pablo Duarte.
- 1819, Feb. 15: Bolívar anuncia en Angostura una federación de naciones hispanoamericanas.
- 1820, Oct. 8: Boyer unifica la República de Haití como Presidente Vitalicio.
- 1821, Dic. 1ro.: Núñez de Cáceres proclama la independencia de "la Parte Este" de la Isla, para tratar de unirla a Colombia.
- 1822, Feb. 9: Boyer consagra oficialmente la incorporación del territorio dominicano a la República de Haití.
- 1823, Mar. 20: Boyer prohibió todo tráfico con otras islas de las Antillas, lo que arruinaba el comercio de Santo Domingo.
- Dic. 3: Reclutamiento obligatorio de los jóvenes de 16 a 25 años de edad, que produce el cierre de la Universidad de Santo Tomás de Aquino por carecer de alumnos.
- 1824, Nov. 14: Boyer decreta el uso del francés como idioma oficial de toda la Isla.
- 1829: Año probable de la partida de Duarte hacia Nueva York y Europa.
- 1830, Jun. 3: Bobadilla publica un alegato defendiendo los "derechos legítimos" de Haití para gobernar en Santo Domingo.
- 1831, Nov. 30: Consta que Duarte ha regresado de Europa, probablemente poco antes.

- 1833, Sep. 15: Carta pastoral del vicario Tomás de Portes recomendando la fidelidad de los dominicanos al Gobierno de Haití.
- 1834: Duarte ofrece clases gratuitas en el almacén de La Atarazana, más o menos hasta 1838. — Sep. 23: Tormenta llamada del “Padre Ruiz”.
- 1838, Jul. 16: *Fundación de La Trinitaria*.
- 1839: Al mediar el año llega a Santo Domingo el padre Gaspar Hernández.
- 1841: Primer viaje de Duarte a Curazao, La Guaira y Caracas.
- 1842, May. 7: Un terremoto destruye varias poblaciones de la Isla. Duarte elegido por las tropas Capitán de la Guardia Nacional.
- 1843, Feb. 21: Los insurrectos “reformistas” causan la primera derrota importante al ejército de Boyer. — Mar. 13: Boyer renuncia como Presidente Vitalicio y escapa a Jamaica. — Mar. 24: Los trinitarios, en connivencia con los “reformistas” haitianos, piden la renuncia del gobernador Carrié y son rechazados a tiros. — Mar. 26: Los “reformistas” reúnen fuerzas militares y hacen capitular a Carrié. — Mar. 29: Asume el gobierno de “la Parte Este” de la Isla el general Henri Desgrotte y se inicia el “reformismo” en Santo Domingo creando la Junta Popular Gubernativa. — Jun. 8: Ascendido Duarte a Coronel, comandante de batallón, de la Guardia Nacional. — Jun. 15: Triunfo de los “duartistas” en las elecciones para la Asamblea Constituyente. — Jul. 12: Llega el general Riviere Hérard a Santo Domingo con gran acompañamiento de tropas. — Jul. 14: Hérard dispone el arresto de numerosos trinitarios, por saber que planeaban la independencia de Santo Domingo. —

Agt. 2: Duarte, Pina y Pérez, escondidos desde la víspera de la llegada de Hérard, embarcan hacia Santo Tomás. — Agt. 7: Hérard cree lograda la pacificación de Santo Domingo y regresa a Puerto Príncipe. — Sep. 15: Comienza a funcionar en Haití la Asamblea Constituyente con algunos representantes dominicanos. — Nov. 15: Carta de Vicente Celestino y Francisco Sánchez pidiendo a Duarte armamentos para iniciar la insurgencia separatista. — Dic. 20: Se enterá Duarte de que su padre ha muerto el 25 del mes anterior. — Atacado Duarte por una fiebre cerebral que le obliga a guardar cama en Curazao. — Dic. 31: Proclamada la nueva Constitución de Haití, que prohíbe a los blancos adquirir propiedades en la Isla.

1844, Ene. 16: Unidos trinitarios y afrancesados, Bobadilla redacta la *Manifestación* que después se consideró como Acta de Independencia. — Feb. 4: Repuesto de su enfermedad, Duarte escribe a la familia pidiéndole el total sacrificio de la herencia paterna en aras de la patria. — Feb. 27: Proclamación de la República Dominicana. — Feb. 29: Capitula el gobernador Desgrotte. — Marz 1ro.: Cesa la Junta Provisional y se constituye la Junta Central Gubernativa. — Mar. 2: La Junta envía a la goleta *Leonor* para repatriar a Duarte y sus amigos. — Mar. 15: Recibimiento apoteósico de Duarte en Santo Domingo. — Mar. 19: Combate de Azua, en que triunfa Pedro Santana, aunque abandona la ciudad, que recuperan los haitianos. — Mar. 30: Combate de Santiago, que hace retroceder al general Pierrot hasta la frontera. — Abr. 4: La Junta Gubernativa, que había enviado a Duarte para tratar con Santana la recuperación de Azua, le ordena que regrese y deje a Santana libre de actuar o no. May. 26: Convoca Bobadilla a una reunión de “notables” en que expone la conveniencia del protectorado francés y Duarte protesta con energía, sin que pudiera llegarse a ningún acuerdo.

Jun. 9: Duarte y Sánchez destituyen a Bobadilla y demás afrancesados para reorganizar la Junta Gubernativa. — Jun. 15: Muere Ramón Santana, mellizo de Pedro. — La Junta designa a Duarte para resolver los conflictos militares de El Cibao, donde las poblaciones de La Vega, Santiago y Puerto Plata le aclamarán como Presidente de la República, sin que Duarte acepte. Jul. 3: Desacatan Pedro Santana y su ejército a la Junta Gubernativa. — Jul. 12: Llega Santana con sus tropas a Santo Domingo. — Jul. 13: Las tropas proclaman a Santana como Jefe Supremo. — Agt. 22: Decreta la Junta, que preside el *Jefe Supremo*, declarar a Duarte y otros patriotas como “traidores a la patria” y les impone el destierro a perpetuidad como castigo. — Agt. 27: Prisión de Duarte en el Torreón de San Felipe. — Sep. 2: Duarte ingresa como prisionero en la Torre del Homenaje. — Sep. 10: Embarca Duarte hacia Hamburgo. — Dic. 24: Llega Duarte de Hamburgo a Santo Tomás.

1845, Feb. 27: Fusilamiento de María Trinidad Sánchez.— Mar. 3: Ordena Santana el destierro a perpetuidad de la madre y hermanos de Duarte. — Mar. 19: Sale desterrada la familia de Duarte.

1848: Desaparece Duarte en Venezuela por doce años y llegan a sospechar que ha muerto.— Sep. 23: El Congreso de Santo Domingo amnistía a los desterrados por Santana en 1844.

1860, Dic. 31: Muere la madre de Duarte en Caracas.

1861: Mar. 18: Anexión de Santo Domingo a España.— Muere el Misionero San Gerví en el Apure.— Jul. 4: Fusilamiento de Francisco Sánchez y 21 compañeros.

1863, Agt. 1ro: Recibe Duarte noticias de la anexión de Santo Domingo a España y de la muerte de Sánchez.— Agt. 8:

Reaparece Duarte en Caracas. Agt. 16: Los insurrectos cruzan el cerro fronterizo de Capotillo.

1864, Mar. 25: Desembarca Duarte en Monte Cristi para unirse a la revolución restauradora. Jun. 4: Muere Ramón Mella.

1865, Mar. 7: Nota oficial de Duarte que llaman su *testamento político*.— Jun. 14: Muere el general Pedro Santana.— Jul. 11: Los españoles abandonan Santo Domingo.

1868, Feb. 7: Muere de cólera morbo Juan Isidro Pérez de la Paz.

1870, Agt. 24: Fusilamiento de Pedro Pina, pronunciado contra los planes anexionistas de Buenaventura Báez.

1871: Dic. 21: Muere Tomás Bobadilla.

1873: Unico retrato fotográfico de Duarte.

1876, Jul. 15: Muere Duarte en Caracas.— Jul. 16: Sepelio de Duarte.

INDICE

| | |
|----------------------------------|-----|
| Prólogo..... | 7 |
| Tierra desolada..... | 11 |
| La voz secreta..... | 19 |
| Descubriendo el mundo..... | 25 |
| La vuelta al hogar..... | 33 |
| Años de espera..... | 39 |
| Las alas de papel..... | 45 |
| Fundación de La Trinitaria..... | 51 |
| Los Filorios..... | 57 |
| Palabras al viento..... | 63 |
| Terremoto y política..... | 71 |
| La Reforma Haitiana..... | 77 |
| Señorones de poca fe..... | 83 |
| Alacranes y Grillos..... | 91 |
| El acoso..... | 97 |
| La fuga..... | 105 |
| El trabucazo de Mella..... | 109 |
| Palmas y laureles..... | 117 |
| Presidencia de Bobadilla..... | 125 |
| Dos principios y un mal fin..... | 135 |
| Santana, Jefe Supremo..... | 141 |
| El santo prisionero..... | 149 |
| Peregrinaje forzoso..... | 157 |
| Soledad de soledades..... | 165 |
| Ultimos desengaños..... | 173 |
| Testamento político..... | 181 |
| Muerte y resurrección..... | 187 |
| Juicio final..... | 197 |
| Cronología Básica..... | 199 |

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Offset de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, en fecha 10 de abril de 1981. Composición tipográfica: Félix Santiago Núñez y Rafael Antonio Feliz; Diagramación: Nelson Núñez, Eduardo Canario Lugo y Nelson Martínez Henríquez; Fotomecánica: Francisco Tavárez y José Altagracia Bussi; Impresión: Nelson Veloz y Máximo Antonio Saldaña; Compaginación y Encuadernación: Roberto Pol, Israel Ferreras, José María Díaz, Héctor Santana, Jorge Rafael Paredes, Ramón Asencio y Rafael Socorro Mendoza.

Dibujo de la flor de la portada: Eduardo Canario Lugo



Rafael Esténger, poeta, historiador, crítico literario, es autor de una célebre biografía de José Martí; para niños. Posteriormente, nos ha dado su versión biográfica de Eugenio María de Hostos. Ahora, con su "Vida Gloriosa y Triste de Juan Pablo Duarte", para estudiantes, completa su trilogía de "Próceres Antillanos".

La Editorial UNPHU se enorgullece en publicar esta obra del notable escritor cubano, por lo que tiene de homenaje al Padre de la Patria Dominicana, y por lo que significa como divulgación, dentro y fuera del país, para la más alta figura histórica de nuestra nacionalidad.

